



EL LABERINTO
DE LA CULTURA
NEOLIBERAL

CRISIS, MIGRACIÓN Y CAMBIO

RAÚL DELGADO WISE
HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS
COORDINADORES

EL LABERINTO
DE LA CULTURA
NEOLIBERAL
CRISIS, MIGRACIÓN Y CAMBIO



EL LABERINTO DE LA CULTURA NEOLIBERAL

CRISIS, MIGRACIÓN Y CAMBIO

RAÚL DELGADO WISE
HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS
COORDINADORES



Universidad
Autónoma de
Zacatecas



MAPorrúa
librero-editor • México

MÉXICO

2013

Esta investigación, arbitrada por pares académicos,
se privilegia con el aval de la institución coeditora.

Primera edición, octubre del año 2013

© 2013

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

© 2013

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS
www.maporrúa.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

El laberinto de la cultura neoliberal. Crisis, migración y cambio,
se terminó en la Ciudad de México durante el mes de octubre
del año 2013. La edición impresa sobre papel de
fabricación ecológica con bulk a 80 gramos,
estuvo al cuidado de la oficina
litotipográfica de la
casa editora.



ISBN

Introducción

La articulación de temas polisémicos y complejos, como el desarrollo, la cultura y la migración, resulta incongruente y falaz desde la visión euroestadounidense, no sólo por su parcialidad sino porque encubre el entramado de relaciones asimétricas entre los centros del sistema mundial capitalista y los confines de las regiones periféricas y subdesarrolladas, que incorporan a la mayoría de la población del orbe. Con esas anteojeras, la comprensión del sistema mundial es incompleta y sesgada. Es necesario, por tanto, incluir la *perspectiva del sur*, es decir, la visión de los pueblos subyugados por los poderes transnacionales y las redes del capital monopolista internacional. Esta mirada se inscribe en lo que Boaventura de Souza Santos denomina epistemología del sur, en referencia a:

el reclamo de nuevos procesos de producción, de valorización de conocimientos válidos, científicos y no científicos, y de nuevas relaciones entre diferentes tipos de conocimiento, a partir de las prácticas de las clases y grupos sociales que han sufrido, de manera sistemática, destrucción, opresión y discriminación causadas por el capitalismo, el colonialismo y todas las naturalizaciones de la desigualdad en las que se han desdoblado; el valor de cambio, la propiedad individual de la tierra, el sacrificio de la madre tierra, el racismo, el sexismo, el individualismo, lo material por encima de lo espiritual y todos los demás monocultivos de la mente y de la sociedad —económicos, políticos y culturales— que intentan bloquear la imaginación emancipadora y sacrificar las alternativas (Santos, 2011: 16).

El desarrollo ha sido considerado como un proceso de modernización basado en los valores culturales, políticos y económicos de Occidente, valga decir,

de los centros del capitalismo mundial. El destino manifiesto de los países periféricos de América Latina, África, Asia y Europa del este es imitar el modelo de economía de mercado, la democracia electoral y el programa neoliberal para, supuestamente, encarrilarse hacia la ruta del progreso, representada por el *american way of life*, que cada vez más se torna en un espejismo que contrasta con las realidades del capitalismo imperante. En estos imaginarios no se toma en cuenta, como lo advirtieron a su debido tiempo los estructuralistas y dependentistas, que desarrollo y subdesarrollo son dos caras de una misma moneda, y que el subdesarrollo y la dependencia son condiciones afianzadas por la estructura de poder y las relaciones asimétricas entre los centros y las periferias, de manera que estas últimas están compelidas a fungir como enclaves de exportación que, bajo renovadas modalidades de intercambio desigual, sirven como proveedores de fuerza de trabajo barato y recursos naturales. En conjunto, las periferias transfieren una parte considerable del excedente económico hacia los centros, bajo la forma de comercio intrafirma, remisión de ganancias y rentas del suelo (o excedentes derivados de la propiedad de recursos naturales), desembolsos por rentas tecnológicas y pagos de deuda externa. A ello se suma la sistemática transferencia de recursos humanos mediante la migración compulsiva o forzada propia del entramado neoliberal, que para los centros significa una provisión inagotable de trabajo barato, flexible y desorganizado (Márquez y Delgado Wise, 2012). La actual arquitectura de poder transnacional y la expansión de redes globales de capital, además del imperalismo reforzado por la ofensiva militar, política y diplomática y por las pautas culturales del capitalismo occidental impuestas en el orbe como argamasa de la hegemonía, contribuyen a legitimar, justificar o imponer, según corresponda en cada contexto, las pautas que norman y reproducen al capitalismo neoliberal.

El *desarrollo alternativo* al neoliberalismo y, en general, al capitalismo concentrador y excluyente, escapa a las pretensiones desarrollistas que sugerían, desde distintos frentes del proyecto modernizador, seguir la ruta de desarrollo de los países centrales, mediante la inserción al mercado mundial a través de rutas subordinadas de industrialización y crecimiento económico, amén de la implementación de las políticas neoliberales favorables al capital corporativo. Este sendero, como ha sido demostrado una y otra vez, termina por profundizar el subdesarrollo y la dependencia, pues los países que se sumergen en la marea neoliberal no escapan a la acentuación de las relaciones de desarrollo desigual e inequidad social que caracterizan a la arquitectura global contemporánea.

Desde la óptica del sur, el debate sobre el desarrollo ha cobrado nuevos bríos ante la evidente crisis del neoliberalismo y su sistema de pensamiento

único. Si bien no existe un consenso, sino más bien un renacido debate, pensar el desarrollo en la actualidad significa una colosal empresa liberadora de las relaciones que condicionan el subdesarrollo y la dependencia; representa, por tanto, una estrategia descolonizadora, transmoderna, posneoliberal y poscapitalista. Distintas denominaciones ha recibido el desarrollo alternativo inscrito en esta tentativa: vivir bien, economía para la vida, economía popular, socialismo del siglo XXI y posdesarrollo, entre otras.

La cultura entendida como proceso donde se conjugan visiones, principios, prácticas y símbolos propios de los individuos, familias, comunidades y nacionalidades, pero también como soporte de la reproducción de formas de dominación, control, persuasión, cooptación y coerción, se convierte en un pilar insoslayable para impulsar dinámicas de transformación social. En esta vertiente, la cultura —y el cambio cultural— puede y debe anidar expresiones de resistencia, indignación e intentos de mejorar el mundo, donde otro mundo, diferente del que configura el capitalismo neoliberal, es posible (Márquez y Delgado Wise, 2012).

Bajo esta visión alternativa, orientada a la configuración de un mundo nuevo, donde la igualdad, la equidad, la fraternidad, el respeto a la naturaleza y la paz social funjan como principios rectores, la cultura representa un crisol de la práctica social. En ella se incuban procesos de creación de conocimiento, ciencia, tecnología, saberes, arte y un cúmulo de prácticas orientadas a la transformación social. En nuestros días, impelido por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y por el abaratamiento de los costos de transporte, tiene lugar un intrincado proceso comunicacional basado en las tecnologías y redes digitales, mecanismos que han revolucionado las comunicaciones interpersonales, que descatalogan vías convencionales como el correo ordinario y modifican los mecanismos de difusión de información y noticias de la prensa, radio y televisión. No obstante, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, así como los medios de transporte han servido para expandir las redes del capital monopolista a escala internacional, de manera que ha sido posible trastocar las barreras temporales y espaciales y sintonizar a las economías nacionales en las coordenadas impuestas por los dictados del capitalismo neoliberal. Esa misma plataforma ha servido, y de hecho fue ahí donde se gestó la revolución tecnológica, para articular un poderío político, militar y diplomático. La nueva oleada tecnológica, amén de significar un progreso humanitario que pone a disposición de consumidores abstractos nuevos artefactos tecnológicos, está consolidando un conglomerado industrial, político, militar, diplomático y cultural que atenta contra las principales fuentes de la riqueza: el trabajo y la naturaleza, y por ende, contra la vida misma.

Con todo, es innegable que colectivamente se han generado grandes avances en la producción cultural, en el ámbito de la ciencia, la tecnología, la comunicación, la educación y las artes. Un cúmulo de ideas, pensamientos y obras dan cuenta de la creatividad de la humanidad. Pero el punto crítico es que el progreso cultural no es un fenómeno neutral, libertario y democratizador a disposición de la humanidad. Al contrario, el hecho más relevante es que el trabajo de los científicos, tecnólogos, intelectuales, educadores, artistas, investigadores y demás hacedores de la cultura está siendo, cada vez más, subsumido por el capital corporativo. Esta subsunción del trabajo conceptual avanza en distintos grados y niveles. En el ámbito de la ciencia y la tecnología es sabido el hecho de que las corporaciones y el Estado proveen recursos financieros para proyectos de investigación e innovación que resuelvan las necesidades y requerimientos de las corporaciones, de manera tal que los frutos del progreso científico-tecnológico terminan por ser moldeados y apropiados por las grandes corporaciones. Bajo estas grandes coordenadas, el sistema educativo observa una tendencia acusante hacia la privatización. La mercantilización de la educación y de las obras artísticas opera como un obstáculo para la creatividad y el desarrollo del pensamiento crítico/constructivo.

La cultura no es un mero *habitus*, una urdimbre de relaciones sociales que define, de una vez y para siempre, a las sociedades, una cristalización de la humanidad, sino que es el proceso incesante de construcción social que puede abrir avenidas para el desarrollo humano, el bien común, la democracia, la justicia social y la equidad. No obstante, también puede consecuentar vías de envilecimiento de la sociedad, individualismo rampante, mercantilismo desenfrenado, predominio de los monopolios, depredación ambiental y coerción militar y policiaca.

La visión euroestadounidense priva, con mayor ahínco, en los estudios migratorios. Los marcos conceptuales y políticos insisten, de diversas formas, en garantizar la gestión de las migraciones, que es una manera sutil de insertar el control de los flujos migratorios en el ámbito de la seguridad nacional de los países desarrollados que importan amplios contingentes poblacionales y, en particular, de fuerza de trabajo. Las políticas de *securitización* de las migraciones incluyen mecanismos punitivos y coercitivos, como la construcción de muros que dividen territorios y pueblos; vigilancia militar y policiaca, que termina por criminalizar a los inmigrantes pobres, y un ánimo colectivo de xenofobia, reforzado por los medios de comunicación, las políticas gubernamentales y las manifestaciones de grupos conservadores. Las políticas de control se refuerzan con los programas de trabajadores temporales, que constriñen a los trabajadores migratorios en espacios laborales

acotados, supeditados a un solo empleador, sin posibilidad de generar derechos laborales, como antigüedad, prestaciones y seguridad laboral, y con la inminencia de la conclusión del trabajo y el retorno forzoso al lugar de origen. Se trata de una forma organizada por los gobiernos de los países de destino, en contubernio con los gobiernos de los países de origen, para sobreexplotar a los migrantes y crear el estigma o mantra de las remesas como fuente del desarrollo. Esta visión se complementa con la peregrina idea de que los migrantes laborales acumulan ingresos suficientes para detonar el desarrollo en sus lugares de origen. Los recursos dinerarios que los migrantes envían, a la sazón una fracción del salario, pretenden dirigirse, según el discurso del poder proclamado por organismos como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), hacia la inversión productiva y la obra pública, en sustitución del capital privado y la inversión pública. Los migrantes se conciben como proveedores de recursos para el desarrollo, por lo que han sido motejados como los “nuevos héroes del desarrollo”. Asimismo, se ha amplificado la funcionalidad desarrollista de los migrantes, al considerarlos como agentes de la modernización, pues se supone que al incursionar en el primer mundo, adquieren valores, ideas, prácticas y habilidades que podrían introducir en sus países de origen, donde priva el atraso. En ese imaginario, los migrantes promueven la democracia, la economía de mercado y el emprendimiento.

Desde la perspectiva del sur, la visión dominante sobre las migraciones es sesgada, descontextualizada, ahistórica e ideologizada: no considera el trasfondo del desarrollo desigual entre centro y periferia, el condicionamiento económico-político del subdesarrollo y la dependencia, los factores determinantes de la migración compulsiva o forzada, el papel que cumplen los migrantes en la explotación laboral enmarcada en la nueva división internacional del trabajo y el papel de las remesas como salarios de subsistencia. Asimismo, desconoce el hecho de que los migrantes se cuentan entre los trabajadores sometidos a las peores condiciones de superexplotación y exclusión social en el ámbito de lo que ha sido metafóricamente concebido como el sur global, y que la política de migración como fuente del desarrollo es una arista más de las políticas de ajuste estructural de corte neoliberal.

Para entender las migraciones es imprescindible contextualizar la condición subdesarrollada y dependiente de los países que se han especializado en exportar su fuerza de trabajo. En esos países privan condiciones generalizadas de pobreza, desempleo estructural, dependencia tecnológica, amén de que prevalecen los mecanismos de transferencia de valor hacia el centro, superexplotación laboral y extractivismo de recursos naturales. En esas demarcaciones,

la condición humana de la mayoría de las clases sociales está amenazada, en distintos grados y niveles, dada la persistencia de la violación de los derechos humanos, el deterioro sistemático del patrimonio público, el desmantelamiento del sistema de subsistencia social y la proliferación de inseguridad humana. En tales condiciones, las migraciones compulsivas de los sectores despojados, excluidos y pobres dista mucho de responder a las explicaciones de la teoría dominante, que aluden a un acto voluntario, asentado en una cultura de la migración que tiene el propósito de maximizar los ingresos familiares y de acceder a una fuente de ingreso, las remesas, que servirá para detonar el desarrollo local e incluso nacional. El discurso mítico de las migraciones recurre a la noción de “cultura de la migración” para explicarla desde la subjetividad individual que induce a las personas a imitar a quienes los precedieron en la carrera migratoria impelidos por la imagen exitosa de los ausentes; por ese solo hecho, la migración se convierte en un fenómeno autogenerado que no reconoce ya causas histórico-estructurales, sino pulsiones motivacionales y aspiracionales de raigambre supuestamente “cultural”. Contrastando con esa imagen claramente reduccionista de la cultura, las migraciones tienen una matriz histórico-estructural, que da cuenta de los desequilibrios entre las estructuras productivas y las estructuras demográficas, entre la capacidad de generar excedente y la inversión en recursos humanos, naturales y tecnológicos, entre la capacidad de disponer de soberanía laboral y alimentaria y la penetración de los tentáculos de la redes del capital monopolista internacional, es decir, las migraciones forzadas constituyen la reinserción de los excluidos en la nueva división internacional del trabajo, pero bajo formas más degradadas, peligrosas e inseguras. La migración forzada, más que una nueva arista del desarrollo, es un nuevo componente de la superexplotación (Delgado Wise, 2013). Y es precisamente en este complejo y contradictorio entramado de relaciones sociales donde la cultura encuentra sus expresiones más diversas, que van desde la sumisión a la rebeldía, donde se conjugan valores, principios, creencias y prácticas en las que origen y destino adquieren connotaciones y recodificaciones de muy diversa naturaleza.

La perspectiva del sur pretende, antes que nada, sacudirse las anteojeras que predisponen a los habitantes del sur global a asumir y entender el mundo desde las proclamas euroestadounidenses, aceptar la dominación de los poderes imperiales y los gobiernos draconianos de los países subdesarrollados, aceptar la bazofia comunicacional de la *mass media*. El cometido es pensar con cabeza propia, entender el mundo en que vivimos, ejercer la autocrítica para reconocer las prácticas propias y las asumidas, y vislumbrar nuevas prácticas transformadoras.

América Latina tiene una rica tradición de pensamiento propio. En las ciencias sociales destaca el estructuralismo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, la teoría de la dependencia de raigambre marxista y, en otros ámbitos, la teología y la filosofía de la liberación, así como la epistemología del sur. Este pensamiento original ha tenido la capacidad de pensar y repensar a América Latina y a sus pueblos como una región inmersa en el sistema capitalista mundial, bajo el control y dominio de poderes coloniales y poscoloniales, que determinan su condición periférica y subdesarrollada. En estos países prevalecen condiciones de desempleo estructural, dependencia tecnológica y extractivismo de recursos naturales. La transferencia sistemática de valor de las periferias hacia el centro se traduce en una incapacidad crónica para generar procesos de acumulación soberanos.

Esta situación se ha venido a agravar con la expansión del capital monopolista internacional y la consustancial aplicación de los programas neoliberales de ajuste estructural. El pensamiento propio, crítico y liberador fue ofuscado por un llamado pensamiento único, de raigambre neoclásica, neoliberal y neoconservador.

Repensar el mundo y el papel de los pueblos periféricos es una tarea primordial para entender la cultura, el desarrollo y la migración. Renunciar a ello y pensar de manera aislada la cultura, la migración y el desarrollo, con los conceptos y marcos teóricos euroestadounidenses nos conduce hacia un callejón sin salida.

El libro se integra de siete capítulos a través de los cuales se abordan aspectos diversos de la problemática planteada desde una mirada original y multidisciplinaria. El primer capítulo, “Expedientes del capital global: crisis civilizatoria, migración forzada y cambio cultural”, de Humberto Márquez Covarrubias, Raúl Delgado Wise y Rodolfo García Zamora, aborda desde una perspectiva integral la problemática planteada en esta introducción general. Frente a la crisis del capitalismo neoliberal, los autores plantean la necesidad de impulsar un auténtico desarrollo humano que revierta los fundamentos conceptuales enraizados en la cultura hegemónica. Para tal efecto, argumentan que “otra forma de desarrollo es posible y necesaria”, siempre y cuando se incluya la dimensión cultural, como un nuevo proyecto civilizatorio basado en la simbiosis entre naturaleza y sociedad, y dentro de ésta, la igualdad y los derechos humanos.

El segundo capítulo, “Buscones, prostíbulos y mercados fronterizos: lucha de las mujeres migrantes haitianas por la seguridad ciudadana”, de Bridget Wooding, incursiona en el análisis de la violencia contra las mujeres migrantes haitianas que se encuentran en tránsito y desplazadas hacia la franja fronteriza

dominicano-haitiana. Si bien la autora reconoce que es urgente un marco legislativo más favorable tanto en el país de origen como en el de destino, sostiene que también es apremiante una opinión pública más sensibilizada en estos temas. Es así que se hace hincapié en los roles y responsabilidades de dos de los actores fundamentales que se enfrentan en esta zona: las mismas mujeres migrantes, como sujetos de derechos, y las autoridades competentes, como garantes de estos derechos. Wooding subraya, asimismo, la necesidad imperativa de un cambio radical en las prácticas actuales que toleran —sin mayor ruido en la isla y más allá— las violaciones a los derechos humanos que tienen lugar en esta frontera, señalando posibles pistas de acción para actores clave y aliados de estas mujeres en su proceso migratorio.

El tercer capítulo, “Usos identitarios y culturales en la transmigración por México”, de Rodolfo Casillas, plantea que entre los transmigrantes indocumentados y las redes hay elementos de identidad nacional, social y cultural que resultan básicos para el inicio de la relación que se dará entre ellos. Estas relaciones se construyen también con base en identidades sociales y culturales que permean las relaciones establecidas entre los transmigrantes y las redes con los núcleos locales por los que se da el tránsito migratorio. Así, Casillas plantea que identidad y cultura se vuelven ejes articuladores durante la transmigración entre los distintos actores involucrados, institucionales y sociales, legales y no legales. Este texto ejemplifica cómo identidad y cultura son elementos claramente utilizados por los distintos actores sociales involucrados en el proceso transmigratorio, así como por los agentes locales de migración, las redes humanitarias, las redes delictivas y los entornos locales relacionados.

El cuarto capítulo, “Cultura y migración. Más allá de la cultura como producto”, de Peggy Levitt, propone una forma amplia de pensar la cultura y las maneras en que ésta afecta la experiencia migratoria y en que se ve afectada por ella. Su ensayo argumenta acerca de la importancia y la necesidad impostergable de conferir una centralidad a la cultura en los estudios sobre migración, lo que para la autora significa “no sólo observar la circulación de ideas, gentes y objetos, sino también concebir a la migración como un acto intrínsecamente cultural”. En su argumento, Levitt insiste en la necesidad de una lente transnacional para llevar a cabo el objetivo planteado.

El quinto capítulo, “Migración y literatura chicana femenina: narrativas y ciudades (entre orígenes y destinos)”, de Elsa Leticia García Argüelles, aborda diversas aproximaciones metodológicas como la literatura comparada, los estudios poscoloniales y estudios culturales, entre otras. La propuesta analítica de la autora consiste, en sus propias palabras, en “legitimar una forma diferente de proponer un *conocimiento* que produzca alternativas viables de intercam-

bios y diálogos, sin limitarse a las jerarquías y discursos estereotipados, fijos u homogéneos, lo cual todavía es un reto en términos políticos y humanos”.

El sexto capítulo, “Migraciones, travesías y peregrinajes”, de José Manuel Valenzuela Arce, arguye acerca de la necesidad de insistir, particularmente en el contexto de América Latina (aunque su argumento sea generalizable a otras latitudes), que los migrantes “son mucho más que válvulas de escape o divisas redituables vía remesas”. Para Valenzuela es indispensable romper con numerosos fetichismos que permean el discurso sobre las migraciones y considerar los “entramados socioafectivos y las redes de relaciones humanas” que subyacen en los flujos migratorios. Nos alerta, entre otras cosas, que “las poblaciones que se encuentran en el exterior conforman poderosas urdimbres culturales que involucran procesos de apropiación, recreación, innovación y disputa cultural”.

El capítulo con el que cierra esta obra, “Malestar en la cultura: hegemonía neoliberal, indignación y cambio social”, de Humberto Márquez Covarrubias, ofrece un argumento que previene en contra el imperialismo cultural y sus secuelas. Su análisis plantea, por un lado, que la cultura hegemónica, asimilada en la ideología neoliberal y que atraviesa prácticamente todos los ámbitos de la vida social, tiene como “principios rectores los valores del libre mercado, la democracia electoral, el individualismo, el consumismo y el entretenimiento”. Por otro lado, para el autor es en la cultura subalterna “donde anida la indignación y la resistencia ante los riesgos y peligros emanados de la crisis civilizatoria [en la que] está germinando una energía social, sobre todo entre los jóvenes, que llama la atención sobre la necesidad de impulsar un cambio cultural”. Este cambio plantea un verdadero desafío civilizatorio que no debe de ninguna manera ser soslayado y que, entre otras cosas, implica “un cambio cultural, donde la producción de conocimiento, tecnología y arte, en conjunción con el pensamiento crítico, creativo y propositivo, encuentren nuevos senderos hacia un desarrollo humano generalizado, el bien común y la democracia real”.

Los trabajos incorporados en este libro son resultado del seminario internacional “Migración, desarrollo y cultura: los espacios de tránsito y las ciudades de destino como espacios del diálogo”, celebrado los días 13 y 14 de octubre de 2011 en la ciudad de Zacatecas, México, bajo los auspicios de la Oficina de Unesco-México y la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ). El objetivo del seminario fue: “Generar un espacio de discusión y reflexión multidisciplinaria que permita definir líneas de acción para el diseño de programas, proyectos y acciones, orientadas a valorizar crítica y constructivamente el papel de la cultura en

el proceso migratorio”. Cabe agregar que el seminario y el presente libro se inscriben en el marco de la Cátedra Unesco sobre Migración, Desarrollo y Derechos Humanos, conferida a la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la UAZ y cuya coordinación general fue conferida a Raúl Delgado Wise. Esta cátedra tiene como propósito consolidar un polo de excelencia en el campo de la migración, el desarrollo y los derechos humanos y contempla como objetivos específicos: *a*) reformular el debate sobre migración, desarrollo y derechos humanos con una perspectiva comprensiva e incluyente (lo que hemos denominado perspectiva del sur); *b*) promover el diálogo norte-sur y sur-sur, así como una agenda alternativa de investigación en la materia; *c*) formular y cuantificar indicadores estratégicos para desmitificar y evaluar objetivamente y constructivamente la relación entre migración, desarrollo y derechos humanos, y *d*) participar activamente en los foros mundiales y regionales en el campo con el objeto de contribuir a la formulación de políticas públicas coherentes que permitan desplazar el énfasis de las políticas dominantes de la agenda de seguridad nacional hacia una agenda que priorice la seguridad y desarrollo humanos.

Finalmente, expresamos nuestro agradecimiento a Ciro Caraballo y Ricardo Guerrero, de la oficina de Unesco-México, por su apoyo para la publicación de esta obra.

Fuentes consultadas

- DELGADO WISE, Raúl (2013), “The Migration and Labour Question Today: New Imperialism, unequal Development and Forced Migration”, *Monthly Review*, vol. 65, núm. 2, febrero, pp. 25-38.
- MÁRQUEZ, Humberto y Raúl Delgado Wise (2012a), “Intercambio cultural desigual y crisis civilizatoria: desafíos del cambio cultural y el desarrollo humano”, *Gazeta de Antropología*, vol. 28, núm. 3, número especial por el 30 aniversario de la revista.
- y Raúl Delgado Wise (2012b), “Una perspectiva del sur sobre migración forzada y desarrollo alternativo”, *Migración y Desarrollo*, vol. 9, núm. 16, pp. 3-42.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2011), “Introducción: las epistemologías del Sur”, en CIDOB (org.), *Formas-Otras. Saber, nombrar, narrar, hacer*, Barcelona, CIDOB Ediciones, pp. 9-22.

Expedientes del capital global: crisis civilizatoria, migración forzada y cambio cultural

Humberto Márquez Covarrubias

Raúl Delgado Wise

Rodolfo García Zamora

Introducción

El sistema capitalista mundial afronta una crisis sistémica de enormes proporciones que no sólo trastoca las dinámicas de acumulación —perceptible por la depresión económica, el desempleo galopante y la bancarrota— sino que, en un sentido aún más profundo, trastorna el entramado civilizatorio que vulnera las condiciones de vida y trabajo del grueso de la población mundial. Hoy por hoy, la mayor parte de la humanidad, aproximadamente 80 por ciento, sobrevive en los ámbitos del llamado Sur global (Santos, 2010), es decir, en las regiones catalogadas como periféricas o subdesarrolladas, como África, América Latina y grandes porciones de Asia; pero también en espacios sociales pauperizados de los países centrales o desarrollados, en especial donde subsisten inmigrantes, minorías raciales y trabajadores pobres. Incluso, cada vez más, países enteros que experimentaban expansión económica y se sumaban al llamado primer mundo, hoy afrontan una cruda realidad, como España, Grecia o Irlanda. En estas demarcaciones persisten relaciones sociales orientadas a la concentración de poder y riqueza en manos de las oligarquías, cuyo “daño colateral” es la degradación de la condición humana. Las relaciones de explotación, despojo, discriminación, humillación, exclusión y criminalización repercuten en la violación sistemática de los derechos humanos, la procreación de una ciudad mínima, la consolidación de la inseguridad humana y la diversificación de la migración forzada (Mora, 2008; Amin, 2010; Márquez y Delgado Wise, 2011a; Dussel, 2011).

La situación generalizada es de un profundo malestar e impotencia, pero también de indignación y rebeldía (Hessel, 2011; Roitman, 2012). El capitalismo neoliberal pierde legitimidad, si alguna vez la tuvo, como proyecto hege-

mónico enarbolado por el pensamiento único. Diversos signos de degradación social, ambiental y cultural alimentan la sintomatología de la indignación: desigualdades sociales; diferenciación entre centro y periferia; ejército laboral de reserva a nivel mundial y la cauda de desempleo y precarización; el predominio del capital financiero y su estratagema especulativa que actúa como agente desestabilizador y concentrador de riqueza; devastación ambiental por el despojo, privatización y desregulación de los recursos naturales y los bienes nacionales y comunitarios; la migración forzada de sujetos despojados y excluidos que requieren buscar el sustento en otras latitudes bajo condiciones de extrema vulnerabilidad; descrédito de la democracia electoral como opción de cambio al encontrarse secuestrada por una clase política corrupta y fetichizada, ingobernabilidad en vastos territorios cuyos vacíos de poder han sido copados por los poderes fácticos, como los intereses corporativos y las redes criminales transnacionales. En este escenario, la cultura de masas divulgada incesantemente por las industrias culturales y del entretenimiento se solaza con la producción de bienes de consumo frívolos, mercantilistas y desechables que carcomen la visión crítica y creativa de la sociedad a fin de enajenar a la inerme masa social que, una vez fragmentada, desinformada y despolitizada, carece de la fuerza y el poder social para resistir la vorágine destructiva del capitalismo neoliberal e impulsar proyectos de transformación social.

Nuestro argumento descansa en cinco consideraciones generales:

- 1) La noción de desarrollo como proyecto civilizatorio resulta una utopía nugatoria. La promesa de crecimiento, prosperidad y bienestar es improbable cuando la organización social, el modelo de acumulación y el sistema de poder están abocados a expandir el ámbito de dominio del gran capital y a generar nuevas fuentes de ganancia, a costa de propiciar la degradación ambiental y humana.
- 2) La actual crisis del sistema capitalista mundial en su fase neoliberal pone en tela de juicio, como nunca antes, la tentativa de generar mejores condiciones de vida y de trabajo para la mayoría de la humanidad.
- 3) La cultura dominante, expresión del sistema de valores y prácticas del neoliberalismo, que encarna los intereses corporativos multinacionales y la arquitectura de poder transnacional, atraviesa, también, por una crisis de enormes proporciones. El malestar en la cultura es el síntoma evidente que genera desasosiego y pérdida de legitimidad.
- 4) La nueva división internacional del trabajo engendra una sobreoferta mundial de trabajadores por la incorporación capitalista de fuerza laboral de la ex Unión Soviética y China, y la liberalización de trabajadores de la perife-

ria (p. ej., descampesinización) debido a la acumulación por despojo y los programas de ajuste estructural (Harvey, 2004; Delgado Wise y Márquez, 2008), transforma los mercados laborales al diferenciarlos y precarizarlos, además de que induce la movilidad forzada de contingentes sociales excluidos y despojados.

- 5) El impulso de un auténtico desarrollo humano, que revierta las dinámicas regresivas de la globalización neoliberal y afronte la crisis sistémica, requiere también revertir sus fundamentos conceptuales enraizados en la cultura hegemónica. Otra forma de desarrollo es posible y necesaria, siempre y cuando se incluya la dimensión cultural, como un nuevo proyecto civilizatorio basado en la simbiosis entre naturaleza y sociedad, y dentro de ésta, la igualdad y los derechos humanos.

La gran disyuntiva civilizatoria, valga decir, la gran empresa cultural de la humanidad, se bifurca entre continuar alimentando la vorágine de destrucción y malestar articulada por la globalización neoliberal, cuyos valores del libre mercado, democracia electoral, individualismo y consumismo resguardan el interés primordial de concentrar y centralizar riqueza y poder en las élites, sin reparar en los enormes costos sociales y ambientales; o reconstruir la organización social y productiva y recomponer el Estado para extender una red de protección social basada en principios de bien común, igualdad, justicia social, seguridad humana y sustentabilidad social (Márquez *et al.*, 2012). La disyuntiva económica, política y cultural pasa por la necesidad de reconvertir la actual crisis del sistema capitalista en un parteaguas civilizatorio orientado al cambio cultural y la transformación social.

Contradicción social: *plutonomía* y degradación humana

Una vez resuelta la conflagración subyacente a la *guerra fría*, que significó el derrumbe estrepitoso del bloque soviético, el capitalismo triunfante orquestado por el poder económico, político y cultural amasado por la triada de Estados Unidos, la Unión Europea y Japón impuso, como modelo cimero de civilización, una idea de desarrollo basada en la economía de mercado, donde las alternativas pierden sentido y razón de ser. Los países periféricos, inmersos en el subdesarrollo y la dependencia, a la sazón América Latina, África y grandes porciones de Asia y otras de Europa, donde habita la mayoría de la población del planeta, desmantelaron las proclamas desarrollistas que pretendían industrializar las naciones con bases endógenas y erigir un Estado benefactor, y en su lugar implementaron agendas de corte neoliberal que pretendían impulsar

dinámicas de crecimiento económico impulsadas por la inversión extranjera y el comercio exterior; al amparo de programas de ajuste estructural que garantizaban un clima favorable a los negocios (privatización, desregulación y liberalización). La promesa era que, emulando etapas sucesivas, arribarían a un idílico primer mundo.

La cultura hegemónica propala una mitología que pretende justificar el predominio de los grandes monopolios internacionales, el influjo de los Estados imperiales y, en general, el modelo de acumulación mundial. Los tres grandes mitos culturales del capitalismo neoliberal son el libre mercado, según el cual el espíritu emprendedor de los individuos que no son agobiados por el Estado desencadenan una dinámica de crecimiento y prosperidad; la democracia electoral que concede a los ciudadanos el privilegio de elegir a los representantes populares de entre una reducida baraja de opciones previamente designadas por los grupos de las élites políticas, y el fin de la historia que cancela, de un plumazo, la tentativa de promover alternativas de desarrollo y otras formas de organización social, pues se asume que el capitalismo triunfante no requiere cambios o transformaciones estructurales.

En la teoría, el desarrollo inmerso en la ideología neoliberal aparece, bajo distintos ropajes conceptuales, como un gran proyecto civilizatorio que entraña la promesa de crecimiento, progreso y prosperidad; una especie de salto hacia un estadio superior, donde los países ubicados en el subdesarrollo y la dependencia, al emular las estrategias de industrialización e innovación tecnológica y las políticas restrictivas de corte monetarista, alcanzarán dinámicas económicas de crecimiento y bienestar para la población en general. Ante la evidencia contundente de exclusión, pobreza y marginación, la meta del desarrollo también aparece como una de las principales empresas culturales de la humanidad. A condición de que se preserven los grandes negocios corporativos, la estrategia de desarrollo asume connotaciones guerreristas cuando se dice combatir la pobreza mediante la inversión de los recursos de los mismos pobres, un llamado capital social, y la inversión de magros recursos fiscales en programas que focalizan ayudas de corte asistencial a fin de amortiguar los efectos más severos de la pobreza alimentaria.

Sin embargo, en la práctica, el modelo de desarrollo dominante, impuesto en diversos niveles y grados, en periferias y centros del sistema capitalista mundial, por organismos financieros internacionales y Estados imperiales, funciona como una poderosa maquinaria expoliadora, parasitaria y rentista comandada por las grandes corporaciones multinacionales. Este modelo articula nuevas fuentes de generación y apropiación de ganancia para el capital monopolista internacional. Las regiones periféricas son consideradas como fuentes

inagotables de recursos naturales y materias primas, de abundante fuerza de trabajo barata no calificada y calificada y, en general, de excedente económico que es transferido hacia las casas matrices ubicadas en los centros de mando de las corporaciones multinacionales. La inversión extranjera, que personifica la “cara amable” de los monopolios y grandes fondos de inversión, es presentada como el agente del desarrollo —en detrimento del papel del Estado como gestor del desarrollo— a la cual se le tiene que rendir todo tipo de facilidades y apoyos con objeto de que en el corto plazo satisfaga sus exigencias de alta rentabilidad y, bajo un dudoso efecto de derrame, con posterioridad transfiera los beneficios a los colectivos que trabajan directamente bajo su dominio y a las haciendas públicas que podrán disponer de recursos canalizados a la inversión social. Sin embargo, la inversión extranjera opera bajo un esquema laboral fincado en redes globales de subcontratación (*outsourcing*), que le permite a las corporaciones multinacionales explotar trabajo barato, arrasar con la infraestructura natural y aprovechar la nueva fachada del crecimiento exportador para configurar un pujante comercio intrafirma. Aunado al paraíso laboral de salarios reprimidos y prestaciones a la baja, operan paraísos fiscales que conceden exenciones fiscales y permiten la apropiación franca de tajadas del erario al amparo de programas de asociación público-privado que desvía recursos públicos del desarrollo social para financiar esquemas de privatización de bienes y servicios públicos, por lo que, al final de cuentas, el efecto multiplicador de la inversión privada termina por afianzar una nueva versión de sustracción de excedente económico, y en lugar de una boyante economía en desarrollo, se configura una economía de enclave (Márquez y Delgado Wise, 2011b). Como economía de enclave, las regiones periféricas que se hunden en el subdesarrollo y la dependencia se caracterizan por permitir el extractivismo de recursos naturales y materias primas, sobre todo minerales, petróleo, gas y agua; la superexplotación de asalariados en corporaciones multinacionales, el trabajo informal y la migración laboral; así como la apropiación de excedente económico generado mediante la inversión de esfuerzos sociales e institucionales por vía de intercambio desigual, comercio intrafirma y acumulación por despojo. En suma, las periferias sufren, de manera sistemática, la pérdida de energía social derivada de la transferencia de excedente económico, recursos naturales y fuerza de trabajo, además de la subyacente desarticulación de las fuerzas productivas, el mercado interno y la soberanía nacional.

En este entramado sistémico, dos grandes mecanismos complementarios tienen lugar. En primer término, la internacionalización del proceso monopolista del capital mediante el cual, en aras de acceder a fuentes baratas de trabajo y materias primas, y a marcos normativos desregulados y recursos

públicos diversos, amén de apropiarse de bienes comunes y empresas públicas, las corporaciones multinacionales relocalizan gran parte de los procesos productivos en las periferias del mundo que toleran la sobreexplotación laboral, la depredación ambiental y la captura del Estado por los intereses corporativos. La articulación de redes globales de capital monopolista traza el nuevo tablero de la división internacional del trabajo, donde las figuras de la inversión extranjera y las cadenas de subcontratación adquieren gran dinamismo. En segundo término, la expansión de la sobrepoblación o, mejor dicho, del ejército laboral de reserva en el sur del planeta, alimentado por la descampesinización y la precarización de los mercados laborales, constituye el principal factor de atracción de la inversión extranjera y el factor clave para incrementar los márgenes de explotación y el control político de la población que antepone la búsqueda de una fuente de ingreso para la sobrevivencia y la aceptación de condiciones laborales degradantes a la formación de fuerzas sociales que pretendan cambiar las estructuras de explotación y los mecanismos de despojo y dominación. La disposición a trabajar en condiciones de precariedad extrema, incluso por debajo de los límites de subsistencia, genera un diferencial salarial entre centro y periferia de enormes proporciones, lo cual termina por representar la principal fuente de ganancia extraordinaria de los últimos tiempos, una suerte de renta imperialista (Márquez y Delgado Wise, 2011b).

El intercambio internacional se organiza bajo pautas de dominación/subordinación que profundizan el desarrollo desigual entre centro y periferia. El capital monopolista se apropia de los sectores estratégicos y rentables del Sur global y succiona las porciones mayoritarias del excedente económico que se genera con el concurso de múltiples esfuerzos sociales e internacionales. El extractivismo de recursos naturales, la financiación de presupuestos públicos, fondos de pensiones y ganancias empresariales, y la flexibilización y precarización del mercado laboral son mecanismos idóneos para la transferencia de excedentes. Dentro de la periferia, la segregación espacial entre territorios conectados con los centros cosmopolitas, donde tienen su sede los grandes monopolios y los territorios inermes, y territorios considerados marginales para insertarlos en el circuito de los negocios multinacionales, a menos que se consideren como contenedores de materias primas bien cotizadas en el mercado mundial, como los *commodities*, de no ser así, se catalogan como reservorios de población superflua o territorios susceptibles del control de poderes fácticos, como las redes criminales. En términos sociales, se agudiza la diferenciación entre las diversas categorías de la población asalariada y las élites sociales conectadas a los monopolios, que forman los conjuntos fami-

liares de las oligarquías nacionales. Pero más sintomático es el hecho de que se prohíja una amplia capa de población que puede ser considerada como parte del ejército laboral de reserva a nivel global (Foster y Magdoff, 2009), donde se encuentran los campesinos, los trabajadores informales, la criminalidad, los desempleados y los migrantes.

El predominio de las redes globales de capital monopolista está sostenido por un sistema de poder transnacional que genera las bases políticas, diplomáticas, militares y culturales para la rápida expansión del capital monopolista (Márquez y Delgado Wise, 2011b). Los Estados desarrollados implementan estrategias coercitivas o persuasivas para abrir nuevos espacios de valorización en el sur. Por su parte, los Estados periféricos sucumben ante la imposición de requisitos para acceder al crédito internacional o son compelidos ante el acoso diplomático-militar, que no pierde ocasión de confrontar a gobiernos o movimientos sociales con pretensiones liberadoras. Las industrias culturales y del entretenimiento, además de los grandes medios de comunicación masiva, ejercen una poderosa influencia entre la sociedad civil para difundir, a gran escala, los valores y principios del modelo económico y cultural que representa los intereses del capitalismo triunfante.

Empero, el sistema mundial capitalista afronta una severa crisis estructural que ha cimbrado el centro mismo, Estados Unidos, que funge como el *hegemón*. Las especulaciones políticas han propalado la especie de que el centro gravitacional cambiará, tarde o temprano, de latitud, para desplazarse hacia tierras orientales, donde el yuan sustituye al dólar y la muralla china a la estatua de la libertad. La estrategia de financiarización que permitió una ola expansiva de crecimiento, pero también una burbuja especulativa que no tenía respaldo en el aparato productivo, terminó por debilitar materiales y políticas de la expansión desorbitada del capital financiero en todo el mundo. Con todo, la actual crisis es de gran calado, pues atañe al curso civilizatorio que está llegando a sus límites, por cuanto está basado en la degradación ambiental y humana. No sólo significa una depresión económica representada por el cierre de empresas y fuentes de empleo, caída del consumo y la inversión, sino el deterioro drástico de la calidad de vida y trabajo de la mayoría de la población mundial y una fractura del proceso metabólico entre sociedad y naturaleza.

La irrupción violenta de una crisis civilizatoria, que va más allá del estallido de las burbujas especulativas en el sector financiero, sobre todo en el medio hipotecario, significa la ruptura del sistema de reproducción de la vida humana, la entronización de las violencias sistémicas y el exacerbamiento de los mecanismos de despojo y exacción (Bello, 2006; Márquez, 2009, 2010). La pretensión de un proyecto civilizatorio mediante la entronización de los

valores del capitalismo central (libre mercado, democracia electoral y fin de la historia) significa también el gran fracaso cultural del capitalismo global, de la pretensión de homogeneizar culturalmente a la humanidad en sintonía con los principios del capitalismo euroestadounidense.

El maldesarrollo se erige como el estado habitual para la mayoría de la población que está inmersa en condiciones laborales precarias y flexibles o, peor aún, que está confinado a formar parte de las filas del ejército laboral de reserva a escala planetaria. La economía global del trabajo barato ha deteriorado drásticamente las condiciones de reproducción de la vida humana y generado una espiral de degradación social que está trazada por episodios recurrentes de violencia, inseguridad y desesperanza.

Ruptura civilizatoria

El análisis dominante sobre la crisis del capitalismo contemporáneo ha incurrido en un reduccionismo con pretensiones justificadoras: en lugar de ubicarla en el largo plazo, se constriñe a un periodo corto, entre 2007 y 2008, con algunos resabios que perduran en 2012; para omitir su carácter multidimensional, queda anclada en el sector financiero, con énfasis en el mundillo hipotecario; a fin de diluir el efecto propagador en el orbe, se localiza casi exclusivamente en Estados Unidos, país que desempeña el papel de primera potencia capitalista, razón por la cual no se puede desconocer que las secuelas económicas tocan fibras sensibles en todos los rincones del planeta. En esa tónica, la crisis ha sido dibujada como una V, es decir, se reconoce una caída abrupta que, sin embargo, experimentará una recuperación consistente; o se admite que a la recuperación puede sobrevenirle una nueva caída con una nueva recuperación, lo que traza una W; las previsiones más pesimistas admiten una caída en forma de L, una caída con un periodo de estancamiento, al final de cuentas se recuperará la estabilidad. Para los analistas del sistema, la crisis asume un carácter cíclico, temporal, transitorio. La representación del ciclo económico como V, W o L, trazos del crecimiento o decrecimiento económico, pretende reducir a una variable del devenir de la vida social, política, cultural y ambiental de la humanidad.

Más allá de esas representaciones limitadas, el sistema capitalista mundial atraviesa por una profunda crisis estructural y sistémica que, amén de trastocar la valorización del capital, como lo testifica la depresión económica mundial, el desempleo estructural y el desplome del crecimiento, vulnera el sistema de reproducción de la vida humana, de manera acusada en las zonas periféricas y subdesarrolladas. En las profundidades del sistema de acumulación

mundial centralizada y de su estructura de poder; las clases sociales empobrecidas y excluidas afrontan diversos riesgos y peligros (Mora, 2008; Márquez, 2009, 2010).

La economía mundial se ha monopolizado y, en contrapartida, el desempleo estructural aumenta. El desempleo y la pauperización atosigan a una masa creciente de habitantes del planeta que sólo disponen de fuerza de trabajo para sobrevivir. Con el propósito de reducir drásticamente los costos laborales, los gobiernos no tienen empacho en implantar programas de flexibilización y precarización laboral que redoblan la explotación laboral y vulneran el fondo de vida obrero para dirigirlo al fondo de acumulación y a la repartición de ganancias a favor de quienes viven de la plusvalía. La política empresarial de despedir periódicamente personal de todos los niveles salariales y grados de calificación pretende doblegar a los sindicatos y entablar negociaciones, a la baja, sobre salarios y prestaciones, desvincular a los obreros de antigüedad, prestaciones y desplazar partes del proceso productivo hacia empresas que funcionan, de manera subordinada, como subcontratistas, donde privan relaciones laborales inseguras. Este movimiento también se refuerza con la adopción de nuevas tecnologías de producción, información y comunicación que convierten en prescindibles a una masa creciente de trabajo vivo. Por si fuera poco, las sucesivas crisis económicas golpean, antes que a nadie, a los trabajadores asalariados y no asalariados. Las corporaciones empresariales que afrontan problemas en periodos críticos pasan la factura a los trabajadores mediante despidos y reducción de salarios y prestaciones. Los gobiernos que instrumentan políticas de “rescate” para favorecer a las grandes corporaciones exigen públicamente que se apliquen programas de “competitividad laboral”, es decir, que las empresas beneficiarias despidan personal y contengan o reduzcan los salarios para, se justifica, recomponer la posición competitiva y reanimar los abstractos mercados (Bello, 2006; Foster y Magdoff, 2009).

El sistema agroalimentario mundial ha desencadenado una pérdida de soberanía alimentaria. La gran mayoría de países periféricos y subdesarrollados ha perdido soberanía alimentaria, entendida como la capacidad de producir los alimentos básicos que demanda su propia población —sobre todo la generada por la población campesina— y la correspondiente capacidad de todas las clases sociales para consumir alimentos sanos, inocuos y nutritivos, acorde a una dieta suficiente para mantener un estado aceptable de salud en condiciones normales. Las grandes corporaciones agroindustriales controlan el sistema alimentario mundial en todas sus etapas: imponen paquetes tecnológicos que incluyen semillas, pesticidas, fertilizantes y sistemas de riego; programan la producción de cultivos tradicionales y no tradicionales

según los requerimientos de los grandes compradores y las previsiones de los mercados de futuros; implementan esquemas de financiamiento y seguros, sistemas de almacenaje, comercialización y distribución; propagan patrones de consumo y sistemas de precios en conjunción con los grandes monopolios comerciales. Por añadidura, en los países subdesarrollados, la población pobre, que es la mayoría, padece hambrunas, desnutrición y obesidad. La coexistencia de hambre y obesidad alude a la paradoja del hambre, pues mientras que la primera se explica por la pobreza, la segunda por la imposición de alimentos con alto contenido calórico, pero baja densidad nutritiva (los llamados alimentos “chatarra”), que derivan en problemas de salud para los pobres, como la obesidad, diabetes, hipertensión y cáncer.

La depredación del medio ambiente entraña una fractura del metabolismo social. La obsolescencia programada acorta la vida útil de las mercancías producidas por las corporaciones que habilitan mejoras tecnológicas en sus procesos productivos y en el propio diseño de las mercancías, lo cual significa el incremento del ritmo de rotación del capital constante o de la dinámica de acumulación. Los valores de uso pronto se convierten en artículos desechables, con lo cual se arroja una mayor cantidad de desperdicios y basura al medio ambiente, al tiempo en que se activa el ritmo de producción, es decir, la demanda de insumos productivos provenientes de la infraestructura natural. El ritmo de remplazo de la maquinaria, equipo, edificios e infraestructura también se inscribe en esta lógica de aceleración del ciclo de producción y consumo. El incesante ritmo productivo rebasa, con mucho, la capacidad de remplazo de la naturaleza. La degradación ambiental se multiplica: erosión, sequías, inundaciones, cambios en el clima, pérdida de biodiversidad. En suma, se deterioran las bases naturales para la producción y se fractura el metabolismo social entre sociedad y naturaleza.

Las fuentes de energía, un recurso vital para la organización socioeconómica, resiste los embates de la especulación y la violencia. La crisis del modelo de producción fosilizado está llegando a un aparente punto sin retorno. La conclusión del pico en la producción de combustibles fósiles, principalmente petróleo, ha desencadenado espirales inflacionarias y propiciado guerras de conquista, bajo el ardid de guerras preventivas, guerras contra el terrorismo o guerras en pro de la democracia y la libertad, que han sembrado la muerte y el terror en poblaciones donde abundan las mayores reservas de hidrocarburos en el mundo. Estas conflagraciones anuncian el riesgo para los países subdesarrollados que disponen de reservas de petróleo, pero que no se han plegado a los tratados comerciales o permitido la entrada de inversión extranjera en este campo. La búsqueda de alternativas energéticas es un campo

en ciernes en la investigación científico-tecnológica, pero principalmente un territorio de alta concentración corporativa, que anticipa el control empresarial en materia energética.

Enormes masas poblacionales de desposeídos y excluidos recurren a la migración forzada como último recurso para la subsistencia. Durante la globalización neoliberal, las migraciones adquieren un nuevo papel dentro de la división del trabajo. Los mecanismos del desarrollo desigual generan condiciones estructurales, como el desempleo y las desigualdades, que empujan las migraciones masivas de conjuntos poblacionales despojados y excluidos. Literalmente expulsadas de sus territorios, las personas en estas condiciones se desplazan a otros lugares, del propio país y el extranjero, compelidos por la necesidad de acceder a medios de subsistencia u oportunidades de movilidad social. La sobreoferta laboral y el creciente deterioro de las condiciones de vida, confieren a las migraciones, en particular las provenientes de países periféricos, el carácter de *desplazamiento forzado*. La migración forzada interna e internacional caracteriza al grueso de los movimientos poblacionales bajo el capitalismo neoliberal. La matriz propulsora de las migraciones está compuesta por las violencias estructurales, políticas e institucionales y la condición de inseguridad humana que aqueja a los pobres de la Tierra. Las migraciones forzadas tienen cuatro características en común:

- 1) se verifican en los planos nacional e internacional, preponderantemente desde las regiones deprimidas de las periferias con destino a regiones relativamente más prosperas de éstas o al centro;
- 2) afectan primordialmente a los sectores vulnerables, pobres y excluidos que no disponen de basamentos materiales y subjetivos para garantizar la supervivencia o alimentar una expectativa de vida decorosa;
- 3) generan una sobreoferta de trabajo barato y desorganizado que es aprovechada por empleadores y corporaciones interesadas en abaratar costos; y
- 4) alimentan los mecanismos de exportación directa e indirecta de fuerza de trabajo, tanto inmediato como científico-tecnológico.

El influjo cultural del capitalismo euroestadounidense es determinante para imponer en grandes franjas del planeta patrones de consumo, esquemas de pensamiento, modas de vestir y formas de actuar; además de que carcome los procesos de socialización y produce identidades individualistas y apegadas a criterios consumistas. La penetración de los valores capitalistas es facilitado por la gran influencia que ha adquirido la industria del entretenimiento,

encabezada por el cine de Hollywood y la televisión comercial, pero también por la degradación inducida del sistema educativo en los países subdesarrollados y la conformación de un sistema de comunicación social que difunde información chatarra y prohija una ciudadanía conformista y moldeada según las pautas del mercado.

El fetichismo del poder político forma parte del expediente de una cultura crítica en crisis. De manera recurrente y, cada vez más, acentuada, la clase política coligada por el programa neoliberal afronta una profunda crisis de legitimidad, la cual van sorteando en cada comicio, sin descontar el hecho de que pueden sufrir derrotas electorales significativas, como en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina y Brasil. Tras bambalinas van tomando mejores posiciones los llamados poderes fácticos que disputan y toman para sí parcelas de poder social, político y territorial del Estado, muchas veces con la colusión de personeros del gobierno. Asimismo, toman forma diversas coaliciones o pactos políticos turbios entre los partidos hegemónicos y los poderes fácticos. En contraste, la sociedad civil pretende ser despolitizada mediante la destrucción de sujetos sociales y la entronización del ciudadano mínimo, individualista, egoísta, consumidor y conservador. El saldo es contrastante, por una parte se registra una pesada sensación de desánimo, apatía y conformidad, y, por la otra, proliferan disímiles expresiones de indignación, resistencia y rebelión.

El capitalismo triunfante, luego del derrumbe del socialismo real, trajo consigo una de las cristalizaciones más preciadas de la cultura euroestadounidense: el pensamiento único. La ideología neoliberal, que sintetiza la tradición neoclásica y el neoconservadurismo, con la remembranza de autores clásicos, principalmente Smith, y neoclásicos como Hayek, Freedman y Rawls, afianza marcos analíticos que pretenden derrocar el Estado social, la economía popular y la solidaridad, para enaltecer los intereses de las grandes corporaciones capitalistas. Este marco categorial y político manifiesta una gran incapacidad para entender el presente y los problemas de las periferias y el subdesarrollo. No obstante, en las regiones subdesarrolladas la importación inmisericorde de teorías y conceptos afines al eurocentrismo y la modernización neoliberal es un recurso de moda, acrítico y conformista. El pensamiento crítico es olvidado o motejado como anquilosado, como sucede con el manantial del pensamiento latinoamericano, en sus vertientes estructuralista, dependentista y marxista, incluyendo la teología y filosofía de la liberación, es decir, expresiones de un pensamiento original que pretende promover procesos de transformación social sustantiva.

Decantación de sobrepoblaciones y mitificación de las migraciones

La movilidad poblacional enmarcada en la era del capital global, donde el monopolio internacional se mueve prácticamente sin fronteras en una economía-mundo, ha suscitado la construcción de un discurso grandilocuente que traza una visión apologética de la migración. Sin advertir las dinámicas de acumulación mundial centradas en los grandes monopolios internacionales y la destrucción de los sistemas de subsistencia social en las periferias del mundo, ni la liberalización de amplios contingentes de trabajadores del campo y la ciudad, que asumen su nueva condición de sujetos sociales despojados y excluidos, el gran relato designa a los migrantes como sujetos emprendedores que asumen el reto de mejorar su condición de vida al buscar mejores oportunidades en mercados laborales más prósperos, desde una posición subjetiva que toma como único referente al individuo o la familia que al reinserirse al mercado laboral se convierte en nuevo concurrente del mercado y en un consumidor complaciente que persigue el llamado de los patrones de consumo que lo asemejan a los habitantes cosmopolitas de las grandes urbes del capitalismo euroestadounidense.

La mitología erigida en torno a los estudios de migración y desarrollo puede sintetizarse en los siguientes postulados:

- a) la migración es una decisión individual, familiar o comunitaria para maximizar ingresos (cálculo racional de utilidad);
- b) la “nueva era de las migraciones” está configurada por las migraciones internacionales que constituyen el “rostro humano de la globalización” y la antesala de la libertad en la movilidad humana;
- c) los migrantes transmiten valores, ideas y símbolos a sus lugares de origen que orientan mejoras culturales, económicas y políticas;
- d) los recursos de los migrantes (remesas) son una fuente para promover el desarrollo en los lugares de origen; y
- e) los migrantes adquieren capacidades, destrezas y habilidades que, aplicadas a su retorno en los lugares de origen, promoverán el progreso en un sentido multidimensional: económico, político, social y cultural.

La noción de cultura empleada en los estudios migratorios, y en otros campos del conocimiento social, pretende definirse en oposición al análisis económico, por lo que la cultura vendría a ser lo “no económico”. Por tanto, los mitos culturales de la migración, también tienen su propia expresión.

El término de “cultura de la migración” fue acuñado por los teóricos de la dependencia y del estructuralismo cepalino en la década de 1970 para referirse a los cambios que tenían verificativo en los lugares receptores de remesas, particularmente del medio rural, los cuales tendían a reproducir y profundizar el subdesarrollo y la dependencia en los lugares de origen (Singer, 1998). Más recientemente, el concepto ha sido utilizado, con otras intenciones, por antropólogos y sociólogos posmodernos para aludir a las condiciones comunitarias que, supuestamente, detonan los flujos migratorios. En esa lógica, la migración es una tradición o cultura de los pueblos, que la asimilan como parte de su práctica comunitaria y como una estrategia para transitar hacia el progreso, en simbiosis con las prácticas comunitarias de la localidad. Los migrantes son considerados como los personajes más emprendedores, mejor capacitados para el trabajo y la imagen misma del progreso. Los migrantes, a su retorno temporal, muestran los signos del éxito: vehículo ostentoso, vestimenta llamativa, dinero visible, emotividad a flor de piel. Asimismo, los migrantes son considerados como una suerte de emisarios culturales. El mito de la maleta o mochila migratoria estipula que los migrantes son, a la vez, portadores y hacedores de cultura. Los migrantes portan consigo una “mochila” donde acarrear su cultura, como signo de identidad, de modo que cuando arriban a la nueva sociedad, no van solos, e incluso son capaces de reproducir sus ámbitos de comunidad allende las fronteras y, si es posible, de expandirla en esos lugares (Grimson, 2011).

Aposentados en los lugares de destino, los migrantes forman comunidades uncidas por la nostalgia y oriundez, y pueden incluso articular “economías étnicas”. Los inmigrantes procedentes de una misma nacionalidad, región o localidad, se hermanan o vinculan impelidos por su origen, para convivir. Esta red de relaciones interpersonales les permite estructurar una economía de la nostalgia, por donde circulan mercancías con denominación de origen del terruño donde proceden, tales como quesos, dulces, bebidas alcohólicas, panes y demás productos culinarios y artesanales. La argamasa de culturas se presta a la hibridación. El multiculturalismo permite la convivencia cultural de las desigualdades (Grimson, 2011). La diversidad de culturas diaspóricas y cosmopolitas, congregadas en las grandes urbes, posibilita la convivencia entre distintas formas de pensar, creer, convivir, alimentarse, hablar, divertirse, trabajar. No obstante, los xenófobos advierten supuestas “guerras de civilizaciones” o invasiones de los bárbaros (Huntington, 2004). Desde una connotación negativa, autores como Samuel Huntington han proclamado la fiera idea de que los migrantes procedentes de países pobres y subdesarrollados están invadiendo subrepticamente las sociedades desarrolladas, que se consideran democráticas

y civilizadas; mientras que las costumbres, ideologías y prácticas de los inmigrantes se consideran, en cambio, anacrónicas, parasitarias y peligrosas.

La configuración mítica de los migrantes como “héroes del desarrollo” es el argumento socorrido del discurso del poder y de la sociología posmoderna. Los migrantes son considerados agentes que configuran un espacio social cuya armazón son las relaciones socioculturales entre los lugares de origen y destino. Los migrantes transmiten información, conocimiento, cultura, hábitos, además de dinero, en beneficio de sus contrapartes radicadas en los lugares de origen. Se pretende que puedan contribuir a la democratización de sus lugares de origen, donde pervivan prácticas anacrónicas, antidemocráticas, caciquiles, para implantar ideas y procedimientos de las sociedades desarrolladas y democráticas, pese a que la mayoría de los migrantes no sean miembros de los partidos políticos, ni tengan derechos políticos plenos. Los migrantes también envían bienes culturales (música, moda, videos) y hábitos de consumo (comida rápida, productos importados), que modifican los patrones de consumo y las formas de pensar, con lo cual se extiende una proclividad hacia la extranjería que se considera la imagen del progreso y el desarrollo, a la cual se aspira a arribar o, al menos, imitar.

Visto en su conjunto, entre las principales limitaciones de los mitos de la cultura de la migración en el marco de una de las vertientes dominantes del transnacionalismo, podemos señalar que concede autonomía a los migrantes o comunidades transnacionales como si en efecto trasgredieran los Estados-nación y las cadenas globales del capital, descontextualiza el análisis de las migraciones y explica los flujos migratorios como impulsados por la globalización y la nuevas tecnologías de la comunicación y la información, describe trayectorias socioculturales como un nuevo espacio social y concede a los migrantes el atributo de agentes del desarrollo. Cabe advertir que hay quienes, aún situándose en el ámbito del transnacionalismo, critican esta postura por considerar que desdibuja elementos del contexto en el que se sitúan las prácticas transnacionales y que, por lo mismo, una expresión subversiva desde abajo no necesariamente escapa *per se* a la dominación imperialista, en el marco de las estrategias de reestructuración del capital monopolista (Glick-Schiller, 2005).

Las migraciones contemporáneas no son ajenas a señalamientos envenenados en el contexto de la crisis capitalista. Al amparo de la visión convencional sobre la crisis (financiera, de corto plazo, asentada en Estados Unidos), existen expresiones retardatarias que estigmatizan a los migrantes y los señalan como responsables de la crisis. Al ser señalados como culpables, emergen legislaciones y políticas de corte abiertamente represivo y antiinmigrante, como las deportaciones, encarcelamientos y despidos. Objetivamente, la crisis

repercute en un deterioro drástico en la calidad de vida de los inmigrantes, sobre todo los indocumentados que ocupan las escalas inferiores del mercado laboral. Acontece una pérdida sensible de empleos, mientras que las condiciones de los que logran conservarlos se deterioran. El resultado visible es la drástica degradación del nivel de vida de los migrantes y sus dependientes económicos. En un contexto semejante, si bien no es previsible un retorno masivo de migrantes a sus lugares de origen, los países subdesarrollados, ni un abrupto desplome de remesas, existe evidencia de que el flujo de nuevos migrantes laborales está disminuyendo.

Migraciones forzadas en los intersticios de la nueva división internacional del trabajo

El punto teórico consiste en aclarar si la migración es, desde la lógica del capital, una fuente de trabajo barato para el centro y un mecanismo que libera presión al estrecho mercado laboral de la periferia, y si desde una mirada política la mencionada cultura de la migración es una expresión de la cultura subalterna alienada, que busca la reinserción en la vorágine de la acumulación a fin de que los excluidos aparezcan como rehabilitados concurrentes del mercado (trabajadores precarios y consumidores comprometidos por esquemas crediticios y patrones de consumo compulsivos).

El discurso de la subalternidad alienada pretende propalar la percepción de que el migrante es un esforzado trabajador emprendedor que además de apuntalar la reproducción precaria de sus dependientes económicos, todavía dispone de la capacidad para suplementar la acción estatal e impulsar proyectos de desarrollo local mediante la inyección de recursos en programas de obra pública. En contraste, el discurso de la subalternidad crítica tiene menor ascendente, porque lucha no por reivindicar un supuesto papel de los migrantes en el desarrollo neoliberal, sino por cambiar el sistema económico, político y cultural para generar condiciones de un verdadero desarrollo humano, equitativo e incluyente, donde la necesidad de emigrar no devenga ya de la pulverización del sistema de subsistencia y la destrucción del mercado laboral, sino de una alternativa, entre otras, para acrecentar las capacidades de desarrollo humano.

La economía mundial orquestada por las grandes corporaciones multinacionales ha expandido su ámbito de acción productivo, financiero, comercial y de servicios a prácticamente todos los rincones del mundo. Una de sus estrategias más relevantes es la búsqueda afanosa de ganancias extraordinarias mediante el abaratamiento de costos de producción. La forma más

fácil de lograrlo, como de hecho ha sucedido desde la década de los años setenta, es relocalizando gran parte de sus procesos productivos de los países desarrollados a los países subdesarrollados, que disponen de grandes reservas de trabajo barato, flexible y desorganizado. La movilidad del capital o de la internacionalización de la producción, comercio y servicios se sustenta y suplementa con la bancarrota del modo de vida y trabajo campesino, que articulaba la cultura material de reproducción social de los sectores rural y urbano asociados a la producción alimentaria, el cual tiene que emigrar hacia las ciudades o zonas fabriles habitualmente bajo el control de industrias ensambladoras y subcontratistas que están conectadas a las cadenas globales de suministro, organizadas por las grandes corporaciones multinacionales. Una incesante movilidad poblacional tiene lugar al interior de los países periféricos, una migración que a menudo suele ser soslayada. La internacionalización de la producción a través de las cadenas globales del capital monopolista representa una nueva forma de intercambio desigual, pues bajo la estrategia de abaratar costos, se extraen grandes ganancias monopolistas o una forma de renta imperialista. Otros contingentes de fuerza laboral liberada se dirigen hacia los países desarrollados o, en su defecto, a países colindantes de las periferias, pero de mayor desarrollo relativo, que también están conectadas, al final de cuentas, a las cadenas globales de capital. La migración internacional representa una importante fuente de trabajo barata que es orientada a sectores productivos que demandan condiciones laborales inseguras, peligrosas y mal pagadas. Los inmigrantes son utilizados como una fuerza laboral que contribuye al abaratamiento de los costos corporativos en los países desarrollados: suplen trabajadores sindicalizados, con mejores ingresos y prestaciones; y se ven obligados a aceptar condiciones de trabajo en peores condiciones (Castles y Delgado Wise, 2008; Márquez y Delgado Wise, 2011a).

Los países periféricos que han tomado a las migraciones como una especialización productiva, pues exportan fuerza de trabajo barata a cambio de captar divisas, es decir, los recursos dinerarios que envían los migrantes a sus familiares, terminan por caer en la trampa del intercambio desigual, pues es más lo que pierden (bono demográfico, fuerza de trabajo, transferencia de costos de formación, despoblamiento, desmantelamiento de actividades productivas, etcétera), que lo que creen ganar (captación de remesas, depuración del desempleo estructural, contención del estallido social, erosión de membresía de organizaciones sociales).

En lugar de florecer una boyante cultura de la migración o la especialización económica de exportación de trabajadores, acontece una descompo-

sición sociocultural que genera fracturas en la producción y reproducción de la vida humana, resquebraja las fuerzas y capacidades productivas, transfiere recursos humanos y ganancias al extranjero, frustra las expectativas sociales de las juventudes y se asocia a la proliferación de condiciones de inseguridad humana e insustentabilidad social. Los países exportadores de migrantes están produciendo sobrepoblación o un ejército de reserva laboral a merced de las grandes corporaciones, por lo que pierde sentido la idea de una soberanía laboral, es decir, la capacidad del Estado nación para generar los empleos formales de calidad que demanda su población, y en lugar de ello transfiere los contingentes laborales según las exigencias de las corporaciones capitalistas. Nada de esto puede ser catalogado como el impulso hacia una cultura “moderna”, sino como un malestar en la cultura que desemboque en una mayor descomposición social o que, por el contrario, impulse una subjetividad crítica capaz de generar sinergias que susciten cambios culturales en la dirección de un desarrollo humano verdadero.

Senderos del desarrollo alternativo

En el ámbito material y en el espiritual se afronta una crisis profunda y multidimensional que asume el carácter de una verdadera crisis civilizatoria. La fractura en el sistema de producción y reproducción de la vida humana precipita a amplias franjas de la población mundial en espirales de hambruna, enfermedad, desempleo, hacinamiento, violencia, superexplotación, precariedad y muerte prematura. La condición humana se diluye para quienes son reclusos en los ejércitos de reserva laboral en el sur y también para quienes trabajan en condiciones salariales inseguras y riesgosas. El sistema de coordinación social del trabajo que antepone la sustracción de ganancias extraordinarias extrae los recursos sociales que en otras condiciones podrían satisfacer las necesidades básicas de la mayoría de la población y crear las bases para garantizar el fortalecimiento de las capacidades y potencialidades de las infancias y juventudes, es decir, apuntalar un verdadero desarrollo humano. Los referentes simbólicos, ideológicos, políticos, artísticos y científicos están desconectados de las necesidades básicas y de las potencialidades humanas de los contingentes poblacionales que padecen exclusión y pobreza. Más bien están abocados a perpetuar el sistema de exacción económica y alienación social.

La situación generalizada es la de un malestar en la cultura. La población subalterna, especialmente el proletariado sujeto a los avatares de las cadenas de subcontratación, el nuevo proletariado del trabajo precario en el comercio y los servicios, el campesinado sometido a dinámicas de proletarización real o

encubierta, los indígenas, las juventudes marginadas y los grupos con identidades relegadas que engrosan las filas del desbordante ejército laboral de reserva, desarrollan diversas manifestaciones de inconformidad e indignación. Esta subjetividad representa una expresión de descontento con el sistema económico-político. Incluso puede advertirse que predominan subjetividades conformistas, apáticas o cínicas, que no perciben la necesidad de articular las formas de pensamiento subalterno en proyectos o visiones compartidas de desarrollo humano. Siendo que las expresiones prácticas son múltiples y variadas, difícilmente puede hablarse de una subjetividad colectiva, aunque sí de un malestar cultural generalizado, que de manera latente o potencial, encierra el embrión de una subjetividad crítica que proponga rutas alternas de cambio cultural o formas diferentes de entender la gran empresa del desarrollo humano verdadero. La institucionalidad que soporta la globalización neoliberal, los gobiernos nacionales y locales que aplican el recetario neoliberal y las políticas que las soportan gozan, hoy en día, de descrédito y falta de legitimidad; sin embargo, al no existir un gran proyecto colectivo de corte alternativo, siguen vigentes.

El desarrollo alternativo al modelo dominante no puede sustentarse en los mismos principios político-culturales del neoliberalismo: la entronización de la inversión privada y la preservación de sus fuentes de ganancia a costa de la infraestructura natural y la subsistencia digna de la mayoría de la población. Frente al desarrollo centrado en las ganancias extraordinarias del capital monopolista, el desarrollo alternativo se ubica en la necesidad de promover el desarrollo humano, más específicamente el de las clases subalternas. El desarrollo humano no es posible, como lo plantea la teoría dominante, apelando a la formación de capacidades y habilidades de los individuos en un contexto adverso y excluyente para la mayoría de la población como es el caso de la globalización neoliberal.

En esta perspectiva, entendemos por *desarrollo humano* la consolidación del sistema de producción y reproducción de la vida humana en simbiosis con el entorno natural bajo nuevas pautas de equidad, justicia, bien común y seguridad humana. Este propósito amerita el concurso decidido de los más diversos sectores sociales y de múltiples recursos institucionales y políticos. Recuperar el sentido de lo humano en las tareas del desarrollo, entraña una renovada visión estratégica orientada a satisfacer las necesidades materiales y espirituales para la digna reproducción de la vida e impulsar el cambio cultural y la transformación social desde abajo y desde arriba.

En tal sentido, el desarrollo humano requiere la activación de cambios estructurales en el modo de acumulación y el sistema de poder, un proceso de

transformación social orientado a mejorar sustancialmente las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población, que para ser posible reclama, en un principio, la supresión de todas las relaciones sociales que conculcan la reproducción de la vida humana.

La convergencia de fuerzas sociales, políticas e institucionales es necesaria, más que nunca, para cimentar las bases materiales y subjetivas que permitan el mejoramiento sustancial de las condiciones de vida en todos los planos y niveles de la sociedad: individual y familiar, comunitario y local, regional y nacional. Entre las tareas iniciales, destacamos las siguientes:

- 1) abrogación de todas las formas de despojo, explotación, discriminación y violencia;
- 2) reconstrucción de las capacidades productivas de la sociedad bajo un esquema de división del trabajo digno y bien remunerado;
- 3) promoción de las capacidades, habilidades y potencialidades críticas, creativas e inventivas de las personas y de la sociedad en general;
- 4) restablecimiento del metabolismo entre sociedad, cultura y naturaleza;
- 5) cambio cultural que organice la producción de conocimiento, arte, ciencia, cultura y tecnología con compromiso social; y
- 6) gestación de una democracia real que involucre esquemas legítimos de representación y participación directa de la sociedad organizada.

Bajo el esquema general del desarrollo humano resulta fundamental alcanzar la *seguridad humana*, y no sólo la seguridad nacional y la estabilidad de las instituciones. La noción de seguridad humana alude a un complejo proceso social que pretende garantizar, a todos los sectores y clases sociales, el acceso franco a medios de producción y subsistencia, además de afianzar las bases institucionales y políticas para crear una organización social basada en la paz, la justicia y la solidaridad. Más que de una mera noción garantista, donde el Estado tiene la obligación de tutelar los derechos básicos de la ciudadanía al amparo de un determinado marco legal, la noción de seguridad humana empleada en este texto pretende apegarse a las mayores exigencias de un desarrollo humano dirigido a construir escenarios de sustentabilidad social, es decir, una bioeconomía articulada por las capacidades productivas, la inventiva colectiva y las potencialidades territoriales de una manera tal que garanticen, en efecto, la pervivencia del sistema de reproducción de la vida humana en condiciones éticas, dignas y seguras. Como el desarrollo, el concepto de seguridad humana es polisémico y complejo, por lo que involucra diversas dimensiones clave para el análisis y reflexión.

Un punto primordial, de arranque, consiste en modificar sustancialmente las relaciones de poder en, al menos, cuatro ámbitos:

- 1) Configurar la responsabilidad social del capital. La economía nacional y local está dominada por los grandes monopolios nacionales e internacionales que buscan acceder a ganancias extraordinarias a cualquier costo en menoscabo de las potencialidades del desarrollo humano. Por tal razón es imprescindible intervenir, desde el Estado y la sociedad, los mercados y controlar los capitales destructivos para organizar el sistema de producción y consumo acorde al interés supremo de satisfacer las múltiples necesidades sociales, y no exclusivamente la exigencia corporativa de la máxima ganancia que no tiene reparos en los altos costos sociales y ambientales.
- 2) Reconstruir y actualizar el Estado social. El mal llamado “Estado mínimo” del neoliberalismo funge, en realidad, como un poderoso agente garante del clima de negocios reclamado por los grandes capitales y dismantela el proyecto de Estado social que tejía una cierta red de protección social. Teniendo en mente el desarrollo humano, es necesario resignificar el Estado como un poder del pueblo, como un proyecto de nación alternativo centrado en el desarrollo humano. Esto reclama, en principio, reconstruir la responsabilidad social del poder político, consolidando la red de protección social y garantizando la amplia gama de derechos humanos (individuales, económicos, políticos, sociales y culturales).
- 3) Construir una democracia real o radical. El poder ciudadano no encuentra canales de expresión en el actual sistema de poder, por lo que la ciudadanía termina por ser minimizada. Para que la soberanía popular sea efectiva, es necesario construir una auténtica democracia representativa e implementar la democracia real o participativa. Asimismo, entender la democracia, no simplemente como el juego electoral, sino como una expresión multidimensional (económica, social, política y cultural). Para ello es necesario suprimir la partidocracia y el ejercicio del poder como un fetiche de la clase política.
- 4) Recuperar la soberanía nacional. La autonomía y autodeterminación nacional en materia laboral, alimentaria, financiera, política y cultural es indispensable para preservar la integridad de la nación, no sólo ante amenazas externas de corte militar y coercitivo, o ante la intromisión del crimen organizado transnacional que trafica armas, órganos, personas, sino también para construir una sociedad igualitaria, democrática y próspera. La base material para el desarrollo humano requiere, también, alcanzar la soberanía económica, como respuesta a la penetración de capitales especulativos y

capitales que destruyen la economía nacional y su tejido socioproductivo, con afectación directa en el empleo y la calidad de vida de la mayoría de la población.

También se precisan cambios en las relaciones sociales de producción. En principio se trata de construir una economía para la vida. La organización de la actividad económica (división del trabajo, inversión pública y privada, transformación de materias primas) que tiene como fin supremo consolidar el sistema de producción y reproducción de la vida humana en condiciones dignas y seguras representa un cambio de paradigmas económico y político basado en las necesidades sociales y en la sustentabilidad del entramado social, natural y cultural. En este ámbito resulta imprescindible afianzar la soberanía y seguridad laborales. A nivel nacional y local, reconstruir la capacidad de generar los empleos formales de calidad que demanda la población significa alcanzar la soberanía en materia laboral. La división del trabajo bajo criterios de desarrollo humano y sustentabilidad social significa alcanzar un estadio de empleo suficiente cuyos atributos básicos sean la seguridad, dignidad y buena remuneración.

La consolidación del sistema de reproducción de la vida humana invoca nuevas formas de pensar y actuar. Una serie de principios normativos basados en una ética de la vida postulan la necesidad de reconstrucción del sistema de subsistencia social en torno al modo de vida y trabajo campesino y la organización de un sistema alimentario soberano, inocuo y sano. El desarrollo humano requiere garantizar satisfacción de las necesidades básicas, como la alimentación y el acceso a un empleo decente. Asimismo, es menester impulsar formas de trabajo no capitalistas, como cooperativas, economía popular y solidaria, para configurar un tejido socioproductivo orientado al vivir bien. Entre los elementos básicos que determinan la vida cotidiana de las familias se encuentra las condiciones de las viviendas reflejadas en los materiales de construcción, el diseño arquitectónico, la habilitación de espacios y la disposición de muebles y enseres domésticos; el entorno vecinal y barrial da cuenta del medio ambiente inmediato que influye en los miembros de las familias; la alimentación sana, barata y suficiente es el basamento para la reproducción sociobiológica de los miembros de la familia en sus diversas etapas formativas; el acceso a una educación de calidad resulta imprescindible para formarse como individuos plenos para los desafíos de la vida; los medios de transporte seguros y baratos son vitales en los entornos urbanos; y el acceso a fuentes de ingreso suficientes y dignas condicionan las posibilidades de buen vivir para los individuos y las familias.

Al menos, dos elementos resultan fundamentales para formar una ciudadanía para la vida:

- a) la educación para la vida. El sistema educativo, cuya columna vertebral es el sector público, debe estar orientado a la formación de ciudadanos capacitados con habilidades y potencialidades para promover el desarrollo humano, la ética humanista y la justicia social. El andamiaje institucional tiene que garantizar una infraestructura digna y suficiente, provista de escuelas seguras, higiénicas y dotadas de equipamiento y espacios perfectamente habilitados para la función escolar. El modelo pedagógico, las horas dedicadas al proceso de enseñanza aprendizaje y el ambiente escolar deben abocarse a la formación temprana de los sujetos cognoscentes, especialmente infantes y jóvenes, en la lectoescritura, el uso de nuevas tecnologías y el conocimientos científico; y
- b) una cultura de la paz y la sustentabilidad social. La supresión de la espiral de violencia de origen estructural, sistémica e interpersonal, que genera muerte, esquizofrenia y desesperanza, no puede ser el resultado inmediato de estrategias de corte punitivo y coercitivo, sino la implementación de una estrategia de cambio cultural que renueve la formación de una ciudadanía consciente, crítica, creativa y participativa que tenga acceso a la producción y aplicación de conocimiento, ciencia, tecnología y arte.

En síntesis, frente a la crisis del modelo de globalización imperante se requiere propiciar un cambio profundo en la cultura material y espiritual hegemónica, que apunte hacia la construcción de un nuevo proyecto civilizatorio capaz de promover el bien común, el progreso, la equidad, la justicia social, la seguridad humana y la armonía con la naturaleza.

Fuentes consultadas

- AMIN, Samir (2010), *Global History: A View from the South*, Oxford, Pambazuka Press.
- BELLO, Walden (2006), "The Capitalist Conjuncture: Over-accumulation, Financial Crises, and the Threat from Globalisation", *Third World Quarterly*, vol. 27, núm. 8, pp. 1345-1368.
- CASTELLS, Manuel (2002), *La era de la información, vol. I: La sociedad red*, México, Siglo XXI Editores.

- CASTLES, Stephen y Raúl Delgado Wise (2008), *Migration and Development: Perspectives from the South*, Ginebra, IOM.
- DELGADO Wise, Raúl y Humberto Márquez (2008), "The Process of Capitalist Restructuring: Labour Migration in the United States-Mexico Case", *Third World Quarterly*, número especial, Ronaldo Munck (coord.), vol. 29, núm. 9, pp. 1359-1374.
- DUSSEL, Enrique (2011), *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Madrid, Editorial Trotta.
- FOSTER, John Bellamy y Fred Magdoff (2009), *The Great Financial Crisis: Causes and Consequences*, Nueva York, Monthly Review Press.
- GLICK-SCHILLER, Nina (2005), "Transnational Social Fields and Imperialism. Bringing a Theory of Power to Transnational Studies", *Anthropological Theory*, 5, pp. 439-461.
- GRIMSON, Alejandro (2011), *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*, México, Siglo XXI Editores.
- HARVEY, David (2004), *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal.
- HESSEL, Steéphane (2001), *iIndignate!* Barcelona, Destino.
- HUNTINGTON, Samuel (2004), *Who We Are? Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon & Schuster.
- KLEIN, Naomi (2002), *No logo: el poder de las marcas*, Madrid, Paidós.
- (2007), *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Madrid, Paidós.
- MÁRQUEZ, Humberto (2009), "Diez rostros de la crisis civilizatoria del sistema capitalista mundial", *Problemas del Desarrollo*, vol. 40, núm. 159, pp. 191-210.
- (2010), "La gran crisis del capitalismo neoliberal", *Andamios*, núm. 13, pp. 57-84.
- y Raúl Delgado Wise (2011a), "Una perspectiva del sur sobre capital global, migración forzada y desarrollo alternativo", *Migración y Desarrollo*, vol. 9, núm. 16, pp. 3-42.
- y Raúl Delgado Wise (2011b), "Signos vitales del capitalismo neoliberal: imperialismo, crisis y transformación social", *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. I, núm. 1, pp. 11-50.
- , Raúl Delgado Wise y Rodolfo García Zamora (2012), "Violencia, inseguridad e insustentabilidad social en México: necesidad de un parteaguas civilizatorio", *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 2, núm. 2, pp. 167-197.
- MORA, Henry (2008), "Una reflexión introductoria sobre la naturaleza de la actual crisis global y los límites del capitalismo", *Ciencias Económicas*, núm. 2, pp. 45-53.

- ROITMAN, Marcos (2012), *Los indignados. El rescate de la política*, Madrid, Akal.
- SANTOS, Boaventura De Sousa (2010), *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*, México, Siglo XXI Editores.
- SINGER, Paul (1998), *Economía Política de la Urbanización*, México, Siglo XXI Editores.

Buscones, prostíbulos y mercados fronterizos: lucha de las mujeres migrantes haitianas por la seguridad ciudadana

Bridget Wooding*

Introducción

Desde finales del siglo pasado, la llamada nueva visión de la frontera (Lozano, 1992; Wooding *et al.*, 2008) afirma que la cooperación ha de caracterizar la frontera, y con ello se aleja de la conceptualización anterior de estos lindes como zonas tradicionales de conflicto en América Latina y el Caribe (Castor, 1988; Lozano, 1992). Sin embargo, esta retórica —antes revisionista, pero ahora ampliamente aceptada— no forzosamente se refleja en los hechos, de manera que algunos estudiosos hablan más bien de zonas en transición (Dilla y Cedano, 2007) o con conflictos de baja intensidad (Murray, 2010).

La frontera dominico-haitiana se abrió, oficialmente, hace 25 años, tras la caída de la dictadura de Duvalier en Haití, en 1986 (Flacso/Inesa, 2003). No obstante, en momentos de tensión política o de crisis de otra índole, tienden a ser instrumentalizados tanto la apertura como el cierre oficial de algunos de sus puntos. Entre 2010 y 2011, la convivencia de migrantes en tránsito y los moradores de dicha frontera ha sido sacudida por tres hitos:

- a) el terremoto de enero de 2010 tuvo como secuela un desplazamiento masivo en varias direcciones, incluida la frontera. Muchas de las personas desplazadas fueron acogidas en casas anfitrionas, con resultados mixtos para los derechos de las personas sujetas a esta migración forzada (ACNUR, 2010);

*Observatorio Migrantes del Caribe, CIES-Unibe.

- b) desde octubre del mismo año, el brote de cólera afectó todos los departamentos de Haití y cruzó, como era de esperarse, hacia República Dominicana. A comienzos de 2011, las autoridades dominicanas aumentaron el ritmo de repatriaciones de haitianos hacia su país, alegando que se trataba de una medida de control sanitario, aunque meses más tarde estas mismas medidas fueron revertidas sin que se contuviera la enfermedad. Durante el tiempo de más control en la frontera, una consecuencia inesperada fue que las mujeres migrantes tuvieron que hacer aún más uso del cruce informal, con todos los peligros que conlleva “pasar por el monte”; y
- c) la violencia desatada entre abril y mayo de 2011 tras las elecciones presidenciales y parlamentarias en Haití tuvo efectos en su franja fronteriza central, causando una baja en la presencia de las autoridades haitianas y en su capacidad operativa, ya que varias de sus instalaciones fueron saboteadas en Belladère y los funcionarios haitianos emprendieron la fuga. Como resultado de este pico de violencia en Haití, se observó aún más presión sobre algunos servicios sociales del lado dominicano, especialmente en lo referente a salud pública (Petrozziello y Wooding, 2011).

A pesar de un contexto aún más volátil de lo normal en la frontera, hoy en día, y de cara a las dinámicas migratorias, es necesario aceptar que no se ha prestado suficiente atención a esta realidad en la que, como siempre, algunos de los grupos más vulnerables pueden estar particularmente desafiados por estos nuevos acontecimientos. Si bien las mujeres haitianas desplazadas en los llamados *tent cities* —los campamentos de Puerto Príncipe y sus alrededores—, han recibido mucha atención debido al auge de los estudios relacionados con la violencia contra la mujer, en particular la violencia sexual, no se ha puesto la lupa sobre una situación cada vez más compleja en la frontera (InterAction, 2010; Refugees International, 2010; Toupin, 2010). No es casual que, en lo que se refiere a *quién* puede recibir atención mediática, suceda lo mismo en República Dominicana que en Haití: es más viable que se dé una mirada más profunda en Santo Domingo (su capital) que en una frontera lejana y abandonada a su suerte.

El 12 de julio de 2011, la joven Rooldine Lindor, estudiante universitaria de nacionalidad haitiana, fue violada y asesinada en Santo Domingo del Este. Aunque la tragedia hubiera podido pasar inadvertida dado el marco de un aumento general de la delincuencia y la criminalidad en República Dominicana, se suscitó una reacción inesperada de indignación por la comunidad haitiana

en ese país, así como en los más altos niveles en Haití y hasta en los medios internacionales.¹ Además, a pesar de estar en proceso la conformación de su administración, el presidente Martelly no se quedó atrás y dio seguimiento al caso al apoyar la visita a Santo Domingo de parlamentarios haitianos que interactuaron con sus homólogos y con el Poder Judicial sobre el caso de Rooldine Lindor (Liriano, 2011).

La prensa haitiana reseñó la muerte como “una bofetada” a los haitianos en República Dominicana; por su parte, grupos de feministas y otros actores de la sociedad civil dominicana se han solidarizado con la comunidad estudiantil haitiana, mostrándose alarmados por lo ocurrido. Algunos analistas consideran que el asesinato de esta extranjera joven podría tener secuelas semejantes a las de la muerte de la inmigrante dominicana Lucrecia Pérez, en Madrid, hace casi dos décadas, cuando dicho acontecimiento logró un movimiento sostenido en pro de los derechos de las mujeres inmigrantes en España, situación que no se había dado anteriormente.²

Sin embargo, hay otros contextos sociales y geográficos en la isla que comparten Haití y República Dominicana —la segunda más grande del Caribe—, donde los derechos de las mujeres migrantes haitianas son violados diariamente. ¿Por qué la violencia contra las mujeres migrantes³ en estos otros escenarios no recibe la atención debida? ¿Es porque las migrantes no viven en una metrópoli, sino en los intersticios de los dos países que conforman la isla? ¿Es porque ocupan un rango más bajo en la estratificación social? ¿Es porque no tienen un estatus migratorio positivo? ¿Es por el color de su piel? Este trabajo procura sacar de la invisibilidad a las mujeres que viven y trabajan en situaciones de alto riesgo en cuanto a su seguridad ciudadana, al tiempo que da cuenta de razones socioculturales arraigadas por las que las mujeres haitianas aceptan que esta gama de violencia en su contra puede ser parte de su cotidianidad.

El caso que nos ocupa es la frontera dominico-haitiana, siendo el escenario específico el del binomio de las ciudades Comendador (en la provincia de

¹El embajador dominicano en Haití se vio en la necesidad de sacar una nota de prensa el 15 de julio de 2011, deplorando el acontecimiento y garantizando la persecución judicial de los presuntos perpetradores.

²Para el aniversario de los tres meses de la muerte de Lindor, las organizaciones representativas de los estudiantes haitianos buscan convocar a una conmemoración, apelando para estos fines a sus aliados de la sociedad dominicana.

³El término “migrantes” se deriva del uso de “trabajadoras migrantes” en el CEDAW. Recomendación general núm. 26 sobre las trabajadoras migrantes, ratificada en 2008. Disponible en http://www2.ohchr.org/english/bodies/cedaw/docs/GR_26_on_women_migrant_workers_sp.pdf

Elías Piña, del lado dominicano) y Belladère (en el departamento del Plateau Central, del lado haitiano).⁴

Las fronteras son lugares complejos en los que opera una multitud de actores distintos, y en los que hay varios intereses en juego. En la frontera dominico-haitiana, las mujeres migrantes navegan entre comerciantes y cobradores, guardias, traficantes, tratantes, proxenetas, funcionarios y familias anfitrionas, empleadores(as) así como con sus propias parejas y familias. En esta variedad de contextos, las migrantes, mujeres en tránsito y desplazadas, se encuentran expuestas a varios tipos de violencia. Ellas vienen de un país marcado por la pobreza extrema, expuestas a una violencia estructural que desencadena otros tipos de violencia en su vida, como puede ser la violencia doméstica, física o sexual (Farmer, 2003). Cuando migran se ven expuestas a otros tipos de violencia según la situación en que se encuentren, ya sea en el monte, en el mercado o en la *kay madam*,⁵ donde se exhibe la “interseccionalidad” —concepto desarrollado sobre todo por activistas feministas, que analiza la discriminación con base en diferentes ejes de identidad como pueden ser el género, la clase social, el estatus migratorio o la etnia, entre otros.

Llama la atención la invisibilidad de las mujeres migrantes en este entorno en que pueden ser repatriadas a Haití sin respetar el debido proceso ni el reconocimiento del protocolo binacional que rige en la materia desde 1999 o, en el peor de los casos, pueden ser asesinadas, sin aparecer en ningún registro del país. Hay una serie de factores que confluyen para mantener en la impunidad a los perpetradores de la violencia (hombres en su mayoría, aunque no exclusivamente), sea en el cruce formal o informal, en el ámbito familiar, en la esfera de trabajo en los hogares de terceros, en los prostíbulos de la zona o en el mercado fronterizo de lunes y viernes en Comendador.

Más allá de un marco legislativo favorable, indudablemente necesario tanto en el país de origen como en el de destino,⁶ y de una opinión pública

⁴Este artículo se basa en los hallazgos de una investigación reciente (2011) ejecutada por el Observatorio Migrantes del Caribe (Obmica, CIES-Unibe/Flasco), de las autoras Allison Petrozziello y Bridget Wooding, comisionadas por la ONG dominicana “Colectiva Mujer y Salud”, y apoyada por la AECID y la OIM llamada: *Fann nan fwontye, fann toupato: Una mirada a la violencia contra las mujeres migrantes, en tránsito y desplazadas en la frontera dominico-haitiana* (Elías Piña/Belladère).

⁵El término *kay madam* en creole haitiano se refiere a la casa de familia o, literalmente, “casa de la señora”, donde muchas migrantes encuentran empleo al llegar a territorio dominicano.

⁶La República Dominicana tiene una legislación relativamente robusta en cuanto a la violencia contra la mujer, mientras que, en Haití, el Ministerio de la Condición Femenina y de los Derechos de la Mujer (MCFDF, por sus siglas en francés) presentó un anteproyecto a mediados de 2011 que, de ser aprobado, daría a Haití una legislación muy avanzada en la materia. Hay que reconocer, sin embargo, que tanto en Haití como en República Dominicana los retos son mayores cuando de aplicación se trata.

más sensibilizada hacia estos temas, este artículo hace hincapié en los roles y responsabilidades de dos de los actores fundamentales que se enfrentan en esta panorámica: principalmente, las mismas mujeres migrantes como sujetos de derechos y con capacidades destacables, así como las autoridades competentes, que tendrían que garantizar sus derechos. Asimismo, se subraya aquí la necesidad imperativa de un cambio radical en las prácticas actuales que toleran estas violaciones, señalando posibles pistas de acción para algunos actores clave, con énfasis en el quehacer de aliados con que pueden contar las mujeres aludidas en su trayectoria.

Contexto

Las mujeres migrantes haitianas, así como las desplazadas y las que están en tránsito en la zona fronteriza dominico-haitiana, se encuentran en una situación especialmente vulnerable ante la violencia contra las mujeres (VCM). Muchas migran de forma espontánea buscando mejorar su situación de vida; otras han sido desplazadas por el terremoto de enero de 2010 y, más recientemente, por la violencia postelectoral desatada entre abril y mayo de 2011.⁷ En la región hay altos niveles normalizados de violencia contra las mujeres, de varios tipos: violencia física, sexual, económica, verbal, psicológica, etcétera; además de altos riesgos de tráfico ilícito de personas, incluida la trata con fines de trabajo sexual forzado.

El mercado fronterizo de Comendador es un punto importante de comercio para muchas mujeres haitianas que, a la vez, las expone a situaciones de “macuteo”.⁸ También se han detectado situaciones propicias a la VCM en casas anfitrionas donde se hospedan mujeres y niñas desplazadas tras el terremoto en Haití, y casas empleadoras de trabajadoras domésticas migrantes, entre otras. Finalmente, los brotes de cólera en la frontera (2010-2011) han llevado a las autoridades a cerrar la frontera en varias ocasiones y a segregar a las y los vendedores haitianos de los dominicanos en un mercado provisional en El Carrizal, todo esto como medida de salud pública. Este hecho provocó que se elevara el número de mujeres que cruzaban la frontera por puntos no oficiales, donde se vieron expuestas a robo, violencia sexual y, en algunos casos extremos, homicidio/femicidio.

⁷La llamada “feminización de las migraciones” se refiere no forzosamente a que las mujeres están migrando más que los hombres (aunque puede ser el caso en algunos contextos), sino más bien al hecho de que migran muchas veces por su cuenta como el proveedor principal de la familia.

⁸Jerga popular en República Dominicana para denotar extorsión por parte de las autoridades.

Sin embargo, las tasas de denuncia de la VCM interpuestas por las sobrevivientes haitianas son muy bajas, tanto por la falta de conocimiento de sus derechos como por el funcionamiento inadecuado de los servicios de atención en la frontera del lado dominicano y por la escasez de estos servicios en la frontera haitiana. Desde la perspectiva institucional, hay una marcada falta de redes de apoyo, de servicios de salud en general y de atención a trastornos postraumáticos. Sumadas a esta situación, están la insuficiente atención a los derechos de las mujeres a nivel local y nacional, actitudes discriminatorias y xenófobas por parte de algunas autoridades y prestadoras de servicios, así como una impunidad generalizada hacia los perpetradores.

Metodología del estudio

En el estudio se emplearon métodos cualitativos de investigación, con el objetivo de generar una comprensión profunda de las diferentes situaciones de VCM. Se hizo una revisión documental de la literatura relevante, tanto teórica como empírica, previa al trabajo de campo, que se llevó a cabo durante la segunda quincena de mayo de 2011. Para ello colaboraron estrechamente las promotoras de la organización no gubernamental (ONG) dominicana denominada Colectiva Mujer y Salud (CMS) —que tras el terremoto en Haití ha hecho un esfuerzo especial por extender sus servicios a la población en cuestión— y el equipo de investigación del Observatorio Migrantes del Caribe (Obmica) —que cuenta con investigadoras multilingües, especializadas en temas de género, migración, salud sexual y reproductiva, y desarrollo.

Durante el trabajo de campo, el equipo de investigación de Obmica llevó a cabo las siguientes actividades: 1) 28 entrevistas con actores clave, en especial las autoridades locales, instituciones y organizaciones que prestan servicios de atención, orientación, prevención y apoyo a las sobrevivientes de violencia. De estas entrevistas, 20 fueron con actores de Elías Piña, una con actores de Jimaní, una con actores de San Juan de la Maguana y seis con actores de Belladère; 2) 18 entrevistas a profundidad, semiestructuradas, con mujeres y niñas haitianas con experiencia y/o conocimiento de VCM, de las cuales 16 fueron realizadas en creole y dos en español, con mujeres y niñas residentes o en tránsito en Comendador. De las 18 mujeres y niñas, nueve son migrantes residentes en Comendador desde antes del terremoto, siete son mujeres desplazadas a causa del terremoto y dos son mujeres en tránsito que viven en Haití y vienen a vender en el mercado fronterizo. Ocho de las mujeres entrevistadas son trabajadoras domésticas, cinco son vendedoras en el mercado, cuatro son hijas de crianza y una es ama de casa/usuario del hospital; 3) trabajo con dos grupos

focales de mujeres haitianas sobrevivientes de vcm. En cada uno de estos grupos participaron 12 mujeres. Las participantes del primer grupo eran migrantes procedentes de Belladère, Lascahobas, Mibalen y zonas aledañas, viven en La Pastilla y Galindo, y se dedican a vender en el mercado y a trabajar en casas de familia. Las del segundo grupo eran casi todas mujeres desplazadas tras el terremoto en Puerto Príncipe, que manifestaron la precariedad en que viven: lavan ropa ajena o “echan jornadas” en el trabajo agrícola por RD\$50 día; casi todas residen en el barrio Los Corositos; y 4) visitas de observación al mercado fronterizo, el punto de cruce fronterizo en Carrizal y un lugar de diversión nocturna en que trabajan varias trabajadoras sexuales haitianas.

Algunas de las mujeres participantes fueron identificadas a través de contactos previos de la CMS; otras fueron identificadas a través de la técnica de la “bola de nieve”, en que unas personas referían a otras. Las mujeres que fueron entrevistadas se seleccionaron a través de la estrategia de investigación cualitativa *purposeful selection*, en la que se escogen ciertas actividades, personas y lugares —en este caso, mujeres que trabajan en el mercado o en casas de familia, niñas desplazadas que son “hijas de crianza”— que proporcionen información que no necesariamente se pueda conseguir de manera aleatoria, especialmente sobre un tema sensible como puede ser el de vcm. Todos los nombres usados en este informe fueron cambiados para proteger la identidad de las entrevistadas y no agravar las situaciones de violencia a que están expuestas.

En la última parte de la investigación se celebró un taller de “devolución de los hallazgos principales” (antes de elaborar el informe final) con miras a validar el informe y recoger sugerencias que potenciaran el seguimiento de la investigación. En el taller participaron 22 actores locales, tanto de Elías Piña como de Belladère, y 20 mujeres haitianas. En los meses de julio y agosto de 2011, las investigadoras llevaron a cabo dos talleres de capacitación con mujeres haitianas. En estos talleres se confirmaron los hallazgos, a la vez que se empezó a elaborar una agenda mínima para mejorar la situación de violencia en el nuevo mercado a construirse en El Carrizal. Paralelamente, se llevaron a cabo dos reuniones de trabajo con autoridades y actores locales relevantes en Elías Piña para detectar los casos de violencia en el mercado y en el cruce fronterizo, identificar puntos de acción y fortalecer el sistema de referencia en casos de violencia.

La mayoría de las entrevistas, así como los trabajos con los dos grupos focales, fueron grabados en archivos MP3; posteriormente, se hicieron transcripciones parciales y resúmenes en español para facilitar el análisis de la información producida. Se compararon los hallazgos con los de otros estudios

afines, para alcanzar una mejor comprensión de la problemática estudiada. Originalmente, se había contemplado hacer una visita al pueblo de Belladère, Arrondissement de Lascahobas, departamento Plateau Central de Haití, para complementar las informaciones levantadas desde una perspectiva transfronteriza; sin embargo, no se pudo cruzar la frontera durante el periodo de trabajo de campo debido a los brotes de violencia liderados por activistas políticos que disputaban los resultados de las elecciones recientes en ese lugar. En el mes anterior al trabajo de campo, ellos prendieron fuego al Ayuntamiento y la Fiscalía de Belladère, así como a la casa antigua del hospital, donde murieron dos médicos haitianos y sus hijos. Para compensar esta limitación, se invitó a varios actores clave de la sociedad civil de Belladère a Comendador; seis de ellos fueron entrevistados. No se pudo localizar a ningún representante de las organizaciones del Estado en Belladère. Al parecer, la mayoría se había fugado a Puerto Príncipe, hecho que dificulta seriamente el acceso de las mujeres en tránsito a los servicios de atención en casos de violencia.

También se hizo un esfuerzo especial por identificar y localizar a mujeres migrantes que hubieran sido víctimas de trata o trabajadoras sexuales. Desafortunadamente, el acceso a estas poblaciones fue limitado, así que la información recolectada sobre estos temas se limita a información relatada por otras personas conocedoras de la temática.

Vulnerabilidades y capacidades de las mujeres migrantes haitianas

Los perfiles de las personas entrevistadas incluyen mujeres comerciantes transfronterizas y transitorias en el mercado fronterizo de Comendador; mujeres desplazadas tras el terremoto de enero de 2010, especialmente las que están alojadas en casas anfitrionas; trabajadoras domésticas remuneradas; y niñas desplazadas tras el terremoto de enero de 2010, que han sido acogidas como “hijas de crianza”.

Las mujeres migrantes perfiladas tienen muy bajos ingresos. Por ejemplo, las trabajadoras domésticas ganan RD\$1000-RD\$1500 por mes, y muchas dicen que están pasando hambre. Algunas muestran síntomas de padecer problemas de salud (por ejemplo, delgadez extrema, bocio) y varias sufren de traumas emocionales debido a sus vivencias en el terremoto y otros tipos de violencia.

Como suele ocurrir en las fronteras terrestres, hay mucho movimiento entre Haití y República Dominicana (incluido el de drogas, armas y contrabando en general). En estas dinámicas migratorias puede haber la tendencia

de subestimar las dificultades que enfrentan las personas en el cruce, tanto formal como informal, sobre todo por el sesgo de género cuando se trata de la mujer migrante haitiana.

Si bien el tráfico ilícito de personas es un delito punible, no necesariamente se puede considerar una violación de derechos humanos ni VCM de por sí, ya que muchas escogen pagar los servicios de traficantes o “el macuteo” a los funcionarios en la ausencia del conocimiento o acceso a opciones legales de migración. No obstante, la clandestinidad en que operan los traficantes crea condiciones propicias para que se pueda ejercer otras violencias contra las mujeres migrantes, tales como el engaño de buscones y choferes, violación sexual en el camino⁹ y la trata de personas. Esto contradice la observación de Dilla, que afirma que “para estos tráficos la frontera es sólo un lugar de paso sin más implicaciones que la tensión policíaca y militar que generan” (Dilla, 2008: 31). Si se toman en cuenta los riesgos y la desprotección que supone para las mujeres migrantes el tráfico de personas, se entiende que la frontera es un lugar que da paso a una gama de violaciones de sus derechos humanos.

En este contexto, las mujeres y niñas tienen capacidad de elegir entre diferentes opciones, mientras que sus acciones están circunscritas por un espectro amplio de vulnerabilidades. Sin embargo, las tácticas que emplean no logran cambiar radicalmente sus circunstancias ni logran hacer clara su situación ante quienes deben de ser los garantes de sus derechos; es así que se mueven en las arenas movedizas de la inseguridad ciudadana, agravada por el sesgo de género.

Las mujeres están en una situación de desventaja, entre otras razones, porque están en movimiento, por la violencia estructural que encuentran a su alrededor; y por la interseccionalidad de la opresión que encuentran; dado que no se aborda de forma holística el problema de la violencia en ambas sociedades que habitan la isla romper su círculo vicioso se hace muy difícil. En el contexto *sui generis* de esta franja fronteriza hay una variedad de perpetradores de violencia en su contra (mayormente hombres, tanto haitianos como dominicanos).

Según las entrevistas individuales cruzadas por dos grupos focales, las mujeres distinguen entre la violencia que se da en el contexto privado y la que se da en los ámbitos más públicos, como en el cruce de la frontera y en el

⁹Cassandra es una joven que canceló sus planes de perseguir su sueño capitalino. Ella nos contó de los abusos de un traficante que vivía en su barrio: “hay un hombre que venía con una mujer para la capital y cuando llegó a mitad de camino la violó y la dejó botada. Eso pasa todo el tiempo porque él se dedica a llevar gente para la capital. Ese señor vivía por allá donde el Barraco, ahora yo no sé donde vive. Es un haitiano, como de 25 años”.

mercado fronterizo. Según la socióloga haitiana Magloire (2004), apoyándose también en los resultados de la última Encuesta de Hogares en Haití de 2000, la violencia doméstica está aceptada, incluso muchas veces está justificada. Kathia, una sobreviviente de la violencia doméstica (que tiene la transacción de pareja bien interiorizada), nos habla del maltrato en los siguientes términos:

Yo diría que si el hombre se va a trabajar y tú no cocinas para guardarle, no le lavas y estás cogiendo a otros hombres, yo diría que él pudiera tener derecho a darte golpes y a insultarte [...] [Él lo hacía] porque le gusta maltratar a las mujeres. Porque yo no le hice nada, no le he hecho lo malo [infidelidad]. Cuando él sale encuentra la ropa lavada, cuando llega de trabajar yo cocino a las 12 y le guardo la comida. Para mí, yo diría que él piensa que la mujer no tiene ningún valor.

Las agresiones cometidas por delincuentes o fuerzas armadas provocan más protestas que las cometidas por un ciudadano normal, según los grupos focales de nuestro estudio, en que hay risas más bien nerviosas al discutir las experiencias de relaciones sexuales impuestas por los maridos.¹⁰

Aunque las mujeres puedan no tener una conciencia plena de toda la gama de sus derechos, tienen un sentido de su dignidad personal (*Tout moun se moun*)¹¹ y de su vulneración en la esfera pública. Las entrevistas con las mujeres son reveladoras de las actitudes sobre la mujer haitiana y el contexto sociocultural prevaleciente en los países vecinos. Ellas esperan que los hombres mantengan a la familia y que no les sean infieles; a cambio, aceptan lavarles la ropa y prepararles la comida, hacerse disponibles sexualmente, obedecerles (no andar en la calle) y ser respetables (no prostituirse). Las mujeres entrevistadas ven las relaciones como algo transaccional: si él quiere algo con ella, ella espera que le dé unos *panties*, por ejemplo, o algo para arreglarse el pelo.

Cuando se ven en una situación económica precaria, sin el apoyo de su marido, las mujeres haitianas a veces recurren a estrategias tales como esterilizarse (situación que es más factible en República Dominicana, debido a que el sistema de salud pública es más accesible que en Haití), prostituirse (en cuyo caso es más adecuada la zona de la frontera por la militarización y la mayor demanda que esto implica) o buscar otro hombre para que provea sustento económico (debido a que se amplían sus opciones por haber cruzado la fron-

¹⁰Coincide nuevamente con Magloire (2004).

¹¹La traducción del creole haitiano es " Toda persona es una persona".

tera, puede ser dominicano). Estas estrategias no sólo resultan ineficaces para poner fin a la violencia económica que padecen en su vida cotidiana, sino que a veces suponen un riesgo mayor de sufrir otros tipos de violencia.

Para Daphnee, por ejemplo, no resultó efectiva la estrategia de juntarse con un dominicano para cubrir la manutención de sus hijos; la nueva pareja se negó a responsabilizarse por el niño cuando ella estaba embarazada y aun cuando nació el bebé. Actualmente se limita a pagar la renta de la casa que comparte con ella. Según Daphnee:

Estaba tan avergonzada porque cuando di a luz ni una ropita le compró al niño [...] Es en el hospital que me han regalado algunas cosas [...] Hasta ahora, él no le compra ropa al niño. Tengo otro niño conmigo y él no le compra nada, anda descalzo porque no tiene una chancletica para ponerse en los pies y yo no puedo trabajar porque este niño llora mucho. Le dije a él y a sus hijos que no me iba a quedar viviendo con él, que lo iba a dejar.

Sin embargo, Daphnee, que perdió su familia y su casa en el terremoto, no ha podido salir de su situación de violencia, porque no cuenta con ninguna ayuda y no tiene con quién dejar a sus hijos para salir a trabajar. También considera que soportar la violencia verbal y económica por parte de su pareja actual es preferible que el trabajo sexual forzado, al cual intentaron someterla las personas de la casa donde vivía al llegar a Comendador.

La provisión legal del “pago de la leche” fue establecida en República Dominicana en 2006, en la Ley 136-06, y en Haití en 2007, dentro de un menú legislativo promovido por el Ministerio de la Condición Femenina y los Derechos de la Mujer (Wooding, Rivas y Séjour, 2008). A pesar de la existencia de estas medidas, la posibilidad de exigir derechos es muy vaga en un contexto institucional tan débil (tanto el haitiano como el dominicano); tal dificultad se acentúa profundamente en un país extranjero. Dadas estas circunstancias, es notable que las mujeres haitianas entrevistadas reconozcan y denuncien esta situación como violencia, y que comiencen a exigir sus derechos, aunque la falta de apoyo en la manutención sólo sea reconocida como vulneración de los derechos de sus hijos (as) y no una vulneración de su derecho de vivir una vida libre de violencia.

Las mujeres haitianas migrantes que se encuentran en la frontera y que logran salir de la casa para ayudar a sus familias se encuentran principalmente en tres lugares de trabajo, considerados como nichos laborales femeninos: en el mercado de Comendador, como vendedoras; en las casas de terceros, como trabajadoras domésticas; o en prostíbulos u otras casas de cita, en la prostitución.

En cada uno de estos tres casos, y considerando su pobreza, el color de su piel y su estatus migratorio desfavorable,¹² es clara su vulnerabilidad a los abusos cometidos por hombres, sea en el mercado fronterizo por cobradores (un nicho exclusivamente masculino); sus clientes, en el ejercicio de la prostitución; o en la casa de terceros, donde muchas veces los varones asumen que las domésticas deben acceder al acoso o violencia sexual. Por ejemplo, la violencia sexual es el tipo de violencia más común reportada por las trabajadoras domésticas en este estudio; ésta incluye el acoso sexual, la oferta de dinero para tener relaciones y la violación sexual, normalmente ejercida por el patrón o por algún miembro masculino de la familia que la emplea.

En Elías Piña, el trabajo doméstico es una de las principales opciones laborales para la mujer migrante. Según la explicación del procurador fiscal de esta provincia:

En el servicio doméstico, los costos han subido. Ahora un dominicano no trabaja tan fácil por 4 mil o 5 mil pesos. En cambio, la persona que está de paso, que está ilegal, tiende a ser más vulnerable en cuanto a los requerimientos como empleado. Por eso muchos prefieren la mano de obra extranjera ilegal, porque entienden que, por ejemplo, una mujer ilegal no le va a exigir pagar las prestaciones.¹³

Por consiguiente, la extralegalidad crea las condiciones en que las trabajadoras migrantes pueden sufrir varios abusos. No sorprende, entonces, que las trabajadoras domésticas entrevistadas en este estudio, al igual que sus homólogas en otras partes del mundo, reportaran abusos de diversos tipos, entre ellos despido injustificado, retención del pago, salario muy por debajo del mínimo, jornada extendida, acusaciones de robo y, sobre todo, violencia sexual.

Incluso en los casos en que la trabajadora está acogida como “una más de la familia”, la misma informalidad y las relaciones pseudoafectivas, especialmente con la patrona en la casa de la familia, pueden cohibir a la trabajadora a la hora de reivindicar sus derechos laborales o denunciar cualquier caso de abuso. En el caso de las trabajadoras domésticas haitianas, la invisibilidad de su trabajo, junto con su estatus migratorio e idiomático, así como el prejuicio contra ellas, hace que estén especialmente vulnerables en su espacio laboral (Wooding y Sangro, 2011).

¹²Técnicamente la nueva ley general de migración de 2004 en República Dominicana reconoce la figura de trabajador transfronterizo, pero como el reglamento para dicha ley está recién aprobado (octubre de 2011), este reconocimiento es algo académico, ya que no tiene todavía aplicación en la práctica.

¹³Entrevista en la fiscalía de Elías Piña, 18 de mayo de 2011.

La respuesta institucional

El sistema de referencia —lo que también se conoce como la “ruta crítica”— engloba todas aquellas instituciones y organizaciones que tengan la responsabilidad de prevenir o intervenir ante casos de violencia intrafamiliar y violencia contra las mujeres; este sistema establece los pasos que debe seguir una mujer que vive una situación de violencia para buscar atención, así como la respuesta institucional que recibe (Shader y Monserrat, 1998). Según la Ley 24-97, esta ruta inicia con la policía, pasa luego a la fiscalía y a los médicos legistas para el apoderamiento de un tribunal. Sin embargo, esta ruta ha sido modificada por el Código del Procedimiento Penal.

En Elías Piña, el sistema de referencia involucra a varios actores estatales —Policía, Fiscalía, Hospital, Dirección Provincial de Salud y Oficina Provincial de la Mujer— y a algunos otros no estatales, como la CMS, la Red Fronteriza Jano Siksè y Plan Internacional. La gráfica 1 recoge la información levantada a través de las entrevistas y reuniones de trabajo en el marco de este estudio, sobre el funcionamiento actual del sistema de referencia en Elías Piña.

GRÁFICA 1
FUNCIONAMIENTO ACTUAL DEL SISTEMA DE REFERENCIA Y
CONTRARREFERENCIA EN ELÍAS PIÑA



Adicionalmente, la Colectiva Mujer y Salud brinda acompañamiento legal y apoyo emocional a las sobrevivientes que acuden a su oficina. La Red Fronteriza Jano Siksè monitorea los casos de violaciones de derechos humanos y acompaña a la víctima en su búsqueda de una resolución del conflicto. Asimismo, Plan Internacional tiene un proyecto de prevención de la violencia intrafamiliar que consiste en impartir talleres de sensibilización en los barrios de Comendador, así como en otros municipios de Elías Piña.

Los testimonios de las sobrevivientes entrevistadas confirman la decisión de muchas de no denunciar los actos violentos ejercidos en su contra. Algunos de los motivos derivados de la condición migratoria de las mujeres haitianas para no denunciar incluyen que: 1) no saben español (son recién llegadas); 2) no conocen el sistema y, por lo mismo, no saben a dónde acudir; 3) creen que no tienen derechos porque son haitianas; 4) vienen de un contexto de institucionalidad muy débil; 5) temen ser repatriadas. Dicho temor se da tanto respecto de su propia repatriación (que, según la fiscalía, no se hace), como de la repatriación de su agresor (que se hace en coordinación con la Dirección General de Migración y Cesfront).

Tenemos el ejemplo de Nicole, una migrante de 25 años, que sufrió violencia doméstica a manos de su pareja, un nacional haitiano. Cuando llegó a Elías Piña nunca lo denunció, porque había llegado recientemente y no sabía hablar español. Dice que tampoco sabía a dónde ir, y que no tenía familia que la apoyara en el lugar. Otro ejemplo es el de Jorelyne, una trabajadora doméstica de 16 años, quien no ha llegado a denunciar los abusos laborales ni el acoso sexual que ha sufrido por su empleador porque no sabe español, y desconoce sus derechos laborales. Bibine tampoco denunció cuando su empleadora no le pagó porque cree que no tiene derechos por ser haitiana. Dice: “Yo no fui a la policía, porque yo soy haitiana y ella es dominicana”. En situaciones de violencia, ellas simplemente cambian de empleo, con la esperanza de recibir un mejor trato en otra casa.

En cuanto al temor a la repatriación, conviene señalar que las sobrevivientes no sólo temen por su propia repatriación, sino también por la del agresor que, una vez repatriado, puede ser puesto en libertad. En el primer grupo focal, Kettia dijo: “Me gustaría saber [...] porque cuando un haitiano hace algo aquí, no lo llevan a la prisión, sino que lo llevan a Mibalen”. Si consideramos que el coronel de Cuerpo Especializado de las Fuerzas Armadas para el Control Fronterizo (Cesfront) se ha manifestado sobre el hecho de que a veces no hay autoridades haitianas que reciban a las personas repatriadas (evidenciando con ello la débil institucionalidad en el país vecino), es viable concebir la deportación como un equivalente a la liberación incondicional del agresor.

En estas circunstancias, se deja desprotegida a la denunciante ante posibles ataques en el futuro, puesto que, dada la porosidad de la frontera dominico-haitiana y la correspondiente facilidad con que entran y salen personas de ambos países, es muy probable que el agresor vuelva al territorio, frustrado por la deportación y con un deseo incrementado de “venganza” contra la denunciante.

Otras mujeres migrantes optan por no denunciar por motivos parecidos a los de las sobrevivientes dominicanas: 1) presión familiar y/o social; 2) creencia religiosa; 3) “desesperanza aprendida” (Quiroga *et al.*, 2009: 83);¹⁴ 4) temor del agresor; 5) dependencia económica; 6) desconfianza en la capacidad de las instituciones para protegerlas o resolver la situación.

Mirlande, la migrante¹⁵ que sobrevivió 30 años de violencia sexual, verbal, económica y física, además de un intento de femicidio, nunca puso ninguna querrela contra su esposo. Ella decidió no denunciar a causa del temor que sentía del agresor; también se sentía presionada por sus hijos, hasta que aceptó emigrar para vivir con una de ellas, en lugar de denunciar ante las autoridades el abuso extremo que vivió. Según ella:

Yo no lo denuncié porque mis hijos no querían. Me dijeron: “Si lo pones en la cárcel, la carga es para nosotros, él no tiene a nadie porque su familia es de la loma. Déjalo, cuando tú no puedas vivir con él, sácale el cuerpo. Cuando tú te levantes vas a tener un sentimiento de pena, y nosotros tendríamos que llevarle comida. Si tú ves que no puedes vivir con papá, déjalo y vete a vivir a la casa de una de tus hijas” [...] Tú sabes que cuando tienes hijos con una persona tú no corres para ir a la policía, porque hay una serie de cosas que esa persona te puede hacer, pero tú lo piensas y no entras a la justicia con esa persona [...] Hay un paquete de cosas que uno ve que podría hacerle [...] Tú no le haces una serie de cosas malas por tus hijos, porque mañana tus hijos van a ver lo que la mamá hizo.

Un factor agravante en cuanto a la respuesta institucional es la creciente militarización de la frontera que se ha intensificado en los últimos años. En República Dominicana se estableció en septiembre de 2006, por decreto pre-

¹⁴Según Quiroga *et al.* (2009: 83), la “desesperanza aprendida” (*learned helplessness*) es un estado de resignación en el que las mujeres víctimas de violencia se “dan por vencidas” y terminan asumiendo las agresiones como un castigo y destino ineludibles.

¹⁵En el caso del abuso extremo de Mirlande, cabe preguntar si se le puede considerar migrante o si más bien es una persona con un caso bien fundamentado para solicitar refugio. En algunos países, Mirlande podría solicitar asilo a causa de la persecución continua y las amenazas a su vida, junto con la ausencia de protección del Estado de donde se ha fugado.

sidencial, un nuevo Cesfront que ha tenido resultado mixtos, causando cierta confusión en lo que respecta a sus responsabilidades y sus roles frente a los de las autoridades competentes de larga data en la zona. Del lado haitiano, la fuerza de estabilización de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) —Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH, por sus siglas en inglés)—, ha ampliado su mandato en años recientes para tener más presencia en la frontera haitiano-dominicana (incluso antes del terremoto de 2010), también con resultados mixtos.¹⁶ Además, de acuerdo con lo observado por el médico antropólogo Farmer (2003): por ser prácticamente los únicos hombres asalariados en algunas zonas de Haití, los militares se convierten en los focos de atención de las mujeres pobres que buscan mejorar su situación y la de sus familiares, en condiciones de asimetrías de poder que suelen ocurrir en este tipo de relaciones.

Conclusiones y recomendaciones

Las mujeres haitianas vienen de una cultura frágil, sobre todo en lo que se refiere a la exigibilidad de sus derechos. Las peripecias que enfrentan en su trayectoria migratoria dificultan el ejercicio de estas garantías en el país de destino, en parte porque no saben que son portadoras de derechos, pero también por la débil institucionalidad del Estado en República Dominicana.

La tabla 1 resume las tipologías identificadas de violencia que enfrentan las mujeres migratorias en el contexto fronterizo Comendador-Belladère.

TABLA 1
TIPOLOGÍAS DE VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES MIGRANTES, EN
TRÁNSITO Y DESPLAZADAS

<i>Contexto</i>	<i>Tipos de violencia</i>	<i>Perpetradores</i>	<i>Sobrevivientes</i>
Hogar	Física Sexual Verbal Económica	Pareja (haitiano o dominicano)	Mujeres haitianas (migrantes, en tránsito y desplazadas)

¹⁶El pasado 28 de septiembre de 2011, el presidente haitiano, Michel Martelly, anunció planes de restaurar el ejército ante la partida de la MINUSTAH, posiblemente en octubre de 2012. Si esto llega a ocurrir, la fuerza armada —de 3,500 hombres— tendría, indudablemente, presencia en la frontera, situación que impactaría también sobre la seguridad de las mujeres, las cuales, en lugar de beneficiarse de su protección, se convierten muchas veces en objeto de sus agresiones.

<i>Contexto</i>	<i>Tipos de violencia</i>	<i>Perpetradores</i>	<i>Sobrevivientes</i>
Cruce fronterizo oficial: Carrizal	Cobro indebido de "peaje" Violencia física y verbal Acoso sexual	Cesfront y guardias	Mujeres en tránsito
Cruce fronterizo no oficial: "por el monte"	Robo Atraco Violencia sexual Homicidio	Buscones Acompañante (familiar) Delincuentes (dominicanos y haitianos en el monte) Motoristas	Mujeres haitianas (migrantes, en tránsito y desplazadas)
Calle	Acoso sexual Violación sexual	Hombres dominicanos y haitianos (conocidos o desconocidos)	Mujeres migrantes Mujeres desplazadas
Mercado	Verbal Física Sexual "Macuteo"	Cobradores (los cuatro tipos) Vendedores y cobradores (sólo física y verbal)	Mujeres comerciantes haitianas
Trabajo doméstico	Vulneración de derechos laborales (falta de pago, despido injustificado, horas excesivas, pago por debajo del salario mínimo) Acoso sexual Violación	Empleadores/as Varones de la casa Varones de la casa	Trabajadoras domésticas (migrantes y desplazadas)
Tráfico y trata	Engaño Violencia sexual Trata	Buscones Choferes Autoridades cómplices	Mujeres haitianas (migrantes, en tránsito y desplazadas)
Trabajo sexual	Trabajo sexual forzado Violación sexual Violencia física Robo	Buscones haitianos y dominicanos Clientes (hombres dominicanos y haitianos) Autoridades cómplices	Mujeres haitianas (migrantes, en tránsito y desplazadas), en particular las jóvenes
Repatriaciones	Vulneración de derechos reconocidos en el Protocolo Binacional de Entendimiento de 1999 Robo de pertenencias	Cesfront DGM	Mujeres haitianas (migrantes, en tránsito y desplazadas), sospechosas de estar en situación irregular
Niñas y adolescentes	Maltrato en el hogar Riesgo de abuso y explotación Violencia sexual	Integrantes de las familias de acogida Varones en casas de acogida	Hijas de crianza <i>Restavèk</i> Jóvenes desplazadas

Fuente: Elaboración propia.

En cuanto a la respuesta institucional, se analizaron tanto el sistema de referencia en casos de VCM como los esfuerzos en curso por mejorar la situación de violencia en el mercado y el cruce fronterizo. Se detectaron varias brechas y dificultades en lo que se refiere a las respuestas dadas en casos de VCM. Por una parte, la fiscalía y la policía reportan que las mujeres haitianas casi no denuncian, que dejan caer los casos y que es difícil localizar al agresor por la informalidad de las condiciones en que viven. Las mujeres entrevistadas reportan indiferencia y trato discriminatorio por la policía. El hospital y la Dirección Provincial de Salud se limitan a emitir el certificado médico a la mujer agredida; no intervienen para orientarla o referirla a otras instituciones y tampoco levantan información estadística. Por último, la Oficina Provincial de la Mujer tiene muy poca proyección hacia la comunidad haitiana que, a su vez, desconoce la existencia de la misma.

Hay algunos esfuerzos en curso para mejorar la situación en el mercado y el cruce fronterizo. Destaca el trabajo actual de la Red Fronteriza Jano Siksè para convocar a las autoridades pertinentes y tomar medidas para mejorar la situación. Asimismo, hay esperanza de resolver varios problemas recurrentes a través de la construcción del nuevo mercado, pautado para los próximos años. Es de crucial importancia que las mujeres migrantes se organicen, con el apoyo de la sociedad civil, para que su voz y sus intereses sean escuchados y representados en las consultas acerca del nuevo proyecto.

Este estudio subraya la necesidad de un cambio radical en las prácticas actuales que toleran la violencia contra las mujeres migrantes en todas sus manifestaciones, señalando posibles pistas de acción para algunos actores clave, incluyendo a sus aliados en su trayectoria migratoria. Por último, cabe destacar que no es suficiente empoderar a las mujeres de cara a sus derechos, ni responsabilizar a los Estados aludidos en cuanto a sus obligaciones de mejorar la seguridad ciudadana, específicamente en relación con la violencia contra la mujer migrante en la franja fronteriza dominico-haitiana. Ante todo, compete a los Estados ingeniar otras oportunidades económicas para que las mujeres migrantes puedan enderezar las asimetrías de poder en las relaciones de género dadas en el hogar, en la calle y en su lugar de trabajo. También compete a los Estados firmar y ratificar el nuevo convenio 189 de la ONU de 2011, abogando por una agenda de trabajo decente para todos(as), con énfasis en las trabajadoras domésticas, y, en particular, las mujeres migrantes que trabajan en este oficio.

Fuentes consultadas

- ACNUR (6 de mayo de 2010), *Haiti Post Séisme 2010 les besoins en protection. Rapport de l'évaluation participative*, Puerto Príncipe, Protection Cluster.
- CASTOR, Suzy (1988), *Le massacre de 1937 et les relations haitiennes-dominicaines*, Haïti, CRESFED.
- DILLA ALFONSO, Haroldo (2008), *La apertura comercial transfronteriza: oportunidades y obstáculos para el desarrollo local en la provincia de Elías Piña*, Santo Domingo, Grupo de Estudios Multidisciplinarios Ciudades y Fronteras.
- y Sobeida de Jesús Cedano (2007), *Frontera en transición. Diagnóstico multidisciplinario de la frontera dominico-haitiana*, Santo Domingo, Grupo de Estudios Multidisciplinarios Ciudades y Fronteras.
- FARMER, Paul (2003), *Pathologies of Power: Health, Human Rights and the New War on the Poor*, University of California Press.
- Flasco/Inesa (2003), “Inventario de los conocimientos e intervenciones sobre la zona transfronteriza Haití-República Dominicana”. Disponible en <http://taiguy.net/bohio.org/IMG/pdf/inofinal.pdf>
- InterAction (2010), *Lessons from the Haiti response and Recommended Next Steps. An analysis from Interaction's Gender-Based Violence Working Group*, Policy Paper.
- LIRIANO, Jonathan (2011), “Diputados haitianos visitan el Congreso Nacional”, en *El Caribe*, 2 de septiembre. Disponible en <http://www.elcaribe.com.do/site/pais/nacionales/286658-diputados-haitianos-visitacion-congreso-nacional-.html>
- LOZANO, Wilfredo (ed.) (1992), *La cuestión haitiana en Santo Domingo. Migración internacional, desarrollo y relaciones interestatales entre Haití y República Dominicana*, Santo Domingo, Flasco-República Dominicana, Centro Norte-Sur, Universidad de Miami.
- MADRE *et al.* (2010), *Our bodies are still trembling: Haitian Women's fight against rape*, Institute for Justice and Democracy in Haiti (IJDH).
- MAGLOIRE, Danièle (2004), “La violence a l'égard des femmes: Une violation constante des droits de la personne”, *Chemins Critiques*, vol. 2, núm. 2.
- MUÑOZ CABRERA, Patricia (2010), “Violencias interseccionales: debates feministas y marcos teóricos en el tema de pobreza y violencia contra las mujeres en Latinoamérica”, Central American Women's Network (CAWN), Londres. Disponible en <http://www.cawn.org/assets/Violencias%20Interseccionales.pdf>
- MURRAY, Gerald F. (2010), *Sources of Conflict Along and Across the Haitian-Dominican Border*, Santo Domingo, Panamerican Development Foundation. Disponible en http://web.clas.ufl.edu/users/murray/Research/Dominican_Republic/DomREP.index.htm

- PÉREZ OROZCO, A., D. Paiewonsky y M. García Domínguez (2008), *Cruzando fronteras II: migración y desarrollo desde una perspectiva de género*, Santo Domingo, UN-INSTRAW.
- PETREOZZIELLO, Allison y Bridget Wooding (2011), *Fanm nan Fwontye, Fanm Toupatou: una mirada a la violencia contra las mujeres migratorias haitianas en tránsito y desplazadas en la frontera dominico-haitiana*, Santo Domingo, Colectiva Mujer y Salud, Mujeres del Mundo, Observatorio Migrantes del Caribe, CIES-Unibe.
- QUIROGA, L. et al. (2009), *Sobre vivencias. Cuatro casos de violencia contra la mujer y su relación con el sistema de protección en Santo Domingo*, Santo Domingo, INTEC y PNUD.
- Refugees International (2010), *Haiti: From the Ground Up*, Washington, Briefing report.
- SHADER, E. y S. Monserrat (1998), “Violencia contra la mujer”, en *Protocolo de Investigación*, Washington, Organización Panamericana de Salud.
- SILIÉ, Rubén y Carlos Segura (eds.) (2002), *Memorias del Seminario Internacional. Hacia una nueva visión de la frontera y las relaciones fronterizas*, Santo Domingo, Flacso.
- TOUPIN, Sophie (coord.) (2010), *Ensuring Women’s Participation and Leadership in all Stages of National Relief and Reconstruction*, A Gender Shadow Report of the 2010 Haiti Post-Disaster Needs Assessment.
- WOODING, Bridget, M. Rivas y S. Séjour (2008), *On the Cusp of Change. Addressing the challenges for aid effectiveness and gender justice in Haiti. Mapping report*, UNIFEM/ Haiti and Caribbean region.
- y Alicia Sangro (2011), “La presencia de las mujeres migrantes haitianas en el servicio doméstico en la República Dominicana”, en Roberto E. Liz (ed.), *Movimientos migratorios desde y hacia República Dominicana*, tomo I, Santo Domingo, Ministerio de Economía, Planificación y Desarrollo, Fondo para el Fomento de la Investigación Económica y Social (FIES).
- , Eddy Tejeda, Cristina Santillán Idoate y Jonathan Boyer (2010), *Mujeres en el camino: la trata de mujeres haitianas en República Dominicana tras el terremoto en Haití*, Santo Domingo, Obmica, Flacso/CIES-Unibe/OIM.

Usos identitarios y culturales en la transmigración por México

Rodolfo Casillas*

La transmigración por México ha cobrado importancia en los últimos 30 años. El mayor volumen de esos transmigrantes procede de Centroamérica. De inicio, la transmigración indocumentada enfrenta obstáculos legales que pretenden impedir su migrar, o bien, lo sancionan administrativamente. Frente a ello, los transmigrantes generan estrategias que les permitan lograr su objetivo. Lo más común es acudir al apoyo de redes sociales. Un tipo de red es de corte humanitario, legal, que no persigue lucro alguno. Redes de este tipo se encuentran diseminadas en lugares estratégicos y fijos de las rutas migratorias sur-norte. Otro tipo de red es la de traficantes de migrantes, que es ilegal y cobra montos determinados por sus servicios, y que a su vez recurre a otras redes legales y no de prestadores de servicios; pero a diferencia de las humanitarias, su ubicación estratégica es más flexible y mutable, de acuerdo con las circunstancias que enfrenta.

Los elementos de identidad nacional, social y cultural entre transmigrantes indocumentados y redes son básicos para el inicio de la relación, para que ésta se desarrolle y llegue a término. Las identidades sociales y culturales permean también las relaciones establecidas entre transmigrantes y redes con los núcleos locales por donde transitan. Así, identidad y cultura específicas se vuelven ejes articuladores durante la transmigración entre los distintos actores involucrados, institucionales y sociales, legales y no.

Legalidad y economía son referentes innegables, pero sin las mediaciones identitarias y culturales, aquellas no tendrían sentido ni peso específico en el proceso social migratorio. En este texto se ejemplificará cómo identidad y cultura son elementos claramente utilizados por los distintos actores socia-

*Profesor e investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México.

les involucrados en el proceso transmigratorio: agentes locales del Instituto Nacional de Migración (INM), redes humanitarias, redes delictivas y entornos locales relacionados.

En México existe una larga trayectoria de estudios sobre la emigración mexicana con una amplísima producción intelectual, e incluso el país cuenta con centros de educación e investigación especializados en migraciones y temas de fronteras territoriales. En cambio, el estudio de la transmigración tiene una vida más corta, un menor número de instituciones y financiamientos, y una producción menor. Los aportes han sido sobre la dinámica migratoria, identificación de los actores institucionales y sociales involucrados y características de la política migratoria, entre otras, pero hay escasa producción sobre los aspectos culturales. Incluso, se habla de manera indiferenciada de transmigrantes centroamericanos cuando, de los siete países del Istmo, el volumen transmigratorio se compone sólo de cuatro de ellos, así sea que el aporte de cada uno a las estadísticas sea diferente. El señalamiento es importante porque el transmigrante internacional viaja con sus aspiraciones, fuerza laboral, religión y cultura, es decir, con el conjunto de elementos que le dan identidad social. Ese conjunto de elementos son un recurso del migrante, antes y durante el viaje, así como en la llegada e inserción en el lugar de destino, pero también es un recurso utilizado por quienes le agreden en distintos momentos. En esta oportunidad, me referiré a algunos de esos elementos y su importancia durante la transmigración.

Antes, una nota aclaratoria: siguiendo a Simmel (2010), podría decirse que a pesar del valor negativo que en lo legal pueda tener el conjunto de relaciones que establecen los grupos subordinados, no debe dejar de justipreciarse su importancia sociológica en la conformación de determinadas relaciones grupales y en el uso de elementos identitarios y culturales que dichos grupos hagan. En este sentido, la reflexión que aquí se presenta apunta a lo sociológico, no a la evaluación jurídica.

Un primer elemento a destacar es que, frente a las limitaciones y condicionantes jurídicas, se producen respuestas sociales de y desde los grupos subalternos, es decir, la construcción social de redes de apoyo, sean humanitarias o contractuales. En tal sentido, la migración internacional constituye una red de relaciones sociales e institucionales vastas, que articulan de distinta manera actores locales con otros internacionales, sin que necesariamente se conozcan personalmente. Las especificidades de cada participante son lo que permitirá el tipo, modalidad, duración, costos, riesgos y beneficios de cada participación.

En el caso de la transmigración centroamericana cuatrinacional, los elementos de identidad nacional, social, religiosa y cultural tendrán un papel im-

portante en la conformación de los grupos migrantes, la selección de medios de transporte, las rutas que se elijan, las relaciones sociales que establezcan durante el trayecto y las maneras de responder a las eventualidades y riesgos que enfrentan. Frente a las limitaciones de ley y la porosidad institucional en los cruces fronterizos, la respuesta es la permeabilidad social, esa que dinamiza los intercambios diversos en fronteras nacionales.

Como es sabido, el tren de carga y el transporte público son, por excelencia, los dos medios masivos para la transmigración por México. Las estrategias son distintas para cada caso y, en principio, la del tren de carga es más amplia y casi gratuita, así sea la de mayor riesgo y duración. Por lo tanto, es la opción primera para hombres y, de entre ellos, para quienes tienen menor cultura de la organización y menor acompañamiento social. Esto explica que, en términos relativos, sean los hondureños quienes más viajan en tren, llegan a los albergues, sufren daños y caen en manos del INM. En contrapartida, también en términos relativos, los salvadoreños son los que pagan menos costos de todo tipo durante la transmigración. La respuesta a esta situación se encuentra en la historia de cada país: mientras que en El Salvador hay antecedentes de construcción del tejido social, en Honduras prevalece la atomización social, aparte de que las características físicas y los dejos en el hablar facilitan que los salvadoreños se mimeticen con mayor facilidad en determinadas rutas mexicanas. Aún más, entre los hondureños, los garifunas van aparte, incluso si forman parte del gran grupo que sube al tren, llegan al albergue y caen en el INM. Dicho de otra forma, no sólo hay diferencias socioculturales entre naciones, sino también al interior de ellas, que se observan durante el traslado internacional, en la forma como se agrupan, asisten, acompañan y auxilian en distintos momentos.

Aun antes de partir, el transmigrante de hoy ya abreva de un imaginario social, y puede hacerlo por un tiempo indefinido, enriquecido por voces cercanas que le aconsejan. Sin haber cruzado la puerta de su casa, ya participa del saber colectivo; por lo tanto, no va solo, y aunque forme parte de un reducido grupo, va como parte de un tejido social, así sea circunstancial y efímero, que al desplazarse territorialmente hila entramados sociales al reunirse con otros migrantes durante el trayecto, articula identidades de paso, tan duraderas como la transmigración, tan cohesionadas como las obligue a ser la exigencia y riesgos que enfrenten. Encarnan la otredad nacional, la otredad centroamericana móvil, la que por decenas o centenas cubre de cuerpos esperanzados los vagones metálicos del tren.

Aunque la historia de la transmigración es reciente, como proceso social masivo e indocumentado, se pueden señalar algunos elementos de corte identitario y cultural, tanto a favor del transmigrante como en contra de sí mismo.

Elementos a favor:

- 1) La experiencia social adquirida durante la transmigración previa les permite generar lazos de organización social. Hoy, es extraordinario saber que alguien viaja solo, que no se suma a un grupo, o que un grupo no se suma a otro para hacer un gran grupo con la finalidad de que el número acrecentado brinde protección a los individuos agregados.
- 2) Para existir y desarrollarse, han construido redes sociales que los apoyan a lo largo de los territorios de México, Estados Unidos y Canadá.
- 3) Han constituido organismos comunitarios en los lugares de residencia o destino con mesas directivas, directorios de miembros, calendario de actividades, etcétera. Los clubes deportivos, congregaciones de barrio, pueblo, de un santo o culto determinado, son ejemplo de ello.
- 4) Han establecido un conjunto de relaciones con organismos comunitarios similares en los lugares de tránsito y destino provisional o definitivo que, en un momento dado, pueden facilitar transacciones de diverso tipo y no sólo relaciones económicas o solidarias.
- 5) Disponen de vínculos cotidianos con distintas instancias formales de organismos sociales, regionales, multilaterales y eclesiásticos que han tenido un papel importante en la atención de los migrantes y que podrían, dado el caso, coadyuvar a proyectos de desarrollo.
- 6) Cuentan con la solidaridad activa de organismos de la sociedad civil organizada (osc) y defensores de derechos humanos en distintos países del continente. Estos organismos pueden devenir en cualquier momento apoyos confiables a los ojos de los migrantes.
- 7) Tienen conocimiento de cómo funcionan las leyes y reglamentos y cuáles son las reglas no escritas de la convivencia por comunidad en los lugares de residencia actual, es decir, tienen familiaridad con el funcionamiento del orden institucional y cotidiano.
- 8) Saben qué pueden esperar de los dirigentes políticos locales, de los concejales y representantes, entre otros, y, sobre todo, tienen una idea, aunque todavía insuficientemente desarrollada, del peso de su voto en el caso de quienes pueden votar y ser votados, lo que en conjunto significa conocimiento diferenciado de estructuras de gobierno y de los derechos políticos ciudadanos.
- 9) Conocen el poder que pueden desplegar desde sus lugares habituales de residencia, particularmente en Estados Unidos, como consumidores y contratistas de servicios varios, un poder del consumidor que en México y Centroamérica dista de estar consolidado.

- 10) Entienden la importancia de las remesas económicas para sus poblaciones de origen, de su significado en la paz social y gobernabilidad en los cientos y cientos de sitios que reciben su dinero, que activan en consecuencia las economías locales, generan empleos y ocupaciones, demandan bienes y servicios, y hasta llegan a fomentar el ahorro y la inversión.

Empero, hay elementos en contra:

- 1) Los transmigrantes no actúan desde la lógica de las instituciones formales, más bien trabajan evitándola, o tolerándola cuando no tienen más remedio, pero se apartan de ella en la primera oportunidad que se les presenta. Este argumento ayuda a explicar en parte las relaciones distantes, inciertas y hasta utilitaristas entre gobiernos, migrantes y sus representaciones en los lugares de tránsito y destino; participan muy parcialmente del esquema institucional y de la representación social.
- 2) No hay una lógica de constituir y ejercer un poder formal, particularmente por los transmigrantes que se saben infractores de las leyes migratorias, sino que opera la lógica del desarrollo de estrategias de sobrevivencia y de adaptación en un primer momento, y de manejo y crecimiento en uno posterior, si es que éste llega a ocurrir.
- 3) Prevalece una cultura primaria de la colectividad (de parentesco y de los afectos inmediatos) que se antepone a la de la identidad nacional y a la de la situación social similar de migrantes relativamente indefensos. La confluencia práctica de ambas vertientes culturales impide que las redes sociales existentes brinden mejores frutos.
- 4) Simultáneamente, se ha dado un proceso de diferenciación entre los sujetos de reciente migración de aquellos otros del mismo origen que ya residen bajo distintas coberturas en el norte del continente, con una amplia gama de situaciones intermedias que han abierto fracturas importantes entre las comunidades, sus dirigentes y las organizaciones de cada bando, en busca de defender sus intereses de acuerdo con los medios que tienen a la mano, sin posibilidades en lo inmediato de establecer alianzas o acciones convergentes. Un ejemplo de ello se encuentra en los problemas de organización y liderazgo entre organizaciones centroamericanas en Estados Unidos, para las marchas del 1 de mayo.
- 5) Hay un bagaje cultural de uso limitado del ejercicio de los derechos ciudadanos y del voto político electoral, así como de poder ciudadano ante la gestión y actuación de los representantes elegidos, que pervive en un sector importante de quienes bien podrían acceder a esas facultades

ciudadanas y que redundará en beneficios para sus otrora connacionales. A ello se suma un sentido específico de nacionalismo que, en conjunto con lo anterior, restringe la capacidad política de quienes pueden incidir en la política local, regional y, eventualmente, nacional, en Estados Unidos.

Los elementos antes mencionados han sido puestos a prueba por la delincuencia más desarrollada desde hace unos siete años, como nunca antes había ocurrido. Los secuestros exprés, y luego los secuestros masivos, se convirtieron en las nuevas expresiones de agresión al transmigrante en un primer momento, y luego a cualquier migrante en general. Hasta ese momento, a mayor riesgo, había correspondido mayor acompañamiento, y esa medida había funcionado. El tejido social había sido el capital del transmigrante. Así fue hasta que llegaron los *Zetas*, quienes encontraron en los transmigrantes un nuevo nicho de mercado delictivo. Para constituirlo, los *Zetas* aprendieron de los transmigrantes su *modus operandi*, lo mismo que de traficantes y otras experiencias delictivas. De manera esquemática, se presentan aquí algunos de esos aprendizajes luego reconvertidos en la lógica de los *Zetas*:

- 1) De los migrantes aprendieron que se mueven por grupos; siempre tienen un guía;¹ se reúnen en espacios comunes, públicos o privados asistenciales; reciben remesas electrónicas de manera escalonada para la transigración; hay cobradores de esas remesas, por lo regular un lugareño; se hospedan en albergues o casas de migrantes,² y en esos sitios se recomponen estrategias de traslado, se establecen acuerdos sobre la marcha entre migrantes; se relacionan por nacionalidad, edades, destino, por familiaridad o vecindad,³ y muchos de ellos tienen parientes en Estados Unidos, que son los que envían las remesas, etcétera. Lo que tenían que hacer los *Zetas*, en consecuencia, era infiltrar los grupos, y los más idóneos para

¹Señala un migrante: —los *Zetas* y todo eso también vienen subiéndose al tren, ahí llevan la gente secuestrada, la convencen, les dicen que la van a cruzar pa'l otro lado por tanto, por 2,500, y el que se deja convencer por ellos, pues lo terminan llevando. Porque ellos tienen guías que vienen por el camino y esos guías vienen convenciendo a la gente [...] el que se deja engañar por ellos, ellos mismos lo entregan a los *Zetas* (M16 Israel).

²Indican: —Dicen que en los albergues hay de los mismos compañeros de los *Zetas* que sólo andan viendo a ver cómo está la gente, si tiene familiares en Estados Unidos (M22 Bairo M).

³Señala otro migrante: —Ya cuando vienen migrando ya estamos contando todo mundo. Si sólo hasta atrás hay *Zetas*, sólo te vienen contando ahí. “Van tantos ahí”, es lo primero que dicen. Todo mundo sabe, ya cuando llegan, se dice uno, ¿por qué ellos saben cuántos venimos? Porque la gente nos dice, “ya sabíamos que ustedes venían tantos”, si los mismos garroteros son los que vienen contando ahí. Cuentan los vagones y cuentan cuánta gente viene acá arriba, ya cuando viene a pegar uno acá arriba ya saben que viene uno ahí (M9 César A).

hacerlo eran otros centroamericanos migrantes o que hubieran sido migrantes, de ahí la importancia de contar con centroamericanos en tareas operativas.

- 2) De las rutas migratorias aprendieron que, por excelencia, eran las terrestres y, dentro de ellas, las de autotransporte público y tren de carga. Ahí encontraban, sobre todo en el tren, grupos numerosos de migrantes, hasta de 500 personas.⁴ Había que infiltrar los grupos de migrantes antes de abordar el tren, para detectar, clasificar y diferenciar grupos, a efecto de saber cuando detuvieran el tren en marcha,⁵ a qué vagones ir. No podían llevarse a todos, tampoco hacer la selección sobre la marcha: había que hacerla previamente, con racionalidad delictiva para administrar recursos, incluyendo el uso de la fuerza.⁶ Nuevamente, los auxiliares centroamericanos eran la mejor carta.

⁴Hay muchos testimonios de las “redadas” de los grupos delictivos de secuestradores, algunos de ellos son: —En Medias Aguas se paró el tren y ya después miramos que venía uno con armas de arriba desde donde comienzan las máquinas pa'bajo, y otro de donde acaba pa'riba, y trocas de los dos lados, una pa'riba, otra pa'bajo. Y de repente dijeron que [eran] secuestradores y comenzaron a correr mucha gente (M10 Juan C).

⁵Señala el testimonio de un migrante: —Solamente dicen en el camino que está peligroso y que aquí y que allá. Luego, pues uno ya lleva cuidado, viendo, despierto, porque nos decían con otros que iban ahí que no nos durmiéramos, que fuéramos viendo para adelante y todo eso. Y luego, me siguieron allá y se trepó uno al tren, nosotros íbamos calladitos, el tren paró y se trepó uno. En Reynosa. Y luego decía: “ey, diez, diez”, decía, “vénganse todos, que aquí hay como cuatro”... por radio, luego al ratito llegaron los demás y nos empezaron a perseguir; a mí ya casi me agarraban, pero gracias a Dios no me pudieron agarrar (M55 Joel). Otro migrante señala que una forma de detener el tren es sacándole el aire: —y los Zetas llegan con trocas y los levantan de un lugar que no haya casas ni nada, le sacan el aire al tren, suben la gente y la llevan secuestrada para la frontera. Ya ellos empiezan a cobrarles dinero a la gente que llevan, hasta 6 mil dólares por persona (M16 Israel). Otro migrante indica que esto retrasa mucho el traslado: —Para esta vez está más complicado porque yo tengo tres semanas de haber salido. Una, porque nos ha estado correteando la migración, y luego supuestamente la migración, pero no es migración, son los de la Z. Ellos han parado los trenes, nos ha tocado correr a dormir a cerros, lo que uno trata es cuidar la vida, cosa que no quiere que le pase a uno (M28 Marce J).

⁶Un migrante cuenta que se subieron los secuestradores pero que, por fortuna, no iban por ellos. Nótese el siguiente testimonio: —Cómo le dijera... pues ahorita que viniera yo en el tren... agarramos un tren de Ixtepec y al sólo agarrarlo, fue de noche, pues yo venía en unos vagones y ahí venía más gente también y salieron y secuestraron a la gente ahí, pero como que ya iban por gente por encargo, porque nosotros veníamos tres más ahí también y a nosotros no... sólo miré todo lo que hicieron ahí y a nosotros sólo nos dijeron: “quítense”... Se llevaron un montón de personas, les estuvieron quitando los zapatos, les estaban quitando toda la ropa para llevarlos así, los llevaron al monte, el tren arrancó y a esa gente se la llevaron (M13 Antonio). Otro migrante señala: —En la Cementera sí hubieron muchos problemas, ahí venían los que trabajan con los Zetas... estuvimos como tres días... y unos tipos ahí haciendo disparos, que supuestamente son guías de los Zetas, llevaban armas, algunos los amenazaron, decían que ellos cobraban tanto hasta allá y que si se subían al siguiente tren que venía que nos iban a matar si no pagábamos 50 pesos por cabeza para subirse al tren... ellos traían como unos 30 brasileños... como secuestrados, porque les sacan mucho dinero a ellos... en unos vagones aparte de los que no traíamos dinero (M17 Elvis R).

- 3) De las redes de tráfico aprendieron que éstas son cadenas de participación, con mandos no visibles, pero con segmentos operativos visibles (guías, escoltas, contratadores de servicios, cobradores, etcétera). Había que atacar a estos visibles, y así lo hicieron. Cuando detenían a un guía con los migrantes, les cobraban un monto por migrante. Si no había pago, mataban a los migrantes delante del guía, o los secuestraban. El mensaje era claro: si no pagaban por el paso de la mercancía, no había mercancía; es decir, no tenían negocio. Los guías y coyotes entendieron, y se entendieron con los *Zetas* en el monto del pago. Después, los *Zetas* identificaron la línea de mando, en los casos de organizaciones más sofisticadas, y establecieron convenios cupulares. Con otros, siguen cobrando sobre el terreno.
- 4) De la corrupción oficial aprendieron que los encargados de hacerla eran los oficiales de rango bajo, al menos para los indocumentados de la calle, pero que éstos seguían instrucciones de superiores. Son estratégicas dos instancias públicas: INM y policía local. Por un lado, se dedicaron a negociar con una instancia de mando; por otro, y tomando en cuenta que *las* instituciones policiales municipales habían sido relevadas en la detención de indocumentados, pero que *los* policías (personas físicas) sabían del *modus operandi* de la migración, buscaron controlar o hacer que se nombrara en la comandancia local a alguien de su confianza; de ahí surge el mote de *polizetas*. Convirtieron a los agentes locales de migración en coadyuvantes mediante seducción, chantaje o amenaza, ya fuera para obtener información o, en casos extremos, para que les entregaran directa y personalmente a migrantes, como ha ocurrido en varios estados de la ruta migratoria del Golfo.⁷

En este conjunto de enseñanzas y prácticas, resulta indispensable, sobre todo para labores operativas, la participación de centroamericanos. De ahí que en testimonios de migrantes e informantes haya una alta recurrencia en

⁷Nótese el siguiente testimonio: —Porque aquí en [Nuevo] Laredo, la policía te agarra, te agarra a ti, me agarra a mí, los dos somos centroamericanos, y agarra a otros dos por allá y ahí los va recogiendo en la cárcel. Cuando tiene unos quince, veinte cabrones, los entrega a los del crimen organizado (M4 Óscar L). En el trabajo de campo nos dimos cuenta de que Nuevo Laredo no es un lugar de confianza, ni para los migrantes ni para los informantes clave: —La policía de Nuevo Laredo es reconocida por todos, aunque no está escrita en los diarios o no hay acusaciones oficiales, pero todo mundo sabe que la policía de Nuevo Laredo trabaja para el crimen organizado, eso se sabe. Por eso cuando tenemos algunos problemas aquí no podemos llamar, no es viable llamar a la policía local, y si la llamo no vienen en la mayoría de los casos (IC5 Jean). En entrevista, algunos informantes clave del norte del país han señalado que ni siquiera la policía es de fiar, dado que hay plazas compradas (IC5 Jean e IC6 Francisco).

señalar que son centroamericanos y centroamericanas quienes realizan las labores de detección, selección, agrupamiento, acompañamiento y entrega de migrantes a los cuerpos armados encargados de efectuar los secuestros.

Un elemento que logró someter, subordinar y convencer de modo objetivo a las redes de coyotes y traficantes de migrantes es la portación de armas de alto calibre, su uso discrecional e indiscriminado. Aunque los coyotes y traficantes ejercían y ejercen la violencia, no lo hacían con la contundencia y brutalidad masiva que se consigue con las armas de fuego de alto calibre de los *Zetas*; por eso no hubo confrontación de violencias del mismo tenor, sino intentos de negociación para reducir las pretensiones del crimen organizado que, dicho sea de paso, tuvo éxitos relativos, aunque no en todos los casos.

Más allá de la coerción sobre los centroamericanos inducidos, forzados o convencidos para sumarse de alguna manera a la red delictiva, hay otros elementos más sutiles que permiten esta adhesión. Algunos de los elementos de corte sociológico que explican la existencia, extensión y reproducción social transnacional en la composición de este mercado delictivo, actualmente sólo capitalizado por los *Zetas*, son los siguientes, según distintas fuentes consultadas:

- 1) El resentimiento histórico compartido entre sectores sociales excluidos por el régimen institucional, tanto en México como en Centroamérica y Estados Unidos. Por eso también buscan entre migrantes centroamericanos a quienes se sumen a la red delictiva para cobrarse deudas históricas, al menos revanchas. Caso similar es el de quienes son expulsados por las autoridades migratorias de Estados Unidos en operativos que, de manera sistemática y desde hace años, hace que a distintas horas del día y de la noche se expulse de territorio estadounidense a migrantes indocumentados y, entre ellos, delincuentes tanto de ascendencia mexicana como centroamericana. Puestos en la frontera, estos se conectan o son conectados por las redes delictivas.
- 2) La búsqueda de estatus social *dentro* de la organización de adscripción y *frente a* las contrarias. Una manera de mejorar el estatus es destacando por algo. En este caso, por la habilidad demostrada en acciones, por la osadía, por valentía, por maximizar el uso de la fuerza y violencia.
- 3) El sentido de pertenencia social a un grupo minoritario excluido que, al ser contrarrestado como tal por la autoridad estatal, o por sus competidores en la sociedad, exagera sus elementos identitarios y a quienes los encarnan. Este otro elemento indica la generación de una especie de “familia

social” que los recibe, les da todo lo posible y les pide su compromiso in-cuestionable, pero a cambio protege a sus miembros y sus familias.

La exclusión del tejido social general favorece la generación de tejidos so-ciales alternos, específicos, acotados, en buena medida reactivos a aquellos elementos generales que les excluyen; como es el caso de los *Zetas*, en su ori-gen excluidos de la vida institucional, luego excluidos de la vida social de los cárteles de la droga. La exclusión maximiza la reacción en contrario. En esa exclusión fincan una identidad social menor, paralela, que elabora sus pro-pios requerimientos para el ingreso, estadía, ascenso social, de promoción profesional en la organización, de seguridad y protección a los familiares de quienes están en ella. Por lo mismo, su reproducción social tiende a ocurrir en sectores sociales similares, de ahí su acercamiento con los niños, niñas, adolescentes y familias de ciertos estratos sociales y determinados países. Esa búsqueda de engrosamiento ocurre de manera lógica en determinados espa-cios urbanos, semiurbanos y rurales, porque encuentran un campo abonado y apelan a un imaginario social de exclusión compartido.

A mayor exclusión general, responderán los tejidos acotados con la exa-acerbación de sus elementos identitarios específicos, de suerte tal que lo que es motivo de condena general será razón de orgullo y satisfacción particular; cerrarán filas en su propio tejido. Es por ello que la violencia extrema, la de torturas y asesinatos masivos de migrantes, los enaltece en su lógica. Así, el conflicto social no tiene cauce ni solución, sino la confrontación que hace de la violencia su único medio de expresión.

Subalternidad y exclusión

En este trabajo se han desarrollado, en una primera parte, las respuestas de los grupos subalternos, las de los transmigrantes centroamericanos, ante las limitaciones y condicionantes de las leyes migratorias. En una segunda parte, se ha presentado cómo la red de redes delictivas, llamada *Zetas*, ha recuperado y reconvertido en su lógica particular los elementos identitarios, culturales y de organización de los transmigrantes para el logro de sus propósitos ilegales. Sin duda, el origen y adscripción social de los *Zetas* les permitió recuperar los legados socioculturales compartidos con los transmigrantes y con los traficantes de migrantes, para hacer de aquéllos sus víctimas y de éstos sus subordinados. Tales procesos sociales son de una riqueza sociológica que demuestra, una vez más, que el caos tiene un orden, diferente, pero orden al fin. Las preguntas, para cerrar, son: ¿podrá el transmigrante subordinado diseñar es-

trategias exitosas frente a la exclusión exacerbada llamada *Zetas*?, y ¿podrán sociedad e instituciones recuperar constructivamente esta cauda de expresiones de organización, identidad y cultura?

Fuentes consultadas

SIMMEL, Georg (2010), *El secreto y las sociedades secretas*, Madrid, Ediciones Sequitur.

Cultura y migración.

Más allá de la cultura como producto

Peggy Levitt*

Quizá soy extremadamente optimista, pero creo que estamos atestiguando un cambio *gustificativo* en el estudio de la migración. Un indicio es la cantidad de correos electrónicos que el Seminario de Diáspora Microlinks de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) me envía sobre sus conferencias acerca de la filantropía de la diáspora, turismo patrimonial y mercado de la nostalgia. También recibo con frecuencia correos de la Dirección de Cultura y Patrimonio Cultural y Natural del Consejo de Europa (www.coe.int/t/dg4/cultureheritage/About/mission_en.asp), supervisora del proyecto de Ciudades interculturales, cuyos principales objetivos son responder a la creciente diversidad en Europa y promover el poder de la cultura y el patrimonio como una fuerza para la democracia en las sociedades europeas. ¿Cómo pueden entenderse estos indicios? Espero que reflejen un creciente reconocimiento de la importancia que tiene la cultura en la creación y proyección de sociedades exitosas.

Traer de vuelta la cultura a los estudios sobre migración significa no sólo observar la circulación de ideas, gentes y objetos, sino también ver la migración como un acto intrínsecamente cultural. En este breve capítulo se propone una forma más extensa de pensar la cultura y las maneras en que ésta afecta la experiencia migratoria y en que se ve afectada por ella (Levitt, 2010; Levitt y Lamba-Nieves, 2011; Levitt, 2012; Levitt y Glick-Schiller, 2004). Por cultura me refiero al contexto, discursos y suposiciones inherentes a las instituciones y al repertorio de significados que se presentan como respuesta a dilemas y oportunidades específicos (Alexander y Smith, 2003).

*Wellesley College, Universidad de Harvard.

La necesidad de una lente transnacional

El nacionalismo metodológico es la tendencia a dar por hecho el Estado-nación y sus límites en el análisis social (Wimmer y Glick-Schiller, 2002). Ya que muchas de las teorías de las ciencias sociales suponen que la sociedad coincide de manera precisa con los límites del Estado-nación, los investigadores suelen considerar el arraigo y la incorporación como la norma; mientras que las identidades y prácticas sociales transfronterizas se convierten en excepciones. Sin embargo, aunque es innegable el hecho de que los Estados-nación importan, la vida social no se mantiene obedientemente dentro de sus límites: hay movimientos sociales y religiosos, redes criminales y profesionales, así como regímenes de gobierno, por nombrar tan sólo algunos, que operan regularmente a través de las fronteras.

En un artículo de 2004, Glick-Schiller y yo propusimos una noción de sociedad basada en el concepto de *campo* y establecimos una diferencia entre formas de ser y formas de pertenencia. Los *campos sociales* comprenden interacciones estructuradas con distinta forma, profundidad y amplitud. Los *campos sociales nacionales* son aquellos que permanecen dentro de las fronteras nacionales, mientras que los *campos sociales transnacionales* conectan actores a través de relaciones transfronterizas directas e indirectas. Ninguno de estos dominios prevalecen automáticamente, cada estudio debe abordar el desafío empírico de determinar la correspondiente unidad espacial de análisis (Levitt, 2010, 2012; Levitt y Lamba-Nieves, 2011).

¿Qué aporta la óptica de los campos transnacionales que no sería posible percibir en el estudio de la migración desde la óptica de los campos nacionales? Revela que, aunque la distancia física los separe, los migrantes y los no migrantes a veces continúan ocupando los mismos espacios sociales, políticos y económicos porque las mercancías, personas, dineros y remesas circulan regularmente; incluso las personas que no se mueven, pueden ser influidas y adoptar valores y prácticas de otros lugares. Las organizaciones religiosas, cívicas y políticas en las que participan los migrantes también toman nuevas formas y funciones en respuesta a la vida transfronteriza de sus contribuyentes.

Los campos sociales dentro de los cuales se lleva a cabo la migración constan de múltiples niveles y lugares. Los vínculos horizontales que conectan una comunidad de origen con un barrio urbano o pequeño pueblo rural donde se asientan los migrantes son importantes, pero tienen que entenderse en el contexto de los vínculos verticales más amplios dentro de los cuales toman forma. Para estudiar, por ejemplo, la vida de los salvadoreños en Los Ángeles, tenemos que tomar en cuenta el papel de los gobiernos de El Salvador y

Estados Unidos, así como el de las Iglesias católicas salvadoreñas y estadounidenses; del mismo modo, la comprensión de la vida religiosa de los turcos en Alemania exige mirar más allá de las conexiones entre congregaciones específicas en casa y el extranjero y situar todo dentro de una gruesa red de varias capas que comprende una serie de conexiones religiosas regionales y nacionales que también puede vincular a estos grupos.

El estudio transnacional de la migración también revela una diferencia entre formas de ser y formas de pertenecer (Levitt y Glick-Schiller, 2004). Las formas de ser se refieren a las relaciones y prácticas sociales fronterizas reales en las que se involucran los individuos y no a las identidades asociadas a esas acciones. La gente puede poseer una casa, votar o contribuir a obras de caridad en su patria, pero identificarse sólo con el país en el que viven. En cambio, otros pueden no participar en las prácticas transnacionales económicas o políticas, pero, aun así, identificarse con una forma transnacional de pertenencia, manteniéndose fuertemente unidos a una comunidad transfronteriza a través de la memoria, la nostalgia o la historia.

Finalmente, considerar que los migrantes y no migrantes ocupan el mismo espacio social desafía el significado de “incorporación”. La experiencia inmigrante no es un viaje lineal e irreversible de una membresía a otra; más bien, los migrantes oscilan entre lugares de origen y destino, además de otros estadios en distintos momentos de sus vidas. Si disfrutaban de un estatus legal, prestaciones de salud y pensiones en ambos lados de una frontera, es más probable que continúen viviendo vidas transnacionales. Cada vez serán más los recién llegados que, en lugar de asimilarse totalmente o permanecer centrados en sus países de origen, edificarán una amalgama entre origen y destino; por lo tanto, y a final de cuentas, tanto la movilidad social como la inclusión en un nuevo entorno están conectadas al estatus social y a la inclusión en el antiguo lugar. La pobreza inmigrante y el desarrollo comunitario en países de origen pueden ser dos caras de la misma moneda.

Más allá de la cultura como producto

La mayoría de las políticas tratan la cultura como un producto, un objeto concreto y material. Por ejemplo, un baile, una pieza musical, una tradición narrativa o el arte popular se identifican como elementos de una sociedad que se transforman o reinventan, y que se ven amenazados por la migración; incluso muchos investigadores dan a la cultura un tratamiento semejante. Es así que, en general, se puede decir que la cultura es vista como algo para ser preservado, reanimado y reforzado, un bien incondicional que hay que pro-

teger a toda costa. En algunos círculos se considera que la cultura impide la incorporación de algunos inmigrantes a su nuevo entorno; o se cree también que, en ciertos lugares de origen, el desarrollo comunitario está bloqueado por rasgos culturales negativos. Es así que a algunos grupos particulares se les asignan cualidades heredadas culturalmente, como que sean perezosos, desconfiados, poco aptos para la democracia. La cultura también es concebida como una herramienta de empoderamiento: cuando los grupos expresan su cultura, pueden reclamar su lugar en la sociedad.

Hay muchos problemas alrededor de estos puntos de vista, en primer lugar, porque los productos culturales no están hechos de piedra, no se trata de paquetes individuales ni integrales que puedan extraerse para ser analizados al margen de las relaciones sociales, no permanecen completamente intactos cuando viajan, y tampoco cambian completamente. En segundo lugar, es importante considerar los intereses del poder que subyacen a la expresión y la representación de artefactos culturales, que también cambian con la migración: ¿quién decide cuál es, por ejemplo, el baile o la canción que mejor representa a algún grupo supuestamente homogéneo?

La cultura como proceso

Un enfoque más fructífero consiste en tratar a la cultura como una dimensión que integra todas las relaciones sociales y formas que afectan tanto la incorporación inmigrante como el desarrollo en los países de origen. En lugar de ver la cultura como un mero producto, se le puede entender también como un proceso. Cuando la gente realiza representaciones culturales y participa en ellas, también las crea y las reinventa. Los actos culturales son ámbitos de trabajo mediante los cuales las comunidades afirman quiénes son, ante ojos propios y ajenos.

Por ejemplo, en muchas comunidades rurales de México, son los hombres quienes, por lo general, patrocinan la fiesta patronal. Sin embargo, ahora que muchos de ellos han emigrado, quedan muy pocos que efectivamente puedan asumir esta responsabilidad financiera y social. Algunas comunidades responden reescribiendo las reglas, y permiten que residentes en el extranjero se conviertan en patrones que luego delegan sus responsabilidades cotidianas a un pariente o amigo no migrante. La comunidad reescribe sus límites, señalando que su territorio ahora incluye personas que viven en Estados Unidos. La membresía sin residencia es no sólo una posibilidad, sino una necesidad, el resultado de una cultura en proceso (Besserer y Gil, 2008; Gil *et al.*, 2006).

La fiesta patronal es también un sitio donde se crean y se recrean el género y la clase. Ahora, a las mujeres se les permite y, en algunos casos, se les requiere asumir un papel de liderazgo porque no hay suficientes hombres; esto les otorga acceso a una jerarquía más alta y un poder que les estaba vedado en el pasado. Además, cuando los migrantes regresan de visita o para trabajar, llegan con ideas distintas sobre cuestiones de género y familia. Se han descrito algunas tensiones que surgen cuando hombres y mujeres mexicanos de segunda generación regresan a sus hogares ancestrales: lo que resulta aceptable en Estados Unidos no es apropiado en México. Por ejemplo, el hermano al que nunca le preocupó que su hermana saliera sola en Nueva York siente la obligación de vigilarla constantemente en México. Las normas procedentes de distintas partes del campo social transnacional compiten entre sí y chocan una con otra.

La creación y visualización de la clase social es también un proceso cultural. Algunos migrantes desean patrocinar la celebración del día del santo patrón para contribuir con su comunidad, mientras que otros utilizan la posición para dar muestra de su elevación social: gastan tanto dinero en patrocinar el festival que la mayoría de los migrantes siente que nunca podrá permitirse el lujo de igualarlo. Cuando un nuevo patrón organiza una celebración, lo hace de forma cada vez más suntuosa, de manera que las aspiraciones de consumo de los aldeanos se vuelven aún más grandes. Las contribuciones financieras han llegado a importar más que la autoridad moral, pero nadie parece querer o poder detener este círculo vicioso, puesto que, en esencia, una celebración más modesta sugeriría que la comunidad ha prosperado menos de lo que sus habitantes creen y que los beneficios de la migración no siempre justifican sus costos.

La migración también obliga a las comunidades a revisar sus narrativas sobre proceso y éxito, es decir, sobre los que deberían ser los objetivos de desarrollo e incorporación. Puesto que los migrantes suelen tener más dinero que los no migrantes, a menudo son los primeros quienes establecen la agenda. Lo que quieren para la comunidad y por qué quieren ayudar a lograrlo se hace cada vez más distinto de la visión de los no migrantes (algo que anteriormente he llamado el “efecto de osificación” [Levitt, 2007]). Por ejemplo, para los migrantes, la comunidad de origen se convierte en un lugar de vacaciones, de retiro y, eventualmente, de muerte; para los no migrantes, es un lugar para trabajar, educar a los niños y recibir atención médica. Los migrantes quieren construir canchas y parques, mientras que los no migrantes prefieren escuelas y clínicas (Levitt, 2001).

La cultura como régimen

La cultura es también un régimen de normas, poder y estatutos que limita el comportamiento (Appadurai, 2004) al hacer posibles determinadas acciones que califica como socialmente aceptables, o al restringirlas por calificarlas como socialmente inaceptables. Los regímenes de poder también determinan cómo se implementan los productos culturales y para ventaja de quién. Los términos de reconocimiento y posibilidad que subyacen a estos regímenes tienen que cambiar para que se produzca un cambio fundamental.

Tomemos el ejemplo de enviar dinero a casa: un acto aparentemente económico que, sin embargo, está lleno de significado cultural. Algunos migrantes envían remesas económicas para ayudar a sus familiares y amigos, pero otros lo hacen como una forma de seguridad social. Quieren cerciorarse de que, si vuelven, todavía habrá gente con quien tendrán relaciones de reciprocidad. Eligen estratégicamente qué lazos sociales nutrir y cuáles dejar con base en las que creen que serán sus necesidades futuras. Sin embargo, ¿qué tanto es posible hacer esto? Depende de los regímenes normativos en juego. Si el ámbito critica el individualismo a expensas del bien colectivo, resultará más difícil para las personas liberarse de esta red de relaciones sociales. Un tipo similar de economía moral transnacional influye en las elecciones matrimoniales, laborales y los recursos que se tienen para llevar a cabo proyectos de vida individual y colectiva.

La cultura como agencia

Sommer (2006) y sus colegas proponen un tercer punto de vista alternativo de la cultura: la cultura como agencia. Argumentan que el arte tiene la capacidad de “interrumpir” o “desbloquear” hábitos, así como de alterar regímenes a través de un efecto de distanciamiento o de sorpresa, inspirada cuando el público entra en contacto con nuevas técnicas o encuentros. La interacción cultural saca a la gente de su zona de comodidad así como de sus hábitos de acción y pensamiento, lo cual puede conducir a un cambio social. Según Sommer, todos somos agentes culturales; además, pequeños cambios de perspectiva y práctica pueden convertir a artistas, profesores y líderes religiosos y comunitarios en catalizadores de un cambio colectivo. La cuestión no es si podemos ejercer o no la agencia cultural, sino cuán conscientemente la hacemos, con qué fin y con qué efecto.

En todo el mundo, la producción cultural suele estimular la acción. Tenemos el ejemplo de los organizadores laborales que trabajaron con César

Chávez; ellos sostienen que sin el Teatro Campesino no hubiera sido posible formar el Sindicato de la Unión de Campesinos. Desde la cajuela de camionetas *pick-up*, los altavoces llamaban a los recolectores a presenciar y unirse a obras que se burlaban de los patrones y celebraban la solidaridad de los trabajadores.

También es útil el ejemplo de la banda de pueblo en México, que juega un papel central en prácticamente todas las actividades colectivas, desde la fiesta patronal hasta los funerales. Cuando los oyentes se dan cuenta de que la música ha cambiado, porque músicos migrantes reemplazaron a músicos no migrantes, o porque se han importado nuevos estilos musicales, experimentan su comunidad de manera distinta; algo se ha modificado, la comunidad se ha expandido ligeramente. Esto también se vive cuando los líderes de la banda solicitan músicos de aldeas vecinas para tomar el lugar de gente con la que hubieran competido en el pasado; estas situaciones también transforman el paisaje social (Revilla López, 2000).

La cultura como ganancia

La cultura también es ganancia. No podemos olvidar los intereses subyacentes a las acciones culturales, o los beneficios económicos que generan. Los mercados creados por la migración transnacional se construyen sobre mercados étnicos y de nostalgia ya desarrollados. Una exitosa fiesta patronal requiere trajes típicos, instrumentos, *souvenirs* y alimentos. Incluso hay lugares que se pueden convertir en marcas vendibles. Uno de los santuarios religiosos de más rápido crecimiento en México, por ejemplo, es Santa Ana de Guadalupe, en el estado de Jalisco, el presunto lugar de nacimiento del santo patrono mexicano de los migrantes, San Toribio. No ha sido el desarrollo económico lo que ha transformado este remanso en una comunidad próspera, sino los miles de turistas que hacen peregrinaciones allí cada año (Levitt, 2007).

Este torrente de ganancias no ha pasado inadvertido para los gobiernos, que producen sus propias versiones de la tradición para el consumo público y difusión mundial, versiones que, a menudo, difieren de las de la comunidad. *La chilena*, considerada originalmente un baile de pobres, se convirtió en algo legítimo y rentable después de que el gobierno mexicano se la “apropiara” (Revilla López, 2000). El Estado impulsó un espectáculo turístico comercial para mostrar el esplendor de México a sus residentes urbanos y a los extranjeros. Los grupos chilenos y las tecnobandas utilizan este género para fomentar lazos comunales entre los mixtecos. Como las chilenas no constan de un conjunto fijo de elementos, los músicos han incorporado nuevos instrumentos y

ritmos, produciendo una forma alternativa de autorrepresentación nacional fuera del alcance del Estado.

La cultura en circulación

Otra manera de regresar la cultura a los estudios sobre migraciones consiste en centrarse en la circulación cultural, o en la relación que hay entre la migración de personas y la migración de productos culturales. ¿Cómo es que el movimiento de individuos estimula y cambia la circulación de ideas, símbolos o comportamientos? ¿Cómo activa y estimula un incremento en la migración?

En *The Transnational Villagers* (Levitt, 2001) acuñé el término *remesas sociales* para llamar la atención sobre el hecho de que, además de dinero, los migrantes exportan ideas y comportamientos cuando regresan a sus comunidades de origen. Estudié cuatro tipos de remesas sociales que circulan entre la República Dominicana y Boston: normas, prácticas, identidades y capital social. Los intercambios de remesas sociales se producen cuando los migrantes vuelven a sus comunidades de origen, ya sea a vivir o de visita; cuando los no migrantes visitan el país receptor de algún familiar o amigo, o mediante el intercambio de cartas, llamadas telefónicas o videos. A pesar de ser distintas de otras formas de circulación cultural global, las remesas sociales refuerzan y son reforzadas por las formas de circulación cultural global.

Aunque la idea de las remesas sociales ganó algunos adeptos, no faltaron las críticas. En estas críticas se argumentó que lo *social* debe incluir también lo *cultural* y que las remesas sociales no sólo se mueven en una dirección. También advirtieron el peligro de darle un cariz demasiado positivo a las remesas sociales. En un artículo de 2011, Deepak Lamba-Nieves y yo respondimos a estas críticas. Sugerimos que las experiencias previas a la migración tienen un efecto sustancial sobre lo que la gente hace en los países receptores y esto, a su vez, afecta lo que devuelven a sus patrias. En el caso de los pueblos dominicanos de Bocacanasta y Villa Sombrero —los casos empíricos en los que basamos nuestros argumentos—, los migrantes llegan con un gran interés en los deportes, una larga historia de organización comunitaria activa, una sólida trayectoria en la democracia participativa y un fuerte sentido de responsabilidad en lo que respecta al bien común. Estos valores y prácticas afectan la forma en que interactúan con la comunidad más amplia en Estados Unidos, las cosas a las que están expuestos y adoptan allí, y lo que finalmente exportan de regreso al volver a sus comunidades en la República Dominicana.

En segundo lugar, así como los investigadores han diferenciado entre remesas económicas individuales y colectivas (Goldrin, 2004), también nos

pareció útil distinguir entre las remesas sociales individuales y colectivas, o las remesas sociales emprendidas por individuos y las que circulan en configuraciones colectivas y organizadas. Mientras que los individuos comunican ideas y prácticas en su papel de amigos, familiares y vecinos, también se comunican como miembros de los llamados clubes unidos —o *hometown associations*—, partidos políticos o iglesias. Estas remesas sociales colectivas no sólo tienen efecto sobre lo que hacen las organizaciones, sino también sobre cómo lo hacen, transformando ideas sobre la gestión organizativa, el fomento de capacidades, el significado del desarrollo y el progreso, y cómo las comunidades deben alcanzarlos.

También describimos el potencial de las remesas sociales para expandir su impacto, es decir, las remesas sociales no sólo afectan la cultura organizativa y práctica a nivel local, sino que también puede llevar a cambios regionales. Por ejemplo, cuando Bocacanasta adoptó prácticas contables más formales y transparentes para administrar proyectos comunitarios, también exigieron saber más sobre cómo se gastaban los fondos municipales y provinciales; querían que los dirigentes municipales y provinciales estuvieran sujetos a las mismas normas de rendición de cuentas ahora utilizadas por el liderazgo local. Las remesas sociales que cambian comportamientos e ideas políticas se expanden a otros dominios prácticos, como la religión y la economía. Por ejemplo, conforme más personas comenzaron a aceptar la participación activa de las mujeres en la política electoral, también se abrieron más a la idea de que éstas podrían ser propietarias de sus propias empresas.

Políticas e instituciones culturales

Otra forma de hacer énfasis en la cultura es atestiguar cómo las instituciones culturales influyen en la incorporación de los migrantes y sus relaciones duraderas con la patria. Por un lado, cada país y ciudad tiene formas culturales e históricas profundamente arraigadas de responder a la diferencia o a diferentes regímenes de gestión de la diversidad (Levitt, 2009). Eventualmente, estas suspensiones culturales se convierten en estructuras culturales resistentes o en hilos conceptuales, al igual que las tradiciones de jerarquía o responsabilidad colectiva. Aparecen y vuelven a aparecer a lo largo de la historia (Alexander y Smith, 2003), teniendo un poderoso efecto en los tipos de instituciones culturales que crean las ciudades y naciones, las políticas que las caracterizan y los valores que las apuntalan.

Es fácil argumentar que la historia y la cultura afectan el nacionalismo y el pluralismo, pero tendemos a olvidar que también afectan la experiencia

del inmigrante. Tomemos el ejemplo de los estilos nacionales de patriotismo: las banderas estadounidenses son parte del paisaje en ese país, no sólo durante el 4 de julio, día de la independencia. Cuando visité Alemania durante la Copa del Mundo en 2006 y Alemania alcanzó los cuartos de final, mis colegas comentaron que ésa era la primera vez que podrían recordar a la gente colgando banderas en sus ventanas, ya que las expresiones directas de orgullo nacional han sido fuertemente asociadas con el nazismo. El punto aquí es cómo las historias que las naciones se cuentan a sí mismas sobre quiénes son y cómo se presentan ante miembros y no miembros influye por igual en la incorporación de los migrantes. La investigación comparativa necesita poner estas diferencias ontológicas en primer plano para poder dilucidar el rango de lo posible.

También importa la manera en que las políticas culturales y las instituciones influyen en la incorporación. En Suecia, por ejemplo, la práctica estándar consiste en utilizar las instituciones estatales con fines de “ingeniería social”, es decir, para perseguir metas sociales. El gobierno pide regularmente a los museos estatales que organicen programas que aborden preguntas apremiantes. En contraste, en Estados Unidos no hay ninguna política cultural coherente, menos una orientada a la integración de los inmigrantes, aunque hay que reconocer que van en aumento los museos dedicados a una circunscripción particular que muestra las experiencias de determinados grupos, pero también las distingue (por ejemplo, el Museo del Barrio o el Studio Museum en Harlem, Nueva York).

Los tipos de instituciones que produce una localidad son, en parte, un reflejo a escala de su sociedad. Los geógrafos utilizan la noción de “escala” para llamar la atención sobre los impactos irregulares y heterogéneos de la globalización (Brenner, 2004). El neoliberalismo desafía las jerarquías anidadas tradicionales de lo local, regional y nacional mediante la distribución desigual de recursos y poder a determinadas regiones y ciudades. La escala de una ciudad también influye en la incorporación de los migrantes y en la capacidad o deseo de mantener lazos con el país de origen al determinar el nivel de recursos y oportunidades económicas. En un sentido similar, las ciudades a veces utilizan la inmigración y la diversidad para modificarse o cambiar de posición geopolítica (Glick-Schiller y Çağlar, 2009; Bretell, 2006; Jaworsky *et al.*, 2012). También puede ser que exhiban su multiculturalismo para atraer nuevos negocios o residentes, lo cual les permite incrementar su presencia.

Culturas de producción del conocimiento

Por último, es importante llamar la atención sobre la dinámica cultural que subyace a la producción de conocimiento en los estudios migratorios, las relaciones de poder y las instituciones que las estructuran.

Glick-Schiller y Ayse Çağlar (2009) han establecido de modo convincente las diferentes vertientes en los estudios migratorios europeos y estadounidenses, y los distintos puntos ciegos que producen. Inmigrantes de diferentes países se han establecido en Estados Unidos, mientras que, en Europa, inmigrantes de un solo país se han esparcido por todo el continente. En consecuencia, mientras que los Estados y las sociedades receptores a menudo quedan fuera de la investigación de la migración en Estados Unidos, en Europa se toman en cuenta los Estados y las sociedades de origen y destino. En Estados Unidos hay una gran cantidad de trabajo comparativo sobre grupos migrantes de diferentes países; en Europa, la investigación comparativa contrasta, por lo general, las experiencias de un solo grupo en varias naciones receptoras.

También existe una división clara entre investigadores que se preocupan más por lo que sucede a los migrantes, una vez que llegan a un nuevo lugar, y quienes se enfocan en lo que ocurre en los lugares de origen. Ésta es una falsa dicotomía, ya que tales procesos nunca han estado desconectados. Enfocarse en ellos por separado es contraproducente, pues genera una separación artificial que ni refleja las vidas de los migrantes ni nos permite responder creativamente a los desafíos que enfrentan.

Con demasiada frecuencia, el análisis se detiene en Europa y Estados Unidos, porque es lo que los académicos occidentales mejor saben hacer y es el tipo de investigación más accesible para nuestras redes académicas. Es obvio que esto no es suficiente y que debemos incluir una gama más amplia de socios. Además de que necesitamos a expertos en determinados países, también requerimos una nueva generación de académicos que pueda hablar de una gama más amplia de regiones y experiencias. Ello es, creo, lo que está detrás de la proliferación de programas en estudios finales que estamos presenciando, pero queda por ver si esta estrategia funcionará. Detrás, por supuesto, hay un acceso desigual al poder y los recursos. El Norte y el Oeste aún definen los objetivos del nexo entre migración y desarrollo a pesar de que la mayoría de las personas que se benefician de las supuestas recompensas de la migración viven en el Sur y el Este (Delgado y Márquez, 2010; Glick-Schiller y Faist, 2010). La agenda ignora los estudios críticos del desarrollo que ponen en entredicho los medios y fines del programa actual de desarrollo, y no cuestiona las estructuras neoliberales que generan pobreza, a la vez que, supuestamente, la alivian.

Asimismo, las causas estructurales e ideológicas del aumento de la pobreza y la desigualdad en el mundo industrializado permanecen intactas. Se trata, pues, de un clásico caso de tratar los síntomas en lugar de la enfermedad.

Conclusión

Los productos, regímenes y procesos culturales informan claramente sobre el nexo entre la migración, el desarrollo y la incorporación de los migrantes. La cultura permite y limita las posibles respuestas; al ignorar la cultura, los políticos pasan por alto importantes oportunidades y obstáculos potenciales. Las formas en que las comunidades se perciben a sí mismas definen qué quieren, quién puede definir estos objetivos y cómo intentan alcanzarlos, y todas están relacionadas con la cultura. Tenemos que reformular la pregunta sin pensar en términos dicotómicos como bien y mal, exterior e interior o inversión productiva y consumismo; más bien, hay que pensar en cuándo, bajo qué circunstancias y para quiénes produce la migración resultados positivos.

Cada vez son más los académicos y políticos que ven las remesas económicas como la próxima panacea del desarrollo. Sin embargo, mientras que los migrantes claramente hacen contribuciones importantes al desarrollo de la comunidad, me preocupa que dichas expectativas les asignan, a los migrantes, una carga desproporcionada, haciéndolos responsables de funciones que pertenecen al Estado. Las políticas de desarrollo impulsadas por las remesas responsabilizan injustamente a los migrantes de generar un mejor futuro —asunto que nos debe preocupar a corto y largo plazos—. Las agencias de desarrollo deben cuidar que su renovado enfoque sobre las diásporas y las remesas no imponga una carga adicional sobre grupos ya de por sí vulnerables. Una manera de tratar de evitar esto es construir capacidades, fortalecer organizaciones y aumentar los conocimientos para que los migrantes puedan proteger sus intereses más eficazmente. En este esquema, es también importante que los no migrantes estén mejor equipados para tratar con los migrantes como socios iguales. Otra estrategia consistiría en fomentar la cooperación entre grupos de base para que ninguna comunidad se quede fuera.

Espero que estos pensamientos incentiven el debate interdisciplinario entre los investigadores de las ciencias sociales. He aquí una lección importante. Los investigadores sociales y culturales tienen que producir argumentos que sean comprensibles y atractivos para personas que trabajan en otras disciplinas. Por ejemplo, si nuestras investigaciones futuras pueden mostrar, como he sugerido, que cambios de naturaleza cultural en las relaciones de género podrían

llevar a cambios en fecundidad y salud reproductiva, los demógrafos estarán más interesados en nuestros argumentos. Si podemos mostrar cómo estos cambios podrían aumentar la participación de la mujer en el mercado laboral, los economistas también prestarán más atención. Sin embargo, estas agendas de investigación requieren asociaciones entre disciplinas y perspectivas metodológicas. El trabajo de traducción tiene que ir en dos sentidos.

Fuentes consultadas

- ALEXANDER, Jeffrey C. y P. Smith (2003), “The Strong Program in Cultural Sociology: Elements of a Structural Hermeneutics”, en Jeffrey C. Alexander (ed.), *The Meanings of Social Life*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 11-26.
- APPADURAI, Arjun (2004), “The Capacity to Aspire: Culture and the Terms of Recognition”, en Vijayendra Rao y Michael Walton (eds.), *Culture and Public Action: A Cross-Disciplinary Dialogue on Development Policy*, Palo Alto, California, Stanford University Press.
- BESSERER, Federico y Rocío Gil Martínez de Escobar (2008), “¿Desde Babel o hacia Babel? Risomas y retículas en el mundo transmigrante”, en Pablo Corruo y Raúl Enríquez (eds.), *Babel e Dintorni. Fra Catastrofismi e Nuovi Percorsi di Senso*, Sangimignano, Italia, Titivillus/UAM.
- BRENNER, Neil (2004), *New State Spaces*, Nueva York y Londres, Oxford University Press.
- BRETTEL, Caroline (2006), “Introduction: Global Spaces/Local Places: Transnationalism, Diaspora, and the Meaning of Home”, *Identities*, núm. 13, pp. 327-334.
- DELGADO WISE, Raúl y Humberto Márquez Covarrubias (2010), “Understanding the Relationship between Migration and Development: Toward a New Theoretical Approach”, en Nina Glick Schiller y Thomas Faist (eds.), *Migration, Development, and Transnationalization*, Oxford, Bergahn Books, pp. 142-175.
- GIL, Rocío *et al.* (2006), “Etnografía transnacional de s.m.t., Circuito Oaxaca, Subcircuito Mixteca”, en *Informe de Investigación núm. 1*, Proyecto NATC.
- GLICK-SCHILLER, Nina y Ayse Çağlar (2009), “Towards a Comparative Theory of Locality in Migration Studies: Migrant Incorporation and City Scale”, *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 35, núm. 2, pp. 177-202.
- y Thomas Faist (eds.) (2010), *Migration, Development, and Transnationalization*, Oxford, Bergahn Books.

- GOLDRING, Luin (2004), "Family and Collective Remittances to Mexico: A Multi-dimensional Typology", *Development and Change*, vol. 35, núm. 4, pp. 799-840.
- JAWORSKY, Nadya *et al.* (2012), "Rethinking Immigrant Context of Reception: the Cultural Armature of Cities", *Nordic Journal of Migration and Ethnicity* (en prensa).
- JEFFREY C. (2010), "The Strong Program: Origins, Achievements and Prospects", en J. Hall, L. Grindstaff y M.C. Lo (eds.), *The Handbook of Cultural Sociology*, Nueva York, Routledge, pp. 13-24.
- LEVITT, Peggy (2001), *The Transnational Villagers*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press.
- (2007), *God Needs No Passport*, Nueva York, The New Press.
- (2009), "Routes and Roots: Understanding the Lives of the Second Generation Transnationally", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 35, núm. 7, pp. 1225-1242.
- (2010), "Taking Culture Seriously: The Unexplored Nexus Between Migration, Development, and Incorporation", *La Revue Européenne de Migrations Internationales*, vol. 26, núm. 2, pp. 139-153.
- (2012), "What's Wrong with Migration Scholarship? A Critique and a Way Forward", *Identities: Global Studies in Culture and Power*, I First, Roulledge, pp. 1-8.
- y Nina Glick-Schiller (2004), "Conceptual and Methodological Developments in the Study of International Migration", *International Migration Review*, vol. 38, núm. 3, pp. 1002-1039.
- y Deepak Lamba-Nieves (2011), "Social Remittances Reconsidered", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 37, núm. 1, pp. 1-22.
- REVILLA LÓPEZ, U. (2000), "La chilena mixteca transnacional" (tesis de maestría), México, Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- SOMMER, Doris (ed.) (2006), *Cultural Agency in the Americas*, Durham, Duke University Press.
- WIMMER, Andreas y Nina Glick-Schiller (2002), "Methodological Nationalism, the Social Sciences and the Study of Migration: An Essay in Historical Epistemology", *Global Networks*, vol. 2, núm. 4, pp. 301-334.

Migración y literatura chicana femenina: narrativas y ciudades (entre orígenes y destinos)

Elsa Leticia García Argüelles

Ese tremendo dolor y nostalgia que uno siente por el hogar cuando el hogar desaparece, y no se trata de éste. [...] En menos de tres horas está la frontera, pero ¿dónde está la frontera con el pasado, dónde? El hogar. Quiero volver a casa —dice papá. ¿El hogar? ¿Dónde está? ¿Norte? ¿Sur? ¿México? ¿San Antonio? ¿Chicago? ¿Dónde Papá?

SANDRA CISNEROS

La pregunta sería entonces ¿cómo impulsar una reorientación de rutas de capital social negativo o positivo?, ¿en manos de quién está lograr dicha transformación: en las instituciones tradicionales o en nuevas formaciones sociales que impulsen el intercambio de conocimiento?

JUAN CARLOS NARVÁEZ

Introducción. Rutas de intercambio hacia un nuevo conocimiento

Los estudios relacionados con la migración han enfocado diferentes perspectivas que revisan la historia, el proceso social, las políticas públicas, los derechos humanos, las remesas y sus proyecciones en el desarrollo de los países de origen o los de destino, entre otros aspectos que buscan articular la migración desde el discurso del Estado y la realidad social, lo cual a veces se sostiene de

modos divergentes. En un ensayo titulado “Políticas migratorias y derechos humanos en México”, Jaime Rochín remite a la esencia de los desplazamientos humanos con una idea positiva: “1) el ser humano se mueve por naturaleza; 2) la migración es parte de la vida misma, y 3) la migración contribuye al enriquecimiento cultural de la sociedad” (Rochín, 2003: 197).¹

Los movimientos de los sujetos sociales se han hecho complejos, cada vez más, dentro de las sociedades globalizadas. Pareciera que los flujos migratorios son más “accesibles”; sin embargo, los derechos y las diferencias humanas y culturales no son reconocidas. Si bien las instituciones académicas, las organizaciones civiles y las respectivas instancias del Estado trabajan en proyectos de diversa índole para fortalecer las relaciones entre migración y desarrollo, y para “revisar la problemática y los desafíos que plantea el desarrollo sustentable y la seguridad humana” en las diferentes partes del proceso migratorio; también es cierto que se encuentran pendientes situaciones que integren una reflexión del desarrollo humano y la sensibilidad ante la intolerancia, la injusticia, la violencia y las muertes de miles de migrantes que cruzan la frontera con Estados Unidos.

Mi propuesta para abordar el tema migratorio gira en torno a la lectura e interpretación de narrativas literarias chicanas, sus imágenes culturales y las representaciones de una cultura mexico-estadounidense que se ha diversificado y extendido en Estados Unidos a partir del fenómeno de la migración. Estas narrativas han dado lugar a enfoques que van más allá de los estereotipos, con una intención creativa y capaz de transformar al lector a manera de una espiral, en un movimiento que genera nuevos significados que no están fijos. Es así que la propuesta literaria chicana contempla un imperativo estético generado desde un sentido cultural, histórico, social y político que ha buscado un lugar dentro de las ciudades de Estado Unidos, lo cual conlleva una trayectoria geográfica que se integra o se asimila a una nueva cultura. De hecho, lo mismo sucede con las comunidades chicanas, pues quienes nacen allá y, en términos de espacio, se “distancian” de México, manifiestan siempre un retorno inminente hacia su lugar de origen.

Integrar un nuevo conocimiento en esta revisión del proceso de la migración implica un constante reactualizar el mundo propio, al que pertenecemos o adjudicamos nuestro sentido de identidad. No obstante, cuando hablamos de la comunidad mexico-estadounidense, la idea de una naciona-

¹Jaime Rochín, “Políticas migratorias y derechos humanos en México”, en *Derechos humanos y flujos migratorios en las fronteras de México*, Unesco/SER/Universidad Iberoamericana/UNAM, 2003, p. 197. La referencia citada es de *Letras Libres*, núm. 46, año IV, octubre 2002.

lidad geopolítica perteneciente a un Estado-nación se ve fragmentada, pues, de acuerdo con varios textos chicanos en los que se narra una experiencia cotidiana, no es posible renunciar a esa otra parte cultural que dinamiza y da sentido a todos los sujetos que cruzan la frontera y se “integran” —entre la intolerancia y la resistencia— a la vida en Estados Unidos y, por lo mismo, a una nueva cultura anglo. Entonces, las comunidades chicanas ejercen en todo momento su flexibilidad para moverse de un lugar a otro, de vivir sus experiencias culturales en un cruce constante de idiomas, de recuerdos, de vivencias que rearticulan un conocimiento más allá de formas fijas. Se pretende descolonizar un poder y una legitimación esencialista en la producción del conocimiento (hacia un proceso que fragmente las posiciones jerárquicas consideradas como dominantes). Según afirma Walter D. Mignolo (2003: 2) en torno a las *geopolíticas del conocimiento y la colonialidad del poder*: “Vemos que la historia del conocimiento está marcada geo-históricamente y que además tiene un valor y un lugar de ‘origen’. El conocimiento no es abstracto y deslocalizado. Todo lo contrario”.² Por su parte, Gayatri Chakravorty Spivak (1988), estudiosa de la literatura comparada y de estudios poscoloniales, afirma que cruzar fronteras nos lleva a un conocimiento más amplio en las áreas de estudio, así como escuchar a los sujetos subalternos implica atender a su postura intelectual.³

La literatura chicana me puso de frente al viaje migratorio desde hace muchos años, no sólo como un tema o un conjunto de lecturas, sino también como una forma de aprendizaje acerca de las “otras”, las mexicanas que viven del otro lado. Mi libro *Mujeres que cruzan fronteras. Un estudio sobre literatura chicana femenina* (2010) muestra este camino, entre lo académico y lo personal, en torno a la trayectoria literaria de varias escritoras y sus narrativas relacionadas con el feminismo chicano y *las mujeres del tercer mundo o mujeres de color*, la frontera y una escritura fronteriza e híbrida, la autobiografía y el testimonio, entre otros tópicos que rodean sus prácticas literarias. Tanto en la posición de estas escritoras como en mi investigación se enmarca la preocupación como intelectuales en reorientar el lugar del conocimiento hacia un sentido ético

²Entrevista de Catherine Walsh a Walter D. Mignolo, “Las geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder”, en *Revista Polis*, Universidad Bolivariana de Chile, vol. 1, núm. 4, 2003. Corresponde a un capítulo del libro de C. Walsh, F. Schiwiy y S. Castro (eds.), *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*, Quito, UASB/Abya, Yala, 2002.

³Gayatri Chakravorty Spivak, “Can the subaltern speak?”, en Nelson Grossberg Lawrence y Cary Nelson (eds.), *Marxism and the interpretation of culture*, Chicago, University of Illinois, 1988, pp. 271-313. También véase el libro titulado *La muerte de una disciplina*, Irlanda Villegas (trad.), Xalapa, Biblioteca Universidad Veracruzana, 2009.

y estético que permita transitar a una cultura de inclusión y de miradas heterogéneas.⁴

The House on Mango Street (1984) y *Caramelo o puro cuento* (2002), de Sandra Cisneros, son dos novelas lejanas en el tiempo, que parecen ir en rumbos distintos entre el lugar de origen y el de destino. La percepción del movimiento migratorio de ida y vuelta recupera la historia, tradiciones, costumbres, idioma a través de gestos que abrazan México o de gestos subversivos que se distancian de él; también muestran el proceso de una migración real y simbólica de las comunidades mexico-estadounidenses en Estados Unidos y la construcción de las identidades en un camino entre lo mexicano, lo anglo y lo chicano.

Narrativas y comunidades en tránsito

La migración y la literatura chicana constituyen un eje imposible de soslayar, ya que sus textos se han enriquecido a partir de las comunidades de mexico-estadounidenses que se han extendido y apuntalado sus posiciones culturales en las instituciones, academias, ciudades, barrios y, desde luego, en su producción intelectual. A lo largo del siglo xx, el fenómeno migratorio se ha vuelto un signo fundacional de varias generaciones, donde el camino del migrante es siempre una ruta de ida y vuelta que no ha solucionado la pobreza en los países de origen, pero que sí ha avalado un discurso retórico sostenido frecuentemente por el Estado en México, mientras el racismo y las injusticias toman acentos radicales en Estados Unidos.

Los procesos migratorios se viven desde una amplia gama de dificultades al seguir las rutas migratorias, pues no sólo es el espacio de origen y destino, que contempla cifras y remesas, sino el tránsito que enmarca una desprotección de los migrantes en su camino hacia Estados Unidos. Si bien estos temas contemplan otros aspectos vitales, hay que evidenciar la importancia de la carga cultural con que cada migrante viaja, los procesos de adaptación, así como el amplio espectro de temas en torno a los derechos humanos. Las narrativas literarias son una forma de percibir las experiencias y las voces de todos los migrantes anónimos, proponiendo a la literatura como una forma de em-

⁴En sintonía con esta preocupación, tenemos la definición de “cultura de paz” que apunta la Unesco en torno a la cátedra de migración titulada “Migración, desarrollo y cultura. Los espacios de tránsito y las ciudades de destino como espacio del diálogo”: “permite, cuando es valorada, el desarrollo de múltiples identidades culturales y autoestima, tanto como individuo o como grupo, como factores indispensables para la integración, el diálogo intercultural y la convivencia bajo la generación de una cultura de paz”.

poderamiento y descolonización de estructuras sociales, políticas y culturales sostenidas en una lectura desigual del poder en la historia.

La experiencia y condición del migrante dentro de Estados Unidos involucra la conciencia de una cultura relacionada con el *meltingpot*, la multiculturalidad y la pluralidad. Juan Carlos Narváez Gutiérrez (2007) destaca el concepto de comunidades en movimiento y se refiere a una concepción del espacio que no está fijo a un lugar, es decir, que es transnacional:

En este sentido, podemos entender las comunidades transnacionales donde se dan esas realidades de la vida diaria que esencialmente aparecen en el contexto de la migración internacional, las cuales, geográfica o espacialmente, son difusas o sin territorios, y lejos de ser un fenómeno puramente transitorio constituyen una estructura de referencia para una posición social que determina la vida diaria y las identidades que simultáneamente trascienden a las sociedades nacionales. Dichos espacios transnacionales pueden estudiarse según cuatro dimensiones de análisis: *a*) un marco político legal; *b*) la infraestructura material; *c*) las estructuras e instituciones sociales, y *d*) las identidades y los proyectos de vida (Pries, 1997, citado en Narváez, 2007: 34).

En esta descripción de las comunidades transnacionales, se marca un énfasis especial en la eficacia de las redes sociales y la confianza ligada a éstas por la forma en que se tejen para construir lazos entre los grupos de migrantes. Estos conceptos emparentados por la movilidad y las condiciones de exclusión “ayudan” a establecer los lazos, y también sostienen y refuerzan ambos espacios: origen y destino (Narváez, 2007: 36). También el concepto de comunidad se extiende más allá de la frontera y emplea estrategias de solidaridad que dan lugar al desarrollo de las capacidades sociales y al “agenciamiento social”.⁵

En este sentido, la literatura no sólo representa la historia, los sujetos y los signos de la migración, sino que recrea todas estas posibilidades de acción y elección en la construcción de las identidades. Definitivamente, esta literatura “minoritaria” surge con un fuerte contenido cultural, histórico, político y testimonial que construye un sentido individual y colectivo de afirmación identitaria frente a la cultura dominante, donde impera el sentido de pertenencia a una comunidad que dinamiza la idea del espacio, más allá de lo que

⁵Anthony Giddens ha definido este concepto como la posibilidad de los individuos o “agentes sociales” de transformar las capacidades sociales que cada sujeto maneja, sus recursos o competencias para ejercerla, por lo cual ésta no sólo se reproduce sino que también innova. Este concepto indaga en la producción de texto en contextos culturales específicos: “El autor (de un texto) es más bien un productor que trabaja en situaciones específicas de acción práctica” (Giddens, 1990: 285).

se concibe como Estado-nación. Según Ramón Saldívar (1990), la experiencia de lo “chicano” varía y se diversifica a través de las regiones donde habitan mexico-estadounidenses, lo cual también expone una diferenciación étnica y de género.

Las mudanzas de las imágenes de la figura del migrante han tenido diferentes denominaciones de acuerdo con la época, los motivos, las rutas de cruce y la diversidad de las personas. Toda esta variedad construye una fábrica o laboratorio que dinamiza los procesos migratorios en los que se puede advertir un recorrido de memorias y autobiografías desde principios del siglo xx hasta el movimiento chicano en los años setenta, para crear un caleidoscopio de textos literarios y posturas hacia finales del siglo xx y principios del xxi: itinerarios de autores y críticos, mapas literarios e históricos que van tejiendo las narraciones literarias y de vida a lo largo de esta saga relacionada con la migración entre México y Estados Unidos.

El desplazamiento (*displacement*) de las personas puede verse en dos sentidos: los desplazados (*displaced*) o el autodesplazamiento (*self-displacement*), distintas posiciones que se ubican de un “lado” o del “otro” de las subjetividades. Los desplazamientos vinculados con el fenómeno migratorio determinan la forma de comunidades enteras mediante los constantes movimientos geográficos y la posición de los sujetos que viven esa realidad cultural. La literatura chicana, por su parte, responde a esta movilidad o “sensibilidad migratoria” expresando el cúmulo de experiencias sobre “lo chicano” y sus representaciones, así como la producción de sus conocimientos dinámicos. Roger Rouse (1988), en su ensayo “Mexicano, chicano, pocho. La migración mexicana y el espacio social postmoderno”, alude a la historia de la migración y la vivencia chicana de “sentirse migrantes”, y los coloca en tránsito: ni de aquí ni de allá, sino en la confluencia de los sitios, las identificaciones y percepciones que acompañan a un “yo” que se integra a un proceso colectivo que continúa a lo largo de varias generaciones.

El viaje del migrante: entre la ida y el retorno

La narrativa de Sandra Cisneros se desplaza de su mirada como mexico-estadounidense que nace y vive en Estados Unidos, para descubrir la herencia mexicana. Esta reflexión y vivencia se propone desde su lugar como escritora e intelectual, hilvanada a su elección de ser chicana y feminista a manera de un gesto político. A través de sus dos únicas novelas, Cisneros localiza sus narrativas. *La casa en mango street* narra la vida en Estados Unidos y *Caramelo* el regreso a México (entre la ida y el retorno).

Esta autora indaga en *el origen* que le fue heredado como las costumbres, la cultura, los modelos femeninos, el idioma que forma parte de una realidad que no puede cambiar; sin embargo, *el destino* guarda un lugar simbólico y una directriz poética que en *Caramelo* se convierte en una celebración del pasado y la proyección de un futuro pleno de posibilidades. Cisneros reflexiona en estas dos novelas acerca de estas identidades en movimiento y brinda un homenaje a la migración, como veremos más adelante.

Sandra Cisneros nació en 1954 en uno de los barrios latinos de Chicago, con un padre mexicano, Alfredo Cisneros del Moral, que no hablaba bien el inglés, y una madre chicana que hablaba mal el español. Fue la única mujer de siete hermanos. Estudió en la Universidad en Iowa, y se convirtió en escritora desde entonces. Comenta en una entrevista sobre la ambivalencia de lo autobiográfico respecto del proyecto de *Caramelo*:

Los personajes son autobiográficos, y algunas de las situaciones del libro también. Sin embargo, tuve que inventar bastante porque mi familia, y la cultura mexicana en general, se niegan a mencionar muchos aspectos del pasado. Entonces, además de los recuerdos, tuve que echar mano de la imaginación. Siempre empiezo a escribir con mi corazón. Empecé esta obra con la idea de honrar a mi padre. Al comenzar, me di cuenta de que no sabía apenas nada de mi padre. Hay muchas cosas que un padre no puede contarle a su hija. Estuve nueve años preparando la obra hasta que conseguí meterme en el alma de mi padre. La mentira sólo es un recurso muy mexicano de decir lo que la gente quiere escuchar.⁶

El personaje principal y la voz narrativa es una niña llamada “Lala”, Celaya Reyes, quien cuenta la diáspora de la familia. La versión original, escrita en inglés utiliza constantemente formas gramaticales del español; incluso, se traduce de manera literal para enfatizar sonidos del español. El concepto de *traducción cultural* en esta literatura tiene un sentido más profundo, vemos que Cisneros remite al lector a las notas a pie de página, donde hay acotaciones que proporcionan información acerca de México (comida, ropa, canciones, historia, palabras en español, recuerdos, películas, dichos, revistas, etcétera). Estos conocimientos y experiencias no forman parte de un lector anglo y, quizá, tampoco de un mexicano-estadounidense que pertenece ya a una tercera o cuarta generación.

⁶Abraham Flores (20 de febrero de 2011), “Sandra Cisneros, la literatura en ‘los tiempos de sus-tos’”, *Milenio Diario*, disponible en <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8914936>

La estructura de la novela reúne breves relatos con varios paratextos (textos intercalados que tienen una función específica en el relato);⁷ por ejemplo, dice en el epígrafe: “Para ti, papá” y, en la siguiente página, “Cuéntame algo, aunque sea una mentira”; posteriormente, hay un breve prólogo titulado: “No me hago responsable, o no la quiero. Te la regalo, es demasiado hocicona para mí”, que puede ser de Cisneros o de Lala hablando acerca de la verdad y los cuentos. Otro tipo de paratexto está en las citas al pie de página y las referencias culturales, que escenifican una especie de ensayo “histórico-cultural personal”. Notamos que no sólo es un relato acerca de su padre, sino una elaborada narración que incluye un *collage* de formas textuales como la fotografía, la cual encuadra de manera creativa y emocional los recuerdos. La novela inicia con la imagen de Celaya, quien tiene en sus manos una foto de su padre: “Aquí está papá entrecerrando los ojos igual que yo cuando me toman una foto” (Cisneros, 2003: 16). La fotografía avala a quienes hemos sido y a aquellos que han muerto. Como afirma Roland Barthes en *Cámara Lúcida* (1989), no existen las fotos vivientes, sino que al mirarlas las hacemos vivir.

En *Caramelo* se narra la historia de la familia del padre de “Lala”: la conexión con México. La figura del padre muestra la historia de un migrante y cómo logró tener una familia, un trabajo de carpintero, una casa, es decir, una vida en Estados Unidos. Se evidencia un reconocimiento y un valor a todos esos personajes que son familia y forman parte de una larga historia, donde cada quien guarda una foto o una mentira que contar. La estructura del texto reúne tres partes: “Recuerdo de Acapulco”, “Cuando era mugre” y “El águila y la serpiente, o mi madre y mi padre”. A través del viaje a México, recrea la memoria de tres generaciones de la familia Reyes que han migrado entre México y Estados Unidos: la generación de la abuela Soledad y el abuelo Narciso, la del padre Inocencio y, finalmente, la de Lala. a través de las evocaciones afectivas y sensoriales de México.

Por el contrario, *La casa en mango street* sostiene una lectura feminista y atiende a la figura de la madre. La historia transcurre en Estados Unidos, enfatizando el lugar de destino y las ciudades a las que llegan los migrantes.

⁷Véase el ensayo de María Laura Spoturno titulado: “Umbrales en la novela *Caramelo* de Sandra Cisneros”, Universidad Nacional de La Plata/Conicet. Esta investigadora se basa en el concepto de “paratexto” de Gerard Genette: “Cisneros explota el paratexto que, en esta zona de frontera, invita al lector a introducirse en una obra pero también a transitar los lugares culturales que se instituyen en los bordes del texto. Y es precisamente en la construcción de esos lugares donde descansa parte de la singularidad de este texto. Según nuestra hipótesis, los elementos del paratexto —más específicamente, el título, la dedicatoria y el epígrafe— aparecen en español, o asociados a esa lengua, e instauran puntos de heterogeneidad que contribuyen al bilingüismo cultural constitutivo de la obra” (Spoturno, 2008: 1-2).

Esta primera novela es narrada por una niña llamada Esperanza, quien vive en una calle con un nombre imaginario, la calle Mango, pero bien pudiera ser de un barrio latino en la ciudad de Chicago. Esta novela, ampliamente conocida, es publicada por Alfaguara y traducida por Elena Poniatowska y Juan Ascencio en 1995; se convirtió en un *betseller* y se integró a la currícula académica para referirse a diferentes áreas de estudio, de mujeres, estudios étnicos, de educación sexual, género y cultura, ciencias sociales, etcétera. Sin embargo, se trata de un libro dirigido no sólo a la comunidad mexico-estadounidense o latina, pues al denunciar la situación marginal de las mujeres llega a un público mayor.

La reflexión se refiere aquí al lugar de destino y a la presencia de los cambios en un nuevo espacio diferente al de la cultura de origen. La novela no presenta el viaje migratorio, pero éste se intuye a partir de la vivencia del racismo y las dificultades de adaptación. Las historias y los nombres de Minerva, Rafaela, Esperanza, Marín y Alicia delatan el origen hispano, las costumbres y su continuación a pesar de vivir en otra cultura entre la resistencia y los cambios; por ejemplo, en el relato titulado “No speak english”, el proceso de adaptación sigue un camino adverso en personajes femeninos que viven la espera, el encierro o el miedo:

Cualquiera que sean sus razones, si porque es gorda, o no puede subir las escaleras o tiene miedo al idioma, ella no baja. Todo el día se sienta junto a la ventana y sintoniza el radio en un programa en español y canta todas las canciones nostálgicas de su tierra con una voz que suena a gaviota [...]. Algunas veces el hombre se harta. Comienza a gritar y uno puede oírlo calle abajo. ¡Carary! estamos en casa. Ésta es la casa. Aquí estoy y aquí me quedó. ¡Habla inglés, *speak english*, por Dios! (Cisneros, 1995: 85-86).

La narradora y protagonista, Esperanza, configura su identidad en un recorrido por la infancia, la cultura latina y los deseos individuales. Al observar la realidad del barrio, la pobreza y la sumisión de la mujer, la protagonista crea su propio aprendizaje y autodesplazamiento; para lograrlo, decide y elige: 1) la actitud reflexiva para convertirse en mujer y su percepción de la sexualidad; 2) la capacidad de autonombrarse; 3) el deseo de ser escritora, y 4) el deseo de un espacio propio (García, 2010: 142).

En este vaivén literario, llegamos a la invención del relato de *Caramelo*, en el que dos ideas remiten al proceso migratorio: el viaje a México, la narración de la memoria familiar y las imágenes alusivas a la herencia cultural mexicana. En la siguiente cita identificamos imágenes de la infancia, al tiempo que ad-

vertimos el empleo de la palabra “caramelo” en relación con el color moreno de la piel (como un rasgo étnico de afirmación de su grupo cultural):

Y aunada a esa sensación, revoloteando en las notas de “Farolito”, recuerdo tantas cosas, tantas, todas a la vez, cada una distinta y separada, y todas entremezclándose. El sabor de un caramelo llamado gloria en la lengua. En la playa de la Caleta, una niña con piel como cajeta, como dulce de leche de cabra. El color caramelo de tu piel después de enjuagarte al salir de la espuma de Acapulco. [...] Y no sé cómo es para los demás, pero para mí estas cosas, esa canción, esa época, ese lugar, se encuentran todas ligadas a un país extraño, que no existe ya. Que nunca existió. Un país que yo inventé. Como todos los emigrantes, atrapada entre aquí y allá (Cisneros, 2003: 524).

El tema del viaje a México es el motivo inicial: ella regresa con la familia cada verano y se reúnen en la casa de la abuela, denominada *la calle del Destino*. En general, toda la novela es un homenaje a los migrantes, ya sean los que viajan de México a Estados Unidos o los que retornan, como en este caso lo hace Celaya.

Al final de la novela encontramos un apéndice o anexo titulado “Cronología”, en el que se identifican fechas claves relacionadas con la migración entre México y Estados Unidos, que abarca desde 1519 hasta 2002 en un recorrido vertiginoso que tiene dos intenciones: por un lado, presentar eventos históricos de una manera subjetiva, pues hay una apertura en el lenguaje que permite integrar imágenes relacionadas con la anécdota de la novela, y emplear la ironía, rompiendo con el tono oficialista de la historia; por otro lado, como dice al final de este apéndice, la novela es un homenaje a los migrantes: “Por todo el mundo, decenas de millones abandonan sus hogares y cruzan fronteras ilegalmente cada año”. Varias fechas son dignas de destacarse, no obstante cito sólo una:

1996. Detención obligatoria a cualquiera que busque asilo en Estados Unidos sin documentos válidos. Mayor aplicación de la ley de la frontera. Se construye una barda triple de 14 millas al sur de San Diego, y se aumenta la pena por pasar de contrabando a trabajadores indocumentados a Estados Unidos, así [como] por sus documentos falsos (Cisneros, 2003: 530).

El lugar de destino se refiere a un sitio o a una ciudad donde vivir, pero ese lugar que en principio es México —la casa de la abuela en *la calle del Destino* y “lo mexicano”— adquiere otros significados metafóricos, que giran como

una espiral en movimiento constante. Por ejemplo, cuando la abuela Soledad se queda sola, dice Lala: “Quizá está viendo su futuro. Quizá puede predecir la venta de la casa en la calle del Destino, la mudanza de su vida y el nuevo comienzo en el norte, del otro lado” (Cisneros, 2003: 305). Entre tantos destinos, se expande el sentido del espacio, ya no sólo es un viaje de ida y vuelta; ahora se trata de elegir un “destino propio” —no el de la familia ni el de las otras mujeres, ni siquiera el del padre— y también de valorar la familia y encontrar un lugar para sí misma.

Una de las imágenes recurrentes es el rebozo como “objeto cultural” que identifica a la abuela y que es, además, un motivo de intertextualidades, si recordamos, por ejemplo, la película *El rebozo de Soledad* (1952), de Roberto Galvación. Puede verse la historia del rebozo y el mestizaje, a la vez que se vuelve una imagen sensible con la que Cisneros interpreta el lenguaje del rebozo; esta prenda de la abuela se vuelve un símbolo de “lo mexicano” que representa a la familia Reyes y le otorga un poder que no pierde con el paso del tiempo. En el apartado titulado “Un rebozo de seda, una llave, una moneda bajando en espiral”, la mamá de Lala dice: “¿Un rebozo de seda? ¿De Santa María? ¿Para qué? ¿Para que Celaya trapée el piso con él? (Cisneros, 2003: 56). El rebozo se convierte en una metáfora que separa el pasado, el mundo de la abuela, sus tradiciones y el presente de “Lala”, quien hasta el final se apropia y reinterpreta las formas de ponérselo. Esta imagen funciona para hablar de las transformaciones de patrones culturales y sus significados en las diferentes generaciones; así, en la búsqueda de un destino propio, los modelos de lo femenino guardan para la protagonista lecturas diferentes:

Viva tiene razón, sobre el destino, quiero decir, sobre cómo a veces hay que ayudarlo. Siento que estoy en mi propia película, mi brazo contra la almohada, el hombro de Ernesto contra las sábanas. Viviendo mi vida, y viéndome vivir mi vida [...] desempaco el rebozo caramelo y envuelvo a Ernesto en él [...] Ese cuerpo de muchacho lampiño y terso, las rayas caramelo contra su piel. Un verdadero pecado que los hombres no usen rebozo (Cisneros, 2003: 463-464).

El discurso femenino y étnico que hay detrás de la metáfora de *Caramelo*, ya sea en la imagen del rebozo o en la del color de la piel, representa el retorno de Celaya a su lugar de origen. Aunque no hubiera nacido en México, Lala se apropia e interpreta tal carga cultural a través de la herencia mexicana; con ello, resignifica lo femenino y el lugar de destino, visto este último como México y la familia. El destino, pues, reactualiza un sitio imaginario y simbólico que escenifica *el retorno* de varias generaciones de migrantes. Notamos

que, en este proceso de viaje, hay un fuerte lazo con la herencia cultural y, de este modo, el concepto de comunidades se extiende a este sentido transnacional, donde la casa está en el “norte”, en el “sur”, en “Chicago”. Como se pregunta al inicio en el epígrafe, ¿dónde está la casa, papá? Las experiencias que aparecen en este tipo de narrativas literarias mantienen un registro documental, etnográfico, humano y estético de los sitios en que los migrantes viven sus experiencias, ya sea en un espacio fijo o en las rutas migratorias, pero siempre enfocando un sentido de comunidad, pertenencia e identidad que une ambos puntos equidistantes: ciudades de origen y destino.

En ambas novelas, las opciones entre un sitio u otro hablan del proceso de Sandra Cisneros como escritora y de los temas que la preocupan, sin ceñirse *per se* a una conciencia de México o “lo mexicano”. Dicha conciencia es algo que se va fabricando, como podemos constatarlo en estos dos textos. Las escritoras chicanas, a partir de su experiencia personal y comunitaria, escriben una literatura que busca el cambio de piel y la afirmación de la misma. Su literatura se inscribe en un empoderamiento que hace visibles sus experiencias a través de un gesto de identificación cultural y una estrategia ideológica y política que genera una transformación producida desde los sujetos que viven tales experiencias ligadas a la migración.

A manera de conclusión, atravesando el Nepantla

Una de las escritoras fronterizas chicanas más importantes es Gloria Anzaldúa (1945-2004).⁸ Su pensamiento y propuesta teórica se escriben fuera de los cánones estadounidenses, e involucran un nuevo conocimiento con una mirada inclusiva, que remarca *a personal estament*, el riesgo y un sentido de ser a contracorriente que forma parte de toda su obra, ya sea literaria o teórica, pues no hay una separación. Desde *Brigde Called my Back: Writings by Radical Women of Color* (1981), *Making Face, Making Soul/Haciendo caras* (1990), *Friends From the Other sides/Amigos del otro lado* (1993), *This Bridge we Call Home: Radical Visions for Transformation* (2002), Anzaldúa ha dado vida a diferentes conceptos —muchos de ellos polémicos— que manifiestan lo espiritual, su deseo de justicia, su optimismo y su vulnerabilidad. En *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza* (1987), la autora da su testimonio de la historia migratoria entre México y Estados Unidos, y se asume como mujer fronteriza, mestiza, chicana

⁸Sobre la obra de Anzaldúa, es notable el comentario de Claire Joysmith en una nota al pie de página de su libro *Speaking desde las heridas. Cibertestimonios transfronterizos/transborders*: “Her germinal *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza* was voted one of the 100 Best Books of the 20th Century by *Hungry Mind Review* and *Utne Reader*” (2008: 20).

y lesbiana, enfatizando un contenido autobiográfico y de género con un sentido incluyente de otros grupos marginados. En el pensamiento anzaldúano existen the *shadows* y las heridas de vivir en la frontera como un sitio liminal e intersticial, para ella, en *Borderlands*:

La frontera entre México y Estados Unidos es una herida abierta donde el tercer mundo lucha contra el primer mundo y sangra, donde emerge una cultura fronteriza, un lugar vago, indeterminado, creado de un residuo emocional de una frontera artificial, en un constante estado de transición. Los atravesados viven aquí (Anzaldúa, 1987: 3).⁹

En el pensamiento literario-teórico de Gloria Anzaldúa, el concepto de *Nepantla* localiza precisamente su visión estética y la orienta hacia un lugar visionario y de transformación. En primera instancia, en el mundo indígena, *Nepantla* se refiere a “vivir entre dos mundos”, el indígena y el español, lo cual define una situación poscolonial. La frontera, o vivir entre fronteras, se refiere más al espacio con toda la carga cultural, histórica y política; y *Nepantla*, al proceso de transformación y cambio de las intelectuales/*nepantleras* como “a visionary cultural worker”, a partir de sus prácticas creativas y teóricas a manera de activistas espirituales de cambio personal y social. Comenta Ana Louise Keating en su libro *Gloria Anzaldúa Interviews/entrevistas* (2006: 12):

Su escritura invita a ver nuestra propia diferencia, a reconocer la conexión entre el cuerpo y el texto, entre lo intelectual, lo espiritual y la dimensión física de la vida, entre el yo y el otro. Este reconocimiento puede transformarnos y motivarnos a trabajar activamente por el cambio social.

Anzaldúa se expresa sobre los cruces identitarios chicanos y reinterpreta el concepto de *Nepantla* como una situación de conciencia geográfica, cultural, histórica y ética:

Un estado intermedio, ese terreno incierto que uno cruza al mudarse de un lugar a otro, al cambiar de clase, raza o condición sexual, al pasar de una identidad a otra nueva. El inmigrante mexicano, al momento de cruzar el alambrado al “paraíso” hostil del norte, Estados Unidos, se ve atrapado en un *Nepantla* (Anzaldúa, 1993: 118).

⁹La traducción es del autor.

El cruce de Nepantla tiene un sentido doloroso que identifica una herida, semejante al paso de la frontera y el cruce, que también puede verse como un puente/cicatriz hacia un proceso de sanación y aprendizaje. De hecho, Anzaldúa propone la palabra *conocimiento* en español, lo que define: como “conciencia de búsqueda, indagación y sanación” (Anzaldúa, 2005: 93). Si bien, muchos de estos contenidos y conceptos tienen una fuerte carga subjetiva, no son lejanos a las vivencias de los migrantes y de los actores sociales que viven en Estados Unidos.

Este trabajo pretende compartir todas estas lecturas íntimamente relacionadas con el proceso de la migración y la literatura chicana femenina, con el propósito de alcanzar una valoración de las experiencias de los mexico-estadounidenses en sus narrativas y de la postura de género de las identidades en tránsito. La propuesta ha sido aquí legitimar una forma diferente de proponer un *conocimiento* que produzca alternativas viables de intercambios y diálogos, sin limitarse a las jerarquías y discursos estereotipados, fijos u homogéneos, lo cual todavía es un reto en términos políticos y humanos.

Fuentes consultadas

- ANZALDÚA, Gloria (1987), *Borderlands/La frontera, The New Mestiza*, San Francisco, Aunt Lute.
- (1990), *Making Face, Making Soul. Haciendo caras. Creative and Critical Perspectives by Feminist of Color*, San Francisco, Aunt Lute.
- (1993), “Border Arte: Nepantla, el lugar/La Frontera”, en Natasha Bonilla Martínez (ed.), *La Frontera/The Border: Art About Mexico/United States Border Experience*, San Diego, Centro Cultural de la Raza, Museum of Contemporary Art, pp. 107-203.
- (2000), *Interviews/Entrevistas*, Ana Louise Keating (ed.), Nueva York, Routledge.
- (2002), “Now Let Us Shift...the Path of Conocimiento...inner Work, Public Acts”, en *This Bridge We Call Home: Radical Visions for Transformation*, Gloria Anzaldúa y Ana Louise Keating (eds.), Nueva York, Routledge, pp. 540-578.
- (2005), “Let Us Be the Healing of the Wound”, en Claire Joysmith y Clara Lomas (eds.), *One Wound for Another/Una herida por otra. Testimonios de Latin@s in the U.S. through Cyberspace (11 de septiembre de 2001-11 de marzo de 2002)*, México, CISAN-UNAM/The Colorado College.
- y Moraga Cherrie (eds.) (1981), *This Bridge Called my Back. Writings by Radical Women of Color*, Massachusetts, Persephone Press.

- BARTHES, Roland (1989), *La cámara lúcida. Notas sobre fotografía*, Barcelona, Paidós.
- CISNEROS, Sandra (1991), *The House on Mango Street*, Nueva York, Random House [1984].
- (1995), *La casa en Mango Street*, México, Alfaguara.
- (2002), *Caramelo o puro cuento*, Nueva York, Random House.
- (2003), *Caramelo o puro cuento*, Liliana Valenzuela (trad. español), Barcelona, Seix Barral.
- GARCÍA ARGÜELLES, Elsa Leticia (2003), “Migración una mirada femenina y autobiográfica”, en Sofia Anaya Witman y Vicente Pérez Carabias (eds.), *Exilio, migración y trastierno*, México, Universidad de Guadalajara, pp. 161-173.
- (2010), *Mujeres que cruzan fronteras. Estudio sobre literatura chicana femenina*, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas.
- GIDDENS, Anthony *et al.* (1990), *La teoría social hoy*, México, Alianza Editorial/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- JOYSMITH, Claire (ed.) (2008), *Speaking desde las heridas. Cibertestimonios transfronterizos/transborder (11 de septiembre de 2001-11 de marzo de 2007)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)/Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN)/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Monterrey y Toluca, Whittier College.
- KEATING, Ana Louise (2006), “From Borderlands and New Mestizas to Nepantla and Nepantleras. Anzaldúa Theories for social Change”, *Human Architecture: Journal of the Sociology of de the Self-Knowledge*, vol. iv, pp. 5-16.
- MIGNOLO, Walter (2003), *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal.
- NARVÁEZ GUTIÉRREZ, Juan Carlos (2007), *Ruta transnacional a San Salvador por Los Ángeles. Espacios de interacción juvenil en un contexto migratorio*, México, Porrúa (Colección América Latina)/UAZ/Injuve.
- ROCHÍN, Jaime (2003), “Políticas migratorias y derechos humanos en México”, en *Derechos humanos y flujos migratorios en las fronteras de México*, México, UNESCO/SER/Universidad Iberoamericana de México/Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 197-201.
- ROUSE, Rogers (1988), “Mexicano, chicano, pocho. La migración mexicana y el espacio social postmoderno”, *Unomásuno*, núm. 378, 31 de diciembre, México, pp. 1-2.
- SALDÍVAR, Ramón (1990), *The Chicano Narrative. Dialectics of the Difference*, Wisconsin, Universidad de Wisconsin.

- SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1988), "Can the Subaltern Speak?", en Nelson Grossberg Lawrence y Cary Nelson (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Chicago, University of Illinois, pp. 271-313.
- SPOTURNO, María (2008), "Umbrales en la novela *Carmelo* de Sandra Cisneros", ponencia presentada en el XI Congreso de la Sociedad Argentina de Lingüística, Santa Fe, Argentina, 9-12 de abril.

Migraciones, travesías y peregrinajes

José Manuel Valenzuela Arce*

Introducción

La construcción de referentes para definir los procesos latinoamericanos requiere la incorporación de sus migraciones, diásporas y desplazamientos que definen a la América Latina de afuera, la cual permanece cercana y fortalece los elementos conectivos a partir de las nuevas tecnologías y el desarrollo de los medios de transporte, al mismo tiempo que incide en procesos político-electorales y socioculturales de los países expulsores.

Las estimaciones censales y proyecciones estadísticas sobre la composición poblacional estadounidense indican que, en menos de cuatro décadas, la población latina en Estados Unidos llegará a 25 o 30 por ciento de la población total de la Unión Americana, porcentaje que refiere a una población estimada de 130 millones y que superaría al crecimiento calculado de mexicanos que habrá en México en 2050. La información proporcionada por la Oficina del Censo estadounidense en 2008, consideraba 46.7 millones de hispanos con documentos y más de 12 millones de indocumentados. Esta realidad es relevante si consideramos que de las 581'982,052 personas que en 2009 residen en los 30 países latinoamericanos, los latinos que viven en Estados Unidos, superan a la población de la gran mayoría de ellos, excepto Brasil y México y muy cerca de Colombia. Lo anterior nos permite considerar los diversos vínculos transnacionales y transfronterizos, así como los diversos sentidos de los procesos migratorios asociados con nuevas mediaciones electrónicas que

*Parte de este texto fue anteriormente publicado, en 2006, bajo el título “Los migrantes, travesías y peregrinajes/Migrants, crossing and pilgrimages”, en *Caras vemos corazones no sabemos*, coordinado por Amelia Malagamba y editado por el Instituto para Estudios Latinos y el Museo de Arte SNITE (pp. 47-69).

definen la convivencia y los sentidos del estar juntos y no sólo conectados. Al mismo tiempo, nos convoca a identificar los elementos culturales que enmarcan estos procesos migratorios y los elementos que definen las fronteras.

El peso económico adquirido por los migrantes, en muchos casos les confiere cierto empoderamiento en sus lugares de origen mediante las remesas, las cuales poseen sentidos personales o familiares, debido a que en muchos casos, en los lugares de origen se utilizan para obra pública, compra de instrumentos para la banda del pueblo, construcción de una escuela o un hospital, entre muchas otras opciones. Además, existen formas variadas de recreación y reterritorialización cultural de prácticas tradicionales en los lugares de destino, como ocurre con las varias *guelaguetzas* oaxaqueñas en California (Valenzuela, 2003). Al mismo tiempo, observamos procesos contradictorios enmarcados por el despliegue de posiciones racistas y excluyentes que limitan la participación social de los migrantes, como hemos visto en los últimos años, con el incremento de la presencia de posiciones racistas y restrictivas para los inmigrantes indocumentados, al mismo tiempo que la población latina visibiliza su fuerza político electoral durante las recientes elecciones presidenciales estadounidenses de 2012 y su efecto en el triunfo de Barack Obama, influencia que amerita una reflexión amplia que rebasa el contexto de este trabajo.

Resulta necesario insistir en la necesidad de que los países latinoamericanos entiendan que sus migrantes son mucho más que válvulas de escape o divisas redituables vía remesas. Es importante romper el fetichismo de las remesas y entender que la base que posibilita los flujos de dinero norte-sur, son los entramados socioafectivos y las redes de relaciones humanas entrañables al permitir que las remesas sean tan importantes en las diversas economías latinoamericanas y que las poblaciones que se encuentran en el exterior conforman poderosas urdimbres culturales que involucran procesos de apropiación, recreación, innovación y disputa cultural. Como ejemplo de estos procesos, me interesa identificar algunos elementos místicos y religiosos anclados en la cultura popular mexicana que tienen conspicua presencia en la significación del proceso migratorio de la población mexicana a Estados Unidos.

Identidad, cultura y soportes místicos del proceso migratorio

El proceso migratorio se conforma con experiencias individuales y colectivas cargadas de significado e inscritas en marcos de representación, así como por construcciones intersubjetivas que inciden en la definición del sentido de la experiencia social. Las representaciones sociales son marcos intersubjetivos que participan en la definición del mundo cotidiano, de las experiencias

individuales y colectivas a manera de soportes simbólicos, memorísticos e identitarios.

La migración de la población mexicana y latinoamericana a Estados Unidos y sus significaciones se inscribe dentro de estos entramados simbólicos y en los imaginarios sociales de las y los migrantes, así como en sus recreaciones desde los campos culturales y artísticos mexicanos y chicanos.

Los migrantes recurren a diferentes apoyos espirituales, muchos de ellos constitutivos de la mística y la religiosidad popular, entre los cuales se encuentran imágenes derivadas de la religiosidad oficial, como la Virgen de Guadalupe, el Santo Niño de Atocha y San Toribio Romo, así como figuras pertenecientes a la mística popular que poseen gran capacidad de convocatoria como vicarios que apoyan el proceso migratorio, como ocurre de manera ejemplar con Juan Castillo Morales, conocido como Juan Soldado: *el santo de los migrantes*. Además de las concurridas visitas a las tumbas o santuarios de estas figuras de la mística y la religiosidad popular, los exvotos y retablos refrendan su vigencia como personajes relevantes de la migración que otorgan protección frente a vicisitudes y avatares del camino y que han tenido un lugar importante en el arte popular mexicano y en la producción artística chicana.

Además de los referentes místicos vinculados al proceso migratorio, en este texto analizaremos otros aspectos que han participado en la definición de las representaciones y la recreación artística del proceso migratorio, especialmente aquellos referidos a los imaginarios populares mexicanos y chicanos.

La representación del proceso migratorio y su recreación artística ha sido conspicua desde la creación de la nueva frontera tras la invasión estadounidense y la firma de los Tratados de Guadalupe Hidalgo en 1848. Esta representación adquirió fuerza en las primeras décadas del siglo xx a través de diversas manifestaciones de arte popular como exvotos, retablos y plástica, así como en corridos, literatura, cine y danza.

Las condiciones de alta vulnerabilidad e indefensión del proceso migratorio han sido elementos importantes para la incorporación de la migración como parte relevante de los temas conspicuos en la mística popular, entendida como construcción numinosa que incorpora elementos sacros y seculares mediante los cuales las fuerzas supranaturales participan en la significación y definición de asuntos cotidianos y extraordinarios.

La decisión de emigrar y los riesgos que conlleva son altos. Esta vulnerabilidad ha permitido su incorporación en el repertorio de solicitudes y plegarias a las fuerzas divinas y a sus vicarios, entre quienes se encuentran las figuras emblemáticas de la religiosidad oficial como la Virgen de Guadalupe y el Santo Niño de Atocha, pero también figuras emergentes alimentadas por

la Iglesia católica, como San Toribio y santos populares emanados de eventos profanos como Juan Soldado, ambos especializados en milagros referidos al tema migratorio.

La inserción de imágenes místicas en la cultura popular mexicana inicia desde los códices prehispánicos y adquiere expresión numinosa con la epifanía guadalupana en el Monte del Tepeyac los días 9 al 12 de diciembre de 1531 con Juan Diego, el indio vidente nahua de Cuautitlán.

El guadalupanismo representa una tradición sincrética y numinosa, conformada por elementos culturales españoles e indígenas y por la conjunción de elementos sacros y profanos. La Virgen de Guadalupe devino referente fundamental de la identidad nacional emanada del proyecto independentista, y ha sido figura central como componente místico popular que contiene diferencias y, en ocasiones, fuerte oposición a la religión oficial.

La revelación mariana se propaló de forma oral, así como en relaciones manuscritas, mapas y pinturas, pero las obras fundamentales del guadalupanismo aparecieron hasta mediados del siglo XVII, con la publicación de las obras de Miguel Sánchez en 1648 y el fundamental *Nicán Mopohua (Aquí se narra)*, escrita en náhuatl por Antonio Valeriano y publicado en 1649 por Luis Lasso de la Vega. Después aparecieron otras obras entre las que destaca la narración del presbítero Luis Becerra Tanco (1666), sobre la que se basó Ignacio Manuel Altamirano en *La fiesta de Guadalupe*.

Además de anclaje místico popular, la Virgen de Guadalupe devino emblema nacional del México independiente, condición refrendada a través de su incorporación como símbolo y estandarte de la lucha independentista por Miguel Hidalgo y por José María Morelos, así como en el establecimiento del 12 de diciembre como efeméride nacional por Ignacio Rayón o su reconocimiento como patrona de la nación por el emperador Iturbide en 1821 y el refrendo juarista al 12 de diciembre como día nacional en 1859. La guadalupana acompañó al movimiento revolucionario de 1910-1917 y la contrarrevolución cristera de los años veinte, participó en las luchas de resistencia social, política y cultural chicana y como icono insoslayable del arte chicano y figura importante en el movimiento campesino de César Chávez, y de muchas otras luchas populares en ambos lados de la frontera, incluido el movimiento zapatista en el sureste mexicano.

Entre las figuras religiosas que acompañan a los migrantes, además de la imagen guadalupana, poseen un lugar destacado diversos santos “tradicionales”, como Santo Niño de Atocha, pero quien ha tenido una peculiar relevancia en este asunto ha sido Juan Soldado, conocido como *el santo de los migrantes*, figura numinosa que adquirió relevancia entre los sectores populares

de Tijuana y después entre amplios sectores de ambos lados de la frontera a partir de su ejecución pública en 1938, tras ser acusado de la vejación y asesinato de la niña de ocho años Olga Camacho.

Inscrito en un periodo de intensas pugnas sociales que vivía la ciudad de Tijuana, Juan Castillo Morales devino santo popular luego de un proceso contradictorio que lo exoneró de los delitos que le llevaron a la muerte. A partir de entonces, Juan Soldado recibe a miles de personas en el Panteón Número 1 de Tijuana, quienes piden su intercesión divina, sus favores y su participación milagrosa para que les ayude a cruzar la frontera como petición más importante. Juan Soldado se vinculó de manera indisociable a los migrantes y a los problemas que enfrentan. Juan Soldado ha sido una figura incómoda para la iglesia católica con quien tuvo que compartir la devoción de sus feligreses (véase Valenzuela, 2000). De manera reciente la iglesia católica ha encontrado en San Toribio al santo legitimado que compite con Juan Soldado por la preferencia y la fe de los indocumentados.

El ex sacerdote Toribio Romo (16 de abril de 1900-24 de febrero de 1928), nació en Santa Ana de Guadalupe, Jalisco, adscrita a la parroquia de Jalostitlán, estudió en el seminario de San Juan de los Lagos y fue asesinado en Tequila, Jalisco, el 24 de febrero de 1928 durante el movimiento cristero (1926-1929). Toribio Romo González fue uno de los 25 hombres canonizados por Juan Pablo II en 1992. Blanco y de ojos azules, a Toribio se le ha presentado como una figura importante para los migrantes, pues les ayuda a cruzar la frontera, los protege, les brinda bebida y alimento y hasta les consigue trabajo. Sus milagros iniciaron en la década de los años ochenta, en pleno apogeo de la devoción a Juan Soldado, con lo cual la iglesia obtuvo una figura santificada que pertenece a los ámbitos católicos legitimados, con “residencia” oficial en la iglesia de Santa Ana (donde se encuentra su fotografía).

Con pocos milagros, aunque muy bien publicitados a través de medios electrónicos, San Toribio ha sido una buena carta para la iglesia católica frente a la figura de Juan Soldado, santo popular no reconocido por el clero. Algunos de los testimonios destacan la aparición y ayuda de Toribio en forma humana en momentos críticos de los migrantes. Toribio los cruza personalmente en su troca y les pide que lo visiten en Jalostitlán. Quienes lo hacen, dicen haber identificado al pollero de la troca con la imagen de San Toribio que se encuentra en la iglesia.

El 29 de octubre de 2003, la Diócesis de Ciudad Juárez, México, propuso a la Convención de Obispos Fronterizos que San Toribio fuera nombrado Santo Patrón de los inmigrantes, propuesta apoyada por la Diócesis de El Paso, Texas.

Sin duda, aquí no se agota el santoral de vicarios, polleros y coyotes que ayudan a los migrantes a cruzar al otro lado, pues muchos otros, como el Niño de Atocha y cualquier otro santo que convoque la fe popular participa en el entramado de apoyos supranaturales convocado por los migrantes y en la definición de los imaginarios de la migración. Sin embargo, las representaciones y epifanías guadalupanas no se agotan al sur del Río Bravo, sino que también tienen fuerte presencia entre la población mexicana y chicana de Estados Unidos, como ocurre con la Virgen del árbol de Watsonville, California.

La imagen guadalupana fue incorporada tempranamente en diversas representaciones religiosas, pero también en expresiones de la mística popular a través de exvotos y retablos, esas representaciones que conjugan condiciones límite donde se encuentran la necesidad y la fe. Exvotos y retablos recrean la desgracia, ilustran la tragedia, condensan la esperanza, consignan la intercesión milagrosa.

Los retablos son eventos, historias y sucesos representados (pintados o tallados) en madera, piedra, mármol, yeso, lámina u otro material. Generalmente estos eventos aluden a una pena (enfermedad, accidente, cárcel, descalabro físico o moral) o a las circunstancias que permiten evitarla gracias a la intervención divina. De la misma manera, los exvotos refieren a las ofrendas de diversa índole a través de las cuales se agradecen los milagros o favores recibidos de parte de esas fuerzas divinas, especialmente vírgenes y santos. Entre las ofrendas aludidas se encuentran las veladoras, las cuales pueden incorporar de forma explícita los pedimentos y agradecimientos a través de fotografías, dibujos o pinturas adheridas en el vaso.

Posiblemente uno de los mejores registros de los favores y milagros vinculados al tema migratorio se encuentran precisamente en los exvotos y retablos, en los cuales las personas consignan tanto sus peticiones y solicitudes de ayuda, como sus agradecimientos y recuentos que narran las situaciones vividas, los problemas resueltos, las peticiones atendidas, los milagros concedidos y otro tipo de resoluciones favorables apoyadas en la intercesión de figuras santificadas. Estas imágenes conjugan la necesidad y la indefensión social con la fe y la mística popular y han logrado convocar el interés de una gran cantidad de artistas que incorporaron a los exvotos y retablos como parte de su experiencia creativa.

La recreación de exvotos y retablos encontró espacios expresivos en las obras de diversos artistas plásticos mexicanos, así como en el arte chicano, los cuales abrevan en importantes trabajos germinales previos como los de José Guadalupe Posada y Frida Kahlo.

José Guadalupe Posada fue uno de los pioneros en la difusión amplia de exvotos y retablos fuera del campo religioso y, como parte de representaciones inherentes a la cultura popular.

La incorporación de elementos populares como parte de la expresión secular de artistas que participaron en el proceso de circulación de narrativas gráficas que abrevaban en las tradiciones y la mística popular tuvo un poderoso representante en José Guadalupe Posada, a quien Diego Rivera definió como “ilustrador de los cuentos, las historias, las canciones y las plegarias de la gente pobre” (Rivera, 2002 [1930]). Desde la perspectiva de Rivera, Posada personalizó al arte popular mexicano, representando la vida social del pueblo.

Posada recreó la tradición popular de exvotos y retablos en grabados, como en *Milagro de la Virgen de Guadalupe*, “Aparición de la Virgen de Guadalupe en Los Remedios” (primera y segunda parte), *Milagro de la santísima Virgen a Casimira Rivera*, *La nueva aparición de la Virgen de Guadalupe*. También recreó imágenes de los emigrantes y los enganchadores de principios del siglo xx, en obras que expresan la indefensión de los que se tienen que ir, y la voracidad de quienes se aprovechan de su situación y les obligan a trabajar en condiciones inhumanas, como ocurre en su ilustración del corrido *Los enganchadores*, y las décimas *Los enganchadores*, que ilustra la desigualdad social, o las ilustraciones del corrido *Los deportados al Valle Nacional*, donde se presenta una importante cantidad de mujeres deportadas.

Esta perspectiva de Posada encontró nuevas vertientes en artistas como Diego Rivera o Frida Kahlo, quienes también recrearon en su obra aspectos centrales de la cultura y el arte popular, así como quienes dieron visibilidad a exvotos y retablos en los campos artísticos, como la propia Frida, quien creó retablos en los cuales plasmó el accidente que tuvo en 1925 cuando viajaba en el tranvía que dejó secuelas profundas en su cuerpo y en su vida. Frida Kahlo se nutrió de los sonidos, los aromas, los colores, los dolores y las esperanzas de la expresión popular mexicana, por ello no le fueron ajenos los exvotos y retablos, elementos que incorporó en su obra plástica, máxime cuando existía una relación orgánica entre los dolores del pueblo y su propio dolor.

En esta misma perspectiva y abrevando en su propia tradición cultural, diversos artistas chicanos han recreado exvotos y retablos como tema relevante de su producción artística. Los elementos señalados como parte integral de los exvotos y retablos se encuentran incorporados en la exposición *Caras vemos, corazones no sabemos*, con obra del académico y coleccionista chicano Gilberto Cárdenas, curada por Amelia Malagamba, académica, artista y curadora ensenadense y chicana. En esta exposición se presentan obras que ilustran el uso de exvotos, como los de Jonathón [sic] Torres (Exvoto, 2002), Osvaldo

Reyes (Exvoto, 2002), Jorge Morales (Exvoto, 1967), Remedios Gil (Exvoto, s/a), Margarita Cabrera (Untitled, 2003).

Sobre esta dimensión que conforma el soporte místico del proceso migratorio, los artistas chicanos han recreado los problemas y avatares del desplazamiento, encontrando alegorías recurrentes para representar la relación entre la mística y la migración. Una de estas alegorías ha sido la asociación entre el alambre de púas que por muchos años definió el límite internacional y la corona de púas que representa la crucifixión de Cristo y que sigue representando el dolor y el sufrimiento de los migrantes, como en la obra de Malaquías Montoya, *Undocumented* (1981), o *Dolor* (1979) de Ralph Madariaga, donde el migrante aparece crucificado por los alambres de púas; imagen recurrente en diversas pinturas y murales del mismo autor y de otros artistas chicanos. También se ha considerado la fumigación de los migrantes en las garitas fronterizas durante las primeras décadas del siglo xx como actos de ablución, de purificación y, por supuesto, de control.

La Virgen de Guadalupe es icono fundamental del arte chicano y es recreada como referente identitario en Rupert García, *La virgen y yo* (1984), Santa Barraza en *Renacimiento* (1981). También es transformada en figura de reivindicación y empoderamiento de las mujeres como hace Ester Hernández en *La Virgen de Guadalupe defendiendo los derechos de las mexicanas* (1975) donde aparece una virgen karateca, o los trabajos de Yolanda M. López donde la virgen da sentido y es producida por las mujeres trabajadoras, como en *Margaret F. Stewart: Our Lady of Guadalupe* (1978) donde una costurera fabrica el manto de la virgen, o en *Victoria F. Franco, Our Lady of Guadalupe* (1978), donde una anciana aparece sentada sobre el manto de la virgen y ambas aparecen con el aura virginal en la espalda.

La virgen (1999) de Delilah Montoya, es virgen y llorona impregnada en el paisaje y en la epidermis. Es compañía y protección en el camino, es tatuaje integrado a la piel como referente y marca de identidad, es estética interiorizada, incrustada en la piel, es vereda de certidumbre en los caminos.

La obra de Isabel Martínez *V.G. got her greencard* (2001), presenta a la Virgen de Guadalupe con su tarjeta verde, credencial que la habilita para trabajar en Estados Unidos y construye un juego doble que inicia con la identificación de la virgen como V.G. (vigei), composición que alude a la transformación cultural y el cambio de nombre al que fueron sometidos muchos mexicanos en Estados Unidos, pero también refiere a una realidad cultural distinta que abrevia en una matriz histórico-cultural compartida con la población que vive al sur del Río Bravo y que adquiere permiso legal de trabajo mediante la *green card*. La presencia mexicana en Estados Unidos habilita el trabajo de

la virgen y refiere a la amplia invocación que tiene entre mexicanos y chicanos, pero añade un tono irónico desde el cual se cuestiona que la dimensión mística o la fe de los inmigrantes requiriera de la legitimidad proporcionado por el Servicio de Inmigración y Naturalización.

También los altares han sido ampliamente trabajados en el arte chicano, como en *Farm workers' altar* (1967), de Emmanuel Martínez; *La virgen de San Juan de los Lagos* (1985), de Carmen Lomas Garza, o *Rosa del Tepeyac* (1974), de Armando M. Peña. La dimensión mística también rinde tributo a los curanderos, traumaturos y otros personajes con capacidades de sanación como *Don Pedrito Jaramillo* (1976), de Cesar A. Martínez, o *La curandera* (1977), de Carmen Lomas Garza.

Las cruces del camino son los obstáculos de la vida, vía crucis que representan penalidades, avatares, vicisitudes, dolor acumulado. Las cruces aluden a la fe, a las convicciones religiosas, a la adscripción en la ley católica, a la religiosidad oficial y a la mística popular, pero la cruz también representa el final del camino, el límite, la muerte, por ello las cruces son parte de los senderos migratorios y se concentran en el muro que divide a los países, como las que se encuentran sobre la placa metálica instalada con el inicio de la Operación Guardián que rinden tributo a los más de siete mil migrantes muertos en el intento de llegar al otro lado como en *Las cruces de Lamino* (1994), de Byron Brauchli. Cruces ampliadas, magnificadas con la secuela de muerte asociada al proceso migratorio que se potenció en los últimos años, cuando la violencia del llamado crimen organizado asociado con elementos adscritos a instituciones policiales y migratorias desplegaron una alta secuela de muerte y violencia contra las y los migrantes centroamericanos. Eventos cuya magnitud sólo se atisba a través del descubrimiento de fosas colectivas como la de San Fernando en Tamaulipas (2010), donde se encontraron apilados 72 cuerpos inertes de migrantes centroamericanos, quienes habían sido entregados al grupo de los *Zetas* por miembros del Instituto Nacional de Migración.

Cierre

La migración mexicana a Estados Unidos ha estado inserta en una especial recreación mística apoyada en vicisitudes y avatares de caminos y senderos caracterizados por fuertes marcas de indefensión, vulnerabilidad, vejaciones y muerte. La impronta mística del proceso migratorio deriva de la incertidumbre y la indefensión de la población que emigra a Estados Unidos, esos cerca de medio millón de mexicanos que cada año se quedan del otro lado asumiendo los riesgos crecientes asociados a la travesía. Es esta condición de des-

protección y abandono la que les hace convocar a los santos disponibles que puedan protegerles y ayudarles en el trayecto. Los santos polleros expresan la centralidad que ha adquirido la migración como elemento definitorio del proyecto de vida de millones de mexicanos que se tienen que ir pues no encuentran en México las condiciones que les permitan tener una vida digna. Si sus derechos estuvieran garantizados y emigrar no implicara arriesgar la vida, los santos estarían ocupados en actividades más apropiadas para su condición que lidiar con la migra, los polleros, los narcotraficantes y los bajapollos. Esta afirmación adquiere mayor centralidad a partir del incremento del control de las rutas migratorias por parte de las organizaciones del llamado crimen organizado, presencia que ha ampliado las condiciones de vulnerabilidad, violencia y muerte de migrantes que buscan mejores condiciones de vida fuera de sus países. Muchos de ellos quedarán en el registro de muertos o desaparecidos, otros vivirán la ominosa experiencia del secuestro o la tortura y otros más formarán parte del recuento de más de cien mil asesinados y desaparecidos tan sólo en el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012), un gobierno signado por un descomunal despliegue de corrupción, impunidad y muerte artera.

Fuentes consultadas

- RIVERA, Diego (2002 [1930]), “Introducción”, en Frances Toor, Paúl O’Higgins y Blas Vanegas Arroyo, *Posada. Monografía de 406 grabados de José Guadalupe Posada*, México, Ediciones Toledo, Conaculta.
- TOOR, Frances, Paúl O’Higgins y Blas Vanegas Arroyo (2002) [1930], *Posada. Monografía de 406 grabados de José Guadalupe Posada*, Diego Rivera (introd.), México, Ediciones Toledo/Conaculta.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel (2000), “Por los milagros recibidos. Religiosidad popular a través del culto a Juan Soldado”, en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Entre la magia y la historia. Tradiciones, mitos y leyendas de la frontera*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Plaza y Valdés Editores, pp. 93-106.
- (2003), “Guelaquetza cultural y relaciones transfronterizas”, en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Renacerá la palabra. Identidades y diálogo intercultural*, México, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 59-72.
- (2006), “Los migrantes travesías y peregrinajes/Migrants, crossing and pilgrimages”, en Amelia Malagamba (coord.), *Caras vemos corazones no sabemos. The Human Landscape of Mexican Migration*, Institute for Latino Studies/SNITE Museum of Art, pp. 47-69.

Malestar en la cultura: hegemonía neoliberal, indignación y cambio social

Humberto Márquez Covarrubias

Introducción

Sin necesidad aparente de imponerse por la coerción y la violencia directa, el imperialismo cultural difunde ampliamente formas, símbolos, hábitos e ideas que han sido modelados en los centros del sistema capitalista mundial con la finalidad de armonizar los mercados globales donde adquiere influencia y predominio. Esta modalidad imperialista no es ejecutada por ejércitos o tecnócratas, sino que es propalada por las grandes industrias culturales, corporaciones de la información, la comunicación y el entretenimiento, y sistemas educativos, científicos y tecnológicos. Aparentemente, esas industrias, corporaciones y sistemas son neutrales, están despolitizadas, pues producen y comercializan bienes y servicios fruto de la creatividad que responde a las necesidades humanas de esparcimiento, conocimiento y utilidad para la vida cotidiana. Las corporaciones culturales requieren, para funcionar, sobreponerse a las empresas nacionales y locales, necesitan hegemonizar su discurso y símbolos; no pretenden entablar un diálogo cultural, sino imponerse y fijar una misma sintonía de talante universal. Pero su esfuerzo no es aislado, requiere, para prosperar, al imperialismo duro, es decir, al económico, político y militar, orientado a la apropiación de fuentes de valor y a garantizar la dominación transnacional. Por lo tanto, el imperialismo cultural pretende dismantelar los nacionalismos, las culturas vernáculas, las identidades que pudieran contrariar los valores del capitalismo universal. El consumidor de los símbolos y formas del imperialismo cultural se acultura, es decir, se desprende de su propia identidad para abrazar el sueño de la modernización neoliberal. El consumidor es subsumido al conformismo social que disuade la crítica al poder establecido y legitima las agendas del capital. Para ello funcionan las

estrategias de la mercadotecnia, la publicidad, el imperio de las marcas. Con todo, se instauran estructuras mentales complacientes.

El imperialismo cultural no necesariamente destruye las culturas vernáculas, las culturas de los pueblos subalternos, pero las desprecia, las minimiza y las excluye. No están incluidas en el mercado, a la sazón el ámbito de inclusión neoliberal. Al permanecer relegadas, estas culturas perviven en la sombra, con el riesgo de extinción. No obstante, desde estos márgenes de exclusión está latente la posibilidad de que las subjetividades y prácticas sociales populares puedan criticar el sistema cultural hegemónico, articulado a las estructuras de acumulación y dominación, para promover otras formas de organización social, cultural y política.

La cultura hegemónica, imbuida en la ideología neoliberal, que permea todas las esferas de la vida social, tiene como principios rectores los valores del libre mercado, la competitividad, la democracia electoral, el individualismo, el consumismo y el entretenimiento. La cultura se convierte en un espécimen mercantil que galvaniza las prácticas sociales, tradiciones y valores en conjunción con los preceptos de la economía global que tiene en las grandes corporaciones multinacionales y las industrias de la información y el entretenimiento los grandes vertederos de las pautas socioculturales de la sociedad contemporánea.

En el perímetro de la cultura subalterna, donde anida la indignación y la resistencia ante los riesgos y peligros emanados de la crisis civilizatoria está germinando una energía social, sobre todo entre los jóvenes, que llama la atención sobre la necesidad de impulsar un cambio cultural, donde la producción de conocimiento, tecnología y arte, en conjunción con el pensamiento crítico, creativo y propositivo, encuentren nuevos senderos hacia un desarrollo humano generalizado, el bien común y la democracia real.

El desafío civilizatorio de la cultura se entiende como la praxis social orientada a mejorar la vida humana en sociedad, lo cual incluye la relación con el medio ambiente, a través del empleo de los recursos de la inteligencia, la invención y la creatividad humana. El proceso de construcción social del desarrollo humano requiere de un amplio abanico de recursos: el conocimiento y saber; educación, ciencia y tecnología; arte; ética, política y gobierno; economía, empresa y trabajo, y leyes, normas y costumbres. El gran desafío de la humanidad es o emplear estos recursos y energías sociales para saciar los intereses del capital y el poder o satisfacer las necesidades de la mayoría de la población. Existen, sin embargo, muchos intersticios que parecieran escapar a ese desafío, por estar ubicados en prácticas que discrepan de los proyectos del Estado y el capital, y que tienden a recrear costumbres y tradiciones.

Sin embargo, estos ámbitos de comunidad no escapan a los designios de la relación social dominante, la lógica del capital.

Los desenfrenos culturales de la globalización neoliberal, verdaderos antivalores sociales, han desembocado en una crisis cuyo sustrato va más allá del resquebrajamiento de los circuitos económico-financieros, pues hunde sus raíces en la matriz civilizatoria: un cortocircuito en el sistema de reproducción de la vida propicia una crisis humanitaria de severas proporciones que toma forma en el desempleo galopante, la epidemia del hambre, la propagación de enfermedades curables, la migración forzada, la degradación del medio ambiente y la inseguridad humana.

Configuraciones culturales materiales y espirituales

La noción de cultura que orienta nuestra reflexión no está aposentada en la reivindicación de la tradición, la identidad o el patrimonio, como elementos a los cuales hay que rendir pleitesía o veneración, incluso a los que es necesario sustraer ganancias al introducirlos en los circuitos mercantiles, sino que tomándolos como fuente nutricia de las relaciones sociales que nos configuran como comunidad —no exenta, por cierto, de contradicciones— consideramos a la cultura como un proceso social de producción de ideas, pensamientos, conocimientos, artes, ciencias y valores que dan sentido a la práctica de diversos conjuntos o conglomerados sociales que toman la forma de clases, grupos, comunidades o movimientos sociales. La noción de cultura se refiere al sistema de creencias, valores, hábitos, identidades y prácticas que adoptan las clases, comunidades y grupos sociales en un determinado contexto histórico.

El gran problema reside en discernir del cúmulo de manifestaciones y expresiones culturales de corte popular o artístico, aquéllas que imprimen un sello característico a la hegemonía política y económica, porque son, a la postre, un sistema de valores y prácticas que determinan el devenir de la mayoría de los conjuntos sociales, y aquéllas que son propias de la mayoría de la población, valga decir, el pueblo, que expresan las formas de vida y trabajo de los sectores subalternos, donde anidan formas ciertamente alienadas o plegadas de la hegemonía, pero donde también están presentes, así sea de forma latente, expresiones críticas de la realidad y visiones diferentes del mundo que pugnan por otras formas de organización social bajo pautas más equitativas y justas.

La mejor comprensión de la cultura transcurre por dos momentos sucesivos: la consideración de la cultura material y la cultura espiritual. La primera se refiere a los modos de vida y trabajo que organizan a la sociedad a fin de dosificar el trabajo productivo y el trabajo reproductivo. El trabajo productivo

se refiere al sistema de coordinación social por el cual se articula el trabajo inmediato y el trabajo conceptual o intelectual. En tal caso se trata de generar, bajo las pautas capitalistas, valor que permita resarcir el trabajo vivo invertido y el uso de maquinaria, equipo y tecnología, así como generar un plusvalor que se transfigura en ganancia, distribuida en dividendos entre accionistas, propietarios y equipo gerencial y directivo. El excedente económico generado puede ser distribuido, bajo los mecanismos del intercambio, entre distintas instancias del gran capital, siendo los capitales monopólicos los que sustraen las porciones mayores de ganancia merced a la imposición de diversos mecanismos de renta imperialista o ganancia extraordinaria. La distribución social del excedente económico es uno de los grandes problemas del desarrollo, pues a menudo se imponen patrones regresivos en la distribución del ingreso que impiden que la masa de trabajadores y sus dependientes económicos accedan a condiciones de vida digna. El trabajo reproductivo se refiere al cúmulo de actividades complementarias que soportan el ejercicio cotidiano del trabajo asalariado y no asalariado. Es el caso del trabajo doméstico, el cuidado de los niños, ancianos, estudiantes, enfermos e incapacitados. Las formas en que se organiza el trabajo productivo y reproductivo dependen de las pautas de la cultura dominante. Si la cultura laboral privilegia las exigencias empresariales, como de hecho sucede en el modelo neoliberal, entonces las condiciones salariales y laborales serán demasiado inseguras y precarias, y la mayoría de la población estará recluida en la esfera del ejército industrial de reserva, que sirve como “peso muerto” para los asalariados, y ejercen una permanente presión a la baja en las condiciones laborales. Si la cultura familiar se basa en el patriarcado y el machismo, entonces la carga de trabajo reproductivo recae en las mujeres, lo cual genera tensiones y violencias intrafamiliares.

La cultura espiritual alude a las cosmovisiones, ideologías y subjetividades que arropan a los sujetos sociales con arreglo a sus identidades y hábitos, pero, principalmente, a la cultura vivencial o material. La producción intelectual y artística, las tradiciones y creencias, y la enseñanza y educación, constituyen expresiones nodales de la cultura espiritual de una sociedad.

Desmontaje de la cultura contemporánea

El análisis de la cultura suele enfatizar la subjetividad y, en menor medida, el mundo material, y a menudo ambas esferas aparecen separadas. No obstante, subjetividad y materialidad aparecen unidas en el sistema de reproducción de la vida social. Incluso, suele remarcarse el individualismo metodológico basado en el estudio del individuo o de esferas microsociales donde

el protagonista es la pequeña comunidad aislada o determinados grupos sociales con afinidades identitarias que se distinguen por preservar tradiciones y prácticas cotidianas emanadas de la forma en que articulan las relaciones interpersonales, y en ese tipo de estudio individualista y microsocioal se desconecta ideológicamente la unidad de análisis de las relaciones sociales de acumulación y poder que establecen con otros conjuntos sociales e institucionales extracomunitarios, relaciones que dan cuenta de los mecanismos de acumulación y dominación, sin los cuales son inexplicables las prácticas sociales más representativas de las sociedades contemporáneas. Las expresiones y configuraciones culturales manifiestan el cúmulo de relaciones sociales de producción y reproducción de la vida, por lo que encarnan contradicciones y representaciones de los proyectos de las clases sociales en disputa. Genéricamente, la cultura suele ser entendida de manera ahistórica, como un ancho ámbito de dominio de la humanidad abstracta sobre la infraestructura natural, las instituciones, los conjuntos humanos y el conocimiento; dominio que pretende erigir un proyecto civilizatorio donde las contradicciones sociales pasan a un segundo plano ante la progresión de fuerzas que, se supone, son neutrales, como la ciencia, la tecnología, la educación y la democracia. Desde el pensamiento crítico, sin embargo, se entiende que las élites sociales imponen, bajo distintos mecanismos de dominación, sus particulares intereses que cristalizan en una cultura con pretensiones hegemónicas. Empero, aún dentro de los encuadres culturales hegemónicos, perviven otras culturas que no representan los intereses y la praxis de las élites, sino de las clases y sectores sociales subalternos, primordialmente del pueblo oprimido y pobre. La subalternidad no es homogénea sino que presenta posiciones diversas, que pueden ser, incluso, vacilantes o zigzagueantes, pues en ocasiones pueden ser condescendientes con la hegemonía, por estar sujeta a la cooptación o represión, pero también pueden asumir formas insumisas y, en un sentido más contundente, contrahegemónicas.

Más allá de la conjunción de caracteres e identidades, asumimos la noción de cultura como un sistema de prácticas y valores cuyo sentido y significado es producto del devenir histórico del modelo civilizatorio, cuyo entramado estructural articula las relaciones sociales y los proyectos políticos e institucionales de las clases, grupos y movimientos sociales. La cultura abarca pautas ideológicas, éticas y políticas que orientan la actuación de los sujetos y agentes sociales, que pueden ser consideradas como dispositivos conceptuales o abstracciones simbólicas, en tanto que su puesta en práctica expresa la praxis de las clases sociales. El sistema de producción y reproducción de la vida amerita una división social del trabajo y un régimen de gobierno que condiciona el

lugar en el mundo de las clases sociales, grupos étnicos y sectores demográficos. En la esfera de la dominación, el trabajo productivo (valorización del capital) y el trabajo reproductivo (reproducción social) están controlados por los gestores del capital y el poder; no obstante, se preservan ciertos ámbitos de autonomía donde perviven formas autóctonas, vernáculas o comunitarias que refrendan vínculos solidarios o convivenciales que parecieran escapar a las sujeciones del capitalismo omnisciente. Los márgenes de autonomía, autodeterminación y autorganización son estrechos, aunque en ellos incuba la posibilidad latente del desarrollo alternativo.

La noción de desarrollo ha sido cuestionada por responder al discurso del poder, de la modernización capitalista, con su secuela de desigualdad y exclusión social. Un desafío relevante es articular una noción cultural de otro desarrollo que armonice un proyecto civilizatorio alternativo que se oriente a satisfacer las necesidades humanas y a potencializar las capacidades institucionales y sociales para el bien común. Es un proyecto utópico cuando se constata que la mayoría de los procesos de construcción social, donde se dirimen visiones del mundo divergentes, los proyectos de desarrollo terminan por representar los intereses del poder y el capital, en desmedro de los intereses colectivos. No obstante, la aspiración a un verdadero desarrollo humano, un vivir bien, se aviene como la representación cultural de mayor contenido civilizatorio, porque dimensiona lo humano como la parte sustantiva de la praxis social.

En respuesta a la crisis sistémica de los años setenta, pero con mayor intensidad después de la conclusión de la Guerra Fría y el derrumbe del bloque soviético, el capital corporativo emprende una expansión bajo la forma de redes de producción, financiamiento, distribución e inversión a nivel global. Como plataforma de aterrizaje se impusieron los programas de ajuste estructural, se reforzó el acoso militar y las industrias culturales difundieron con ahínco sus productos como testimonio del triunfo del mercado y el entretenimiento. En consonancia, los gobiernos de los países de la periferia desmantelaron el Estado social, el mercado interno y las ideologías nacionalistas y desarrollistas, para conceder los espacios de privilegio a la inversión extranjera y a la cultura del capitalismo a ultranza. El cambio estructural y cultural fue nombrado bajo el término gelatinoso de globalización, que de manera descriptiva subraya el ascenso de los flujos de inversión, tecnología, mercancías e información como un fenómeno inevitable. Según los agoreros del mercado total, la humanidad arribaba a los umbrales de una nueva era colmada de promesas de crecimiento y prosperidad para los pueblos que se sumaban a la economía del mercado global capitaneada por las grandes corporaciones, que asumían el reconocimiento de agentes del desarrollo.

El capitalismo triunfante genera, además de una arquitectura de poder transnacional y de un esquema de acumulación mundial centralizada, una cultura hegemónica global, como reflejo de la matriz económico-política que concentra poder y riqueza en las élites. Las expresiones, esplendores y refinamientos de la cultura coexisten con formas aberrantes de deterioro del tejido social y, en general, de las condiciones de vida y trabajo del pueblo. A los muros que dividen los territorios centrales de los periféricos, y a la segregación socioterritorial entre ricos y pobres en las grandes ciudades, se agrega la edificación de barreras culturales derivadas del intercambio cultural desigual y del imperialismo cultural que tiene su correlato en el neocolonialismo. La sensación de malestar en la cultura deriva de la crisis civilizatoria del capitalismo contemporáneo y de las enormes brechas de desigualdad social.

El capital corporativo interesado en maximizar las ganancias y minimizar las pérdidas es incapaz, en consecuencia, de propiciar un desarrollo humano generalizado centrado en la democracia, el buen vivir, la justicia social y el bien común. En su propia dinámica se incuba la expansión y profundización de las desigualdades sociales, puesto que no se trata de un proyecto de cultura general, sino de un proyecto de dominación de unas clases sociales, una oligarquía, sobre otras, los pobres de la tierra, que entronizan el fetichismo cultural (plutocracia, dinero, fama; crecimiento, rentabilidad, competencia), no la equidad, libertad y ética.

Cultura hegemónica

La característica estructural más notable de la sociedad contemporánea es su división clasista acompañada de dinámicas de segmentación, polarización extrema y descomposición social. Bajo estas pautas, la cultura de la sociedad capitalista tiende a bifurcarse y fraccionarse a grados superlativos. En un polo se asienta la cultura hegemónica que impone sus designios, aunque representa a la minoría social, y en el otro, más extensa, pero menos influyente o determinante, la cultura subalterna.

La cultura dominante, es decir, la que se asume como representativa de un cierto periodo histórico, la que dice representar a la humanidad, no es otra que la expresión de los intereses materiales y subjetivos de las élites dominantes. Los postulados e intenciones de la cultura dominante son inoculados o asimilados por las diversas capas sociales de los sectores subalternos, que en parte asumen el desafío de buscar conductos de movilidad social mediante la consecución de las pautas orientadoras de la cultura convencional.

Los elementos referenciales de la cultura hegemónica que dan cuenta de los modos de producción y reproducción de la vida material, de las relaciones sociales y de la subjetividad, se afianzan en el individualismo, el mercado, el pensamiento conservador, el fetichismo del poder y la enajenación.

Contrariando los valores colectivos como la solidaridad, la cooperación y el bien común, el individuo metafísico emerge como la figura central del pensamiento conservador y de la ideología neoliberal. Se trata de un individuo abstracto e indiferenciado que es movido por el ego o, más específicamente, por un interés personal que logra su mejor expresión en el cálculo racional de utilidad. La sociedad es la suma de individuos compelidos por las pulsiones mercantiles, por lo que un valor supremo es preservar la susodicha libertad individual, un postulado del liberalismo decimonónico trasplantado en los siglos posteriores. Una abstracción de tal calado puede aludir, en concreto, a una multiplicidad de individuos, como una corporación multinacional, un asalariado, un desempleado o un indigente; la efectividad de la ideología es hacer tabla rasa de las desigualdades sociales, para justificar, a trasmano, los grandes intereses establecidos, pues siempre queda sembrado el señuelo para que los desposeídos se hagan la ilusión de que la aceptación del orden vigente incluye la posibilidad del ascenso social si se cultivan los valores individualistas, egoístas y mercantiles. Más aún, el neoliberalismo llega a postular que las desigualdades son necesarias para motivar la competencia y la economía de mercado. En última instancia, el individuo que imagina el neoliberalismo es un tipo socialmente conformista, que no cuestiona el poder establecido (Roitman, 2012), y un individuo afecto al consumismo compulsivo, seducido por el poder de las marcas (Klein, 2002). Valores como la solidaridad, la equidad y la justicia social no sólo son antónimos del pensamiento neoliberal —son postulados de los auténticos proyectos libertarios—, sino que terminan por ser antivalores, pues no aceitan la maquinaria generadora de ganancias incommensurables.

Bajo el señuelo de un espíritu emprendedor de los ciudadanos libres se proclama la idea de que el Estado y sus mecanismos regulatorios constituyen un dique a la iniciativa privada que, a final de cuentas, contraviene la innovación, el crecimiento y el bienestar (Klein, 2007). La receta divulgada por los neoliberales es retirar o achicar al Estado y dejar el mercado en libertad. No obstante, se encubre el hecho de que el Estado es el agente más activo y grande en la estrategia de acumulación de la globalización neoliberal, donde campean las grandes corporaciones multinacionales en mancuerna con los intereses de las élites nacionales. La exigencia del libre mercado puede entenderse, entonces, como el reclamo para garantizar el régimen de propie-

dad monopolista y la certidumbre jurídica de acceso irrestricto a ganancias extraordinarias. En tanto que el emprendurismo resulta una acicate motivacional para las capas medias del empresario a fin de que cumplan un papel subsidiario, como la proveeduría, en las cadenas globales de capital.

La omnipresente mercantilización pretende convertir todos los bienes de uso en mercancía, incluyendo los bienes comunes y los patrimonios y servicios culturales. El sistema de compraventa representa el motor económico que transforma las materias primas, los recursos naturales y la fuerza de trabajo en meras mercancías. El trabajo vivo es la fuente de valor máspreciada y vilipendiada a la vez. Los ecosistemas, donde anidan los bienes comunes como agua, tierra, subsuelo y biodiversidad, entre otros elementos vitales para la reproducción sociocultural, son privatizados y convertidos en mercancías para generar ganancias, no medios para la vida. Los bienes de la nación, como el petróleo, el gas, los minerales, pero también las empresas públicas y los servicios estratégicos para la reproducción social, como educación, salud y transporte son también carcomidos por la vorágine empresarial. No en balde, el ancho mundo es imaginado y programado como un mercado mundial, un mercado total, cuyos resquicios para la economía popular se restringen drásticamente. Los países, pueblos y comunidades que se resisten a incorporarse a la lógica del mercado, y que buscan alternativas de desarrollo popular y democrático, terminan por ser denostados y estigmatizados como reservorios anacrónicos, antidemocráticos o terroristas. Para apropiarse de territorios ricos en recursos naturales estratégicos, como el petróleo, gas o minerales, se emprenden guerras de conquista, en nombre de la democracia y la libertad; pero también se implementan programas de *shock* que desmantelan la soberanía nacional para transferir recursos y valor a favor de las grandes corporaciones.

El sistema de producción capitalista adquiere un ritmo frenético, descontrolado e ilimitado, que amén de arrasar con ecosistemas, formas de socialización, infraestructura y pautas culturales, arroja una miríada de mercancías que requieren realizarse en el mercado para garantizar el retorno de la inversión. Dicha expectativa sólo puede cristalizar con una demanda efectiva preexistente o construida ex profeso a fin de que los consumidores compren, si es posible de manera compulsiva, mercaderías diversas, incluso las que no necesitan para su vida cotidiana. Más allá de la mítica psicología del consumidor, se implementan técnicas de persuasión basadas en la publicidad, la propaganda, el periodismo y la mercadotecnia, cuyo cometido es vulnerar o penetrar el inconsciente colectivo para direccionar y administrar los patrones y hábitos de consumo (Klein, 2002). La ideología del mercado total propala la idea de que el mercado es el mecanismo de inclusión social, donde, así como en política

se reduce a la figura de elector, el ciudadano se reduce a la figura de consumidor. A mayor consumo, mayor inclusión social. El consumidor compulsivo no sólo adquiere mercancías, muchas de las cuales no necesita para su diario vivir, sino que también compra prestigio y estatus social, y adquiere símbolos e imágenes que le generan la sensación de pertenencia a la órbita mercantil. No sólo se trata de la persuasión, sino de políticas efectivas para difundir masivamente el crédito, a través, por ejemplo, de tarjetas de crédito y otros instrumentos financieros que pretenden atrapar a todos los segmentos de la población en la órbita del consumismo. Los excesos crediticios desembocan, con frecuencia, en burbujas especulativas y crisis financieras. Pero entre los pobres tiene el doble efecto negativo de atarlos a espirales de endeudamiento infranqueables, que los encadenan a esquemas de endeudamiento para pagar deuda, merced al agiotismo y usura galopantes; esto provoca una desmovilización, pues las familias viven bajo el acoso de la usura; pero, por otra parte, las deudas insolventes propician el despojo, pues los precarios bienes o posesiones de los endeudados son tomados a cuenta de cobro, por lo que los pobres pueden perder su precario patrimonio. El consumismo atado al endeudamiento familiar es una nueva forma de dominación económico-política, que se diluye bajo la especie de la inclusión mercantil. Como otro síntoma de la crisis civilizatoria, la sobreproducción está asociada a la destrucción del medio ambiente y a una fractura de la reproducción de recursos naturales, que se supone son renovables. La sobreproducción incluye el diseño de mercancías con una programada caducidad anticipada, sobre todo los dispositivos de alta tecnología, los enceres domésticos y los automóviles, con la intención de que el consumidor se vea obligado a reemplazar, en el corto o mediano plazo, los artículos para la vida diaria, la producción o el entretenimiento, es decir, bienes de producción y bienes suntuarios.

La civilización occidental se precia de ser heredera de una tradición democrática procedente de la cultura griega que ha cristalizado en Estados Unidos, donde se precian de ser demócratas y liberales. Desde el imperio, se exporta democracia. No obstante, la democracia realmente existente se constriñe al ámbito electoral. El sistema de poder ofrece, a través de los partidos políticos, una baraja de candidatos afines a los intereses del poder establecido para que la población, que no los tiene como sus representantes, sufrague por ellos. La ciudadanía es reducida a su expresión mínima, por lo que ritualmente es convocada a votar por los candidatos con mayor presencia o carisma, virtudes que son enaltecidas por meticulosas campañas de persuasión mediática, donde la imagen personal de los políticos encubre las ideas, proyectos e intereses que en verdad representan. Una vez traspuesto el ritual electoral y sancionado por

las instituciones electorales, para conferirle su dosis de legalidad, la ciudadanía se repliega y atestigua con complacencia, indiferencia o disimulo el ejercicio discrecional de quienes pretenden ser sus representantes populares que colman los puestos del poder político. Para “legitimar” al sistema de poder, la ciudadanía es convocada, de nueva cuenta, para ejercer el voto a favor de los neoliberales y, a lo sumo, a ejercer un “voto de castigo” o un “voto nulo” como expresión de descontento ante la clase política. Bajo la democracia neoliberal, la diferenciación entre derechas e izquierdas ha perdido sentido, porque la mayoría de los contendientes atienden a un patrón común y se respaldan por estrategias de mercadotecnia política, no por alianzas sociales acordes a proyectos políticos que representan a sectores específicos de la sociedad. Las formas de participación política no contemplan un llamado a la organización y a la acción social para cambiar las estructuras de poder e instaurar un gobierno que, en efecto, represente los intereses concretos de la ciudadanía, o más aún, de clases, movimientos y sectores sociales.

Las grandes industrias del espectáculo y la información han diseñado una multiplicidad de actividades culturales de difusión masiva y alta rentabilidad que descansa en la idea de que el tiempo libre y el acceso cultural de la población tiene que ser mediado por el entretenimiento. De este modo, los bienes culturales musicales, cinematográficos, televisivos, radiofónicos, teatrales, literarios, periodísticos y demás, son constreñidos a la esfera de la frivolidad, el esparcimiento banal y la recreación desenfrenada. A esta ola también se suman los nuevos dispositivos electrónicos de las tecnologías de la comunicación y la información, como el internet, las redes sociales, los teléfonos celulares y los juegos electrónicos. La masa inerme formada por el gran público infantil y juvenil, aunque también el adulto, son distraídos de su cotidianidad, de sus problemas inmediatos y de los grandes problemas nacionales, para buscar la diversión. Rehuir la realidad mediante el entretenimiento y delegar en los políticos profesionales la solución de los problemas, parece ser la fórmula secreta de la enajenación posmoderna.

No obstante que el globalismo arenga sobre la homogeneización cultural para reforzar la adopción de preceptos universales y patrones consumistas, merced al imperialismo cultural, también promueve ideologías o pautas nacionalistas, regionalistas y localistas, según el contexto, que son complementarias a la ola expansiva del consumismo (Klein, 2002). Por una parte, el internacionalismo del gran capital que tiene una vocación expansionista y un interés por extender las redes del capital global y, por la otra, el nacionalismo que sirve para cohesionar los ámbitos de poder de los gobiernos subdesarrollados y mantiene vigente la necesidad de controlar políticamente

a la fuerza de trabajo y disponer el entramado institucional como pista de aterrizaje para la inversión extranjera, ambos elementos no dejan de ser contradictorios, pero al mismo tiempo complementarios. Desde la óptica del capital, las grandes corporaciones multinacionales, cuya base operativa está instalada, las más de las veces, en los países centrales, emprende campañas para conquistar territorios en el mundo, y, de cierto modo, son emisarios culturales de las ideologías de sus países, pero reclaman que las sociedades de destino no opongan resistencias culturales y políticas, y más aún que adopten sus pautas. No obstante, en los países centrales cierran fronteras a la inversión y mercancías procedentes de las periferias cuando perciben una amenaza comercial o económica, y también cierran fronteras a la fuerza de trabajo procedente de la periferia a fin de menguarla, seleccionarla y predisponerla a aceptar condiciones de sobrexplotación.

A fin de resguardar los grandes intereses establecidos, las élites económicas y políticas, concentradoras de poder, capital y riqueza, promueven ideologías, formas de pensamiento y opiniones que pretenden legitimar, incluso naturalizar, su supremacía, con lo cual se justifican, al menos en el discurso, las ominosas desigualdades sociales. El pensamiento dominante cierra el paso, en todo momento, a las visiones del mundo alternativo que pretenden impulsar proyectos de transformación social a favor de los pueblos oprimidos, excluidos y explotados. Los valores culturales de la modernización neoliberal son los de la democracia electoral, el libre mercado y el entretenimiento adocenado. Frente a las ideas del cambio social, consideradas como utopías irrealizables, o la pretensión de ensanchar los derechos humanos, constreñidos a los derechos de propiedad, irrumpe la imaginaria de las marcas que propalan la jerarquía de las grandes corporaciones multinacionales, la iconoclasia del mercado que rompe con las ideas de los modos de vida y trabajo populares. El poder comunicacional, encarnado en los grandes medios de comunicación (prensa, televisión, cinematografía), configura una comunidad comunicativa que difunde los valores y principios hegemónicos y excluye aquellos que pudieran significar preceptos alternativos o contrahegemónicos.

Las ínfulas discriminatorias y xenófobas victimizan, señalan y segregan a los contingentes poblacionales más vulnerables. La globalización neoliberal ha despojado a amplios sectores poblacionales, y a grandes segmentos los ha forzado a emigrar, en calidad de fuerza de trabajo barata. No obstante, los migrantes provenientes del llamado Sur global son discriminados y motejados como bárbaros, *aliens*, invasores que representan una amenaza a la civilización occidental de los países centrales. Bajo el apotegma de la seguridad

nacional y en previsión de esa supuesta amenaza invasora, los gobiernos conservadores erigen muros físicos, como el que divide Estados Unidos de México o Israel de Palestina, resguardados por fuerzas militares y policíacas que dicen combatir al terrorismo y a la migración por igual. Fronteras adentro, grupos xenófobos, medios de comunicación racistas y gobiernos derechistas estigmatizan a los inmigrantes y los catalogan como enemigos públicos. Las cárceles están atestadas de inmigrantes y las redadas y deportaciones son nota habitual en los medios de comunicación. La criminalización de los migrantes, más allá de discriminación y xenofobia, tiene el propósito de acotar y dividir los poderes social y político de los inmigrantes multinacionales y de abaratar su fuerza de trabajo, al punto de reducirlos a su condición de trabajo vivo, es decir, personas con derechos humanos y ciudadanos mínimos, cuando no inexistentes.

En los márgenes, la subalternidad

En los márgenes de la cultura dominante o en espacios que suelen ser invisibilizados o menospreciados se producen y reproducen diversas configuraciones culturales propias de los sectores subalternos de la sociedad, una cultura que puede ser designada como popular, por estar enraizada en el pueblo, es decir, en los sectores sociales que no forman parte de las élites sociales, por no ser poseedoras de medios de producción ni detentar el poder político. Se trata de clases sociales cuya característica común es que sólo disponen de su propia fuerza laboral para subsistir, pero también de capacidades críticas y creativas que producen pensamientos, ideas, prácticas y tradiciones de auténtica raigambre popular. Estos grupos sociales están formados por los indígenas, campesinos, obreros, trabajadores de los servicios, trabajadores informales, pero también por trabajadores intelectuales, académicos, científicos y tecnólogos. La subalternidad está compuesta por una amplia gama de sectores sociales que viven primordialmente de vender su fuerza de trabajo, pero lo hacen desde posiciones muy distintas en la división social del trabajo. En primera instancia, la gran separación se da entre el trabajo inmediato y el trabajo intelectual. Tal diferenciación contribuye decididamente para que la compactación de una visión unificada de los subalternos se contraponga a la hegemónica en un proyecto cultural contrahegemónico.

Pese a compartir un punto en común, la condición asalariada, estos conjuntos o clases sociales desarrollan identidades y prácticas tan dispares que terminan por diferenciarse notablemente dentro de la dinámica estructura social, al punto de convertir en irreconciliables sus visiones del mundo. El

punto teórico crítico es descifrar a qué intereses o fines sirve la producción cultural de los grupos subalternos: ¿están inscritos en la órbita de la cultura hegemónica o proponen generar nuevas formas culturales?

La cultura subalterna se divide, a su vez, en alienada y crítica. Buena parte de los sectores subalternos permanecen alienados bajo el influjo de la cultura dominante. Aceptan de buen grado o compelidos por las exigencias del diario vivir el sistema de valores y prácticas dominantes. Y, más aún, se empeñan en reproducirlos. En menor medida, existen sectores subalternos que, al no encontrar esperanzas de mejorar sustancialmente su posición social, anhelan mejores condiciones de vida y trabajo, al amparo de nuevas pautas de organización social. Estos sectores logran forjar una conciencia crítica sobre el funcionamiento del sistema de acumulación y de poder imperantes, y llegan a formular proyectos de sociedad y de vida comunitaria alternativos, por lo cual a la crítica añan la capacidad creativa. Sin embargo, entre los sectores alienados y los potencialmente emancipados existe una compleja multiplicidad de divisionismos de todo tipo —territoriales, generacionales, de género, religiosos, étnicos y laborales— que propician que las posiciones entre los grupos subalternos oscilen ambiguamente entre la conformidad y la crítica, la aceptación y el cambio.

Rutas subalternas: alienación o crítica

La cultura hegemónica dispone de múltiples recursos para su propagación. En la cresta de la ola generada por las nuevas tecnologías de la comunicación y la información se han ajustado los términos de lugar y tiempo en un espacio cibernético que celebra la simultaneidad, una coordinación social del trabajo en tiempo real que posibilita la sincronía de las operaciones comerciales, productivas y financieras. El control cibernético y digital despierta expectativas en torno a una llamada nueva economía, incluso de una nueva era, de un capitalismo regido por el control informacional. La computadora es el nuevo dispositivo articulador de los esfuerzos del trabajo conceptual y el trabajo vivo; las ciencias de la informática y las comunicaciones, sintetizadas en la telemática, el nuevo conocimiento regulador de las relaciones sociales; y el internet, la red de comunicación que convierte en prescindible el encuentro cara a cara y reconfigura las formas de socialización y soporte mutuo bajo redes ya no sociales sino digitales.

La proliferación de gobiernos tecnocráticos consecuentes con las políticas neoliberales copaba la escena electoral y tensaba lazos de colaboración con las instituciones financieras internacionales, como el Fondo Monetario Inter-

nacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, que prescribían reiteradamente un mismo y único recetario “responsable” para gestionar la economía a través de las pistas del mercado mundial. La noción de economía se reduce, entonces, a la gestión de espacios de valorización para el capital global. Según los ideólogos, la economía de mercado era la anticipación del mundo feliz o, cuando menos, el fin de la historia. La utopía capitalista del periodo de entre siglos.

No obstante, las nuevas tecnologías, los nuevos mecanismos regulatorios de “libre mercado”, los gobiernos tecnocráticos y las políticas de mercado, resultaron insuficientes o incapaces para delinear los contornos de una nueva sociedad prospera procreada por la utopía del mercado total. La recurrencia de crisis sucesivas recordaban que la economía mundial estaba controlada por grandes monopolios internacionales, gobernada por Estados imperiales, tutelada por organismos supranacionales, endulzada por industrias culturales y regida por mecanismos espurios. La depredación de los recursos naturales, la sobreexplotación de los trabajadores y las burbujas especulativas son los signos de la utopía falaz. Las crisis se suceden unas a otras, y los signos vitales del capitalismo mundial anuncian, una vez más, el sobrecalentamiento de la financiarización, la pauperización de los trabajadores, la degradación del ambiente y la expansión de la inseguridad humana.

La mayoría de las clases sociales, especialmente el proletariado y el campesinado, está subsumida por el modelo de acumulación y el sistema de poder. Los sectores subalternos padecen exclusión o un acceso desigual a los medios de producción y subsistencia, y a los bienes y servicios culturales. Los grandes medios de comunicación, que representan el poder comunicacional, inoculan en las colectividades ideas, imágenes e información que deforman el pensamiento subalterno y enajenan a la sociedad, de modo que pierden la noción sobre las adversidades que padecen y las formas de afrontarlas, incluso generando conformidad con el sistema de poder. Ello es posible porque la cultura dominante, neoliberal, se anida en los sectores oprimidos, y logra asumirse como referente del sentido común.

El imaginario colectivo y el sentido común popular terminan por ser convulsionados, deformados y travestidos con esquemas de pensamiento impropios de la condición de clase de los sectores subalternos, pues responden al ideario inoculado por intelectuales, comunicadores y mercadólogos. La enajenación del pensamiento social, la colonización de la conciencia colectiva y las diversas formas de la falsa conciencia configuran la visión dominante sobre el mundo en que vivimos y logran despojar a los pobres de la conciencia de sí mismos. Este punto es capital, pues la toma de conciencia social, entender la

posición y el papel dentro de la estructura social, es un requisito indispensable para construir una cultura política movilizadora, que además de trastocar las imposturas, sea capaz de afrontar el enorme desafío de promover procesos de transformación social, para que desde una rica subjetividad emancipatoria se imagine otra cultura u otro mundo posible. El trabajo conceptual, que conjuga la creatividad de intelectuales, científicos, tecnólogos, investigadores y artistas, resulta un trabajo de enorme importancia, pues contribuye, eventualmente, a analizar, develar e informar a los movimientos sociales, sindicatos, partidos políticos y organizaciones sociales interesadas en dotar de fundamento científico y teórico al conocimiento formador de conciencia. En correspondencia, es vital que los sectores sociales de la transformación muestren interés por el autoconocimiento y las formas de organización autónomas, independientes y democráticas, valores inapreciables para configurar instancias de participación volcadas a promover alternativas de desarrollo.

Los partidos políticos han sido destacados como las estructuras más pertinentes y eficaces para cristalizar la organización social, valga decir, para organizar a la masa informe que de antemano está desorganizada. En realidad, los partidos políticos, los mismo en los países centrales que en los periféricos, atraviesan por una severa crisis de representatividad y, en última instancia, de legitimidad, pues en lugar de cumplir el papel de organizadores y representantes de sectores específicos de la sociedad, como pudieran ser los trabajadores, las burocracias políticas terminan por representarse así mismas, aunque invoquen, y a menudo lo logran, detentar el monopolio de la representación social. La llamada clase política utiliza a los partidos políticos para usufructuar el monopolio de la representación y del acceso a puestos del poder político y la administración pública, sustraer partidas fabulosas del erario, gozar de privilegios y fama pública y, lo más importante, negociar en todo momento con el poder económico representado por las grandes corporaciones, los poderes fácticos y parcelas del crimen organizado, a fin de coaligar y tutelar los intereses de los potentados, y con ello acceder a prebendas y canonjías. De esta manera, se genera la imagen de que los poderes económicos y fácticos “capturan” parcelas del Estado, como si el interés del capital fuera ajeno a la estructura nuclear estatal. El pueblo, los pobres, las clases subalternas están excluidos, de antemano, del pacto político de la oligarquía. Las minucias que los gobernantes destinan a los menesterosos, como programas asistencialistas, no logran, ni siquiera, articular un programa populista. Por lo tanto, la representación directa del pueblo sólo puede ejercerse por el pueblo mismo, atendiendo a su matriz cultural, pero buscando renovarla y orientarla hacia formas organizacionales autónomas

del Estado e independientes de los partidos políticos y grupos de interés, que sólo representan los intereses elitistas.

El discurso político, los medios de comunicación y los teóricos de la transición, han reducido intencionalmente la noción de cambio a la alternancia electoral, cuyo curso consiste sólo en el reciclaje de los personajes de la clase política respaldados por los partidos políticos que ejercen por turnos la titularidad del poder político y la administración pública, pero resguardando un programa de gobierno común, de corte neoliberal. El reciclaje de la clase política, es, por lo tanto, la idea más acabada de democracia para los ideólogos del sistema. La meta de cambiar las estructuras del patrón de acumulación y del sistema de poder, es decir, modificar las relaciones de explotación y dominación prevalecientes, que empobrecen y excluyen a la mayoría de la población, están ajenas a esta consideración. Esto es así porque el cambio estructural posibilitaría reorientar los esfuerzos sociales abocados a la generación de riqueza como basamento para redistribuir los frutos del trabajo humano (del trabajo inmediato y el trabajo conceptual) mediante criterios de equidad y justicia social, en tanto que el cambio del sistema de poder permitiría, eventualmente, instaurar un gobierno que, en efecto, represente los intereses concretos de la ciudadanía, de la soberanía popular, y que permita la participación de sectores específicos de la sociedad, más allá del pacto elitista, a fin de que, en conjunto, pueda cristalizarse la democracia social, palpable en el mejoramiento de la calidad de vida.

Asumida con beneplácito o indiferencia, la ciudadanía mínima es la proposición que el poder hace al pueblo: ser menos y contribuir más. Cuando el conformismo prevalece, las expresiones de malestar e inconformidad no logran movilizar a la sociedad, porque han sido desarticuladas o pervertidas las relaciones de soporte mutuo y las organizaciones, como los sindicatos, los partidos políticos y los movimientos sociales. Múltiples formas de conformismo y colaboracionismo prevalecen entre los sectores subalternos con los poderes, aún a sabiendas de que los actos del poder dañan las condiciones de vida y trabajo de la población, pero la inconciencia social es capaz de deformar o enajenar el pensamiento y pulverizar o distorsionar la acción social y política. Por derivación, también persisten formas de apatía y de cinismo en los sectores sociales más inamovibles y conformistas.

La subalternidad ancestral tiene un remanso en el pensamiento mágico muy próximo a la religiosidad popular o la cultura piadosa que confía sobremanera en fuerzas supremas, sobrenaturales, como las divinidades, o deposita sus esperanzas en los poderes terrenales, en personajes encumbrados del poder político que hacen gala de retóricas demagógicas capaces de persuadir

a los creyentes y de convencerlos de que con la sola voluntad de los gobernantes es posible modificar el estado de cosas y resolver los problemas particulares de los individuos, familias y comunidades. Ante la agudización de problemas terrenales y cotidianos, la invocación a poderes supremos renueva una esperanza de alivio, sin necesidad de asumir por cuenta propia la solución de los agravios. La religiosidad administrada por las diversas iglesias y otras formas de religiosidad popular significan una suerte de medicamento autoadministrado para perpetuar las desigualdades. El pensamiento mágico es celebrado por gobernantes, teólogos, comunicólogos e ideólogos en la medida en que es un sucedáneo de la cooptación y la coerción, del control político de la población.

El ensimismamiento de las llamadas culturas populares de ascendencia rural, como las referentes a grupos indígenas y campesinos, y de construcción identitaria urbana habitualmente marginados, por ejemplo, grupos juveniles o “tribus urbanas”, terminan por desdoblarse prácticas autorreferenciales que pueden arropar las más variadas expresiones de la praxis, desde la sumisión y el consentimiento hasta la resistencia y la rebelión. Los primeros terminan por ser funcionales al orden sistémico; los segundos avizoran otros mundos posibles. No por nada, la sociedad profunda, indígena y campesina es, hoy por hoy, la matriz de los grandes movimientos sociales latinoamericanos.

Los teóricos y políticos del desarrollismo difunden prescripciones para consumo de la subalternidad, como el desarrollo local, el combate a la pobreza o las remesas como instrumentos del desarrollo, no tanto para reconvertir las condiciones de subdesarrollo sino para procrear nuevos ámbitos mercantiles en las zonas marginales, generar nuevas fuentes de apropiación de riqueza y recursos naturales y, en definitiva, de integrar a los sectores subalternos a la hegemonía económica, política y cultural de las élites.

Para ensanchar sus ámbitos de poder, los gobiernos y los partidos políticos pretenden, en todo momento, cooptar a los movimientos y organizaciones de la sociedad civil. De este modo, las organizaciones pierden autonomía frente al Estado e independencia frente al sistema de partidos. Al dejarse cooptar o subordinar por esas instancias, las organizaciones sociales se debilitan y pierden la voluntad de promover cambios en el entramado estructural e institucional. Entonces prevalece la agenda política de los poderes establecidos. Persuadidos por consignas como el diálogo y la negociación, verdaderos eufemismos para justificar la cooptación, los liderazgos sociales sucumben ante la seducción oficial y pierden la oportunidad de promover avances progresistas, ya no digamos revolucionarios, en la sociedad, a cambio de escalar posiciones en la estructura del poder o de acceder a recursos públicos.

Compelidos por la indignación y por la reivindicación de demandas económicas o políticas coyunturales, los grupos subalternos más radicales articulados en movimientos u organizaciones más o menos establecidas suelen recurrir a estrategias de lucha como marchas y plantones que cumplen el propósito inicial de llamar la atención sobre las demandas particulares, pero que a la postre no afectan los designios del poder, incluso las protestas suelen ser usadas como pretexto para aplicar medidas represivas contra los manifestantes y endurecer la posición gubernamental ante la posible emergencia de protestas similares. La protesta social preñada de fuerte indignación suele ser espontánea, sin un programa bien articulado y con reivindicaciones que fácilmente pueden ser respondidas o ignoradas por el poder público. En última instancia, la movilización social que recurre a estos métodos de lucha significa una pérdida de energía social. Sin embargo, también dejan sembrada la semilla de la conciencia social y la necesidad de una organización social más perdurable que se anteponga tomar el poder para ejecutar procesos de cambio estructural.

No es tan obvio decir que la cultura alternativa dimana de los sectores subalternos, pues a menudo estos sectores están obnubilados por la hegemonía político-cultural. Por lo tanto, son los sectores críticos de la subalternidad quienes están conscientes, no sólo de su condición social, sino también de que los mecanismos e intereses del sistema de poder y el modelo de acumulación dominantes no representan un espacio social incluyente. No es osado, entonces, decir que sólo a partir de la conciencia social será posible advertir la necesidad del cambio estructural, más allá de las socorridas reivindicaciones cortoplacistas o efectistas, que, quizá contra los que se pretende, terminan por legitimar al sistema (Roitman, 2012).

Pautas de homogeneización global

En el contexto del desarrollo desigual que establece una clara diferenciación entre los centros y las periferias del sistema capitalista mundial, y dentro de cada una de esas demarcaciones la diferenciación entre clases sociales dominantes y subalternas, acontece una suerte de intercambio cultural desigual, correlativo al intercambio desigual en términos económicos y ambientales. Es decir, a la transferencia de excedentes por vía del pago de la deuda, la remisión de ganancias, el pago de renta tecnológica, el extractivismo de recursos naturales y la sobreexplotación del trabajo a favor de los grandes capitales basado en los países centrales, el intercambio cultural desigual se refiere a los mecanismos de dominación ideológica y al comercio desigual de bienes

y servicios culturales, lo cual incluye a las industrias de la comunicación, la información y el entretenimiento, así como a la organización del trabajo científico y tecnológico. En este esquema, los centros del sistema generan ideas, valores y prácticas que acompañan la estrategia de expansión del conglomerado industrial, financiero y comercial que se extiende en forma de red por el orbe. Los gobiernos de los países periféricos, afines a los intereses metropolitanos, difunden los principios del capitalismo neoliberal para justificar la primacía de los intereses corporativos y el desmantelamiento del sistema de subsistencia, la economía popular, el Estado social y la responsabilidad social del capital.

Los grandes medios de comunicación, como CNN, Fox, entre otras cadenas, producen y comercializan los contenidos audiovisuales que se sintonizan a nivel global mediante los sistemas satelitales y televisiones de paga. Con su programación, logran el propósito de poner en una misma sintonía a públicos diversos ubicados en distintas latitudes, que no comparten necesariamente los mismos problemas e intereses. La gran industria de la comunicación difunde los valores del capitalismo triunfante: individualismo, libre mercado y democracia electoral, asimismo logra descontextualizar a sus vastos públicos y desconectarlos, al instante, de su realidad inmediata, para remitirse al goce pasajero que le brinda una estrategia comunicacional frivolidada, vaporosa y efectista. El modelo ideal del capitalismo estadounidense, y toda la mitología que la soporta, se difunde subrepticia o tácitamente, al punto en que los desprevenidos auditorios toman como referente de la cristalización de sus propios intereses la imitación del modo de vida estadounidense, y paulatinamente se toma distancia de la realidad propia.

A su manera, los medios de comunicación de las periferias, como los consorcios O'Globo de Brasil y Televisa de México, producen contenidos televisivos banales que pretenden adormecer y persuadir a sus televidentes bajo mitos rebuscados como el enriquecimiento súbito de una joven pobre que se engancha sentimentalmente con un desorientado niño rico, o con las supuestas hazañas de deportistas que persiguen, a su vez, más que triunfos atléticos, nuevos y más jugosos contratos publicitarios. Es paradójico el hecho, por ejemplo, de que en las localidades más remotas de países latinoamericanos se difundan los resultados de equipos de fútbol primermundistas, como Barcelona o Manchester United, como si en los países sedes de esos equipos existiera un mínimo interés por conocer, por ejemplo, el resultado deportivo de las Chivas de Guadalajara, Boca Juniors de Buenos Aires o Alajuela de Costa Rica. Un resultado de 3-2 entre Barcelona y Real Madrid logra cimbrar a un número insospechado de fanáticos apegados a las pantallas en Latinoamérica,

pero seguramente un 2-1 entre Chivas y América no logrará el más mínimo detenimiento entre los espectadores europeos. El imperialismo cultural no tiene límites.

Las grandes corporaciones discográficas, como Universal, RCA, además de que absorben a otros sellos discográficos, determinan los géneros musicales y los compositores e intérpretes que habrán de difundirse y comercializarse mundialmente. Las cadenas radiodifusoras programan, preferentemente, a los artistas catalogados por las empresas discográficas, amén de que se organizan giras mundiales de conciertos masivos respaldados por fabulosas campañas publicitarias que también impulsan oleadas de comercialización de mercancías alusivas. En estos circuitos deambulan grupos que son verdaderas marcas comerciales, como Rolling Stones, U2, Madona y Lady Gaga. Los devotos fanáticos adoptan a los músicos como sus ídolos o modelos culturales ideales, al propio tiempo en que adoptan formas de vestir y comportarse, formas de pensar y convivir. La importación inmisericorde de patrones culturales reconfigura, de raíz, las subjetividades. Las nuevas generaciones son más susceptibles a su influjo. Por ejemplo, muchos jóvenes de los países periféricos adoptan ciertos comportamientos, bajo la impronta de “tribus urbanas”, como *punketos*, *roqueros*, *escatos*, *góticos*, *emos* y demás denominaciones. La música comercial de las megaciudades europeas y estadounidenses se difunde afanosamente en todos los circuitos comerciales del orbe, y encuentra entre los jóvenes de las periferias uno de sus nichos de mercado más importantes. Lo contrario no sucede de ningún modo. En Londres, Nueva York o París no muestran gran interés por consumir con avidez las notas de la música mexicana, venezolana o colombiana, salvo el público inmigrante.

Las grandes editoras internacionales, como las españolas Santillana, Planeta y Prisa, van carcomiendo el mercado editorial latinoamericano y desplazando a sus competidores en cada país, que sucumben fácilmente, aunque perduran todavía, grandes editoriales nacionales, como el Fondo de Cultura Económica o Siglo XXI. No obstante, las editoriales latinoamericanas no han tenido la capacidad de distribuir sus producciones en América Latina, como si lo tienen las españolas. Pero estas compañías seleccionan a los autores y títulos que se distribuyen entre el gran público lector. Estos autores están cobijados por promotores culturales que buscan, antes que la calidad editorial, garantizar altos márgenes de venta. Las voces nacionales no incursionan en un mercado multicultural latinoamericano. En gran medida, los autores ibéricos tienen una difusión desmesurada, sin que por ello estén respaldados en términos de calidad literaria. Los grandes premios literarios, respaldados por fuertes sumas de dinero, están reservados a los autores privilegiados dentro de los catálogos

manejados por los promotores culturales, y no son resultado de escrupulosos dictámenes. De antemano, los premios se conceden a autores enriquecidos y laureados, que garantizan altas ventas, como Vargas Llosa o Fernando Savater, que ganan, una y otra vez, cuanto premio internacional y acaudalado se dé a conocer. El uso idiomático literario y académico está sujeto a ciertas imposiciones de la Real Academia de la Lengua Española a partir del español hablado en España, en detrimento del uso y recreación idiomática en América Latina, principalmente en México y Estados Unidos. Las editoriales españolas, que traducen y comercializan gran parte de la literatura producida originalmente en otros idiomas, emplea el español madrileño, de modo que pareciera que sucesos narrativos neoyorquinos, pekineses o londinenses tuvieran verificativo en Madrid, es decir, no se usa un español estándar accesible a la mayoría de hablantes de este idioma. No existe más un movimiento como el llamado *boom* latinoamericano, que catapultara los textos de Juan Rulfo, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar o Vargas Llosa, sino que ahora existen movimientos literarios mercadológicos, cuyos autores trabajan bajo contrato, y que en muchas ocasiones ganan premios sin haber terminado de escribir la obra laureada. La sobrerrepresentación, por ejemplo, de escritores españoles en América Latina, como los Pérez-Reverte o los Savater, y demás, que han sido inflados por sucesivas burbujas literarias, no se compara con la presencia de autores latinoamericanos en Europa, como tampoco de latinoamericanos en la propia América Latina.

Una de las industrias culturales más penetrantes en el imaginario colectivo ha sido el cine manufacturado en Hollywood, donde se difunden imágenes estereotipadas según las usanzas ideológicas estadounidenses. Muchas industrias cinematográficas nacionales, que otrora gozaron de alguna reputación, como la mexicana, han sucumbido ante su influjo. Las carteleras están atestadas de estrenos filmicos estadounidenses, con escasa presencia del cine europeo, nula presencia del cine asiático, oriental, australiano, y lo que es peor, nula presencia del cine latinoamericano y escasa, raquítica del cine mexicano, que ya no tiene una identidad propia, pues pretende imitar al cine hecho en el vecino país del norte. Huelga decir que el llamado cine de arte o cine de autor está confinado a unas cuantas salas, donde se dan cita los cinéfilos, sobre todo en las cinetecas o clubes de cine universitarios. Los premios y festivales cinematográficos han sido diseñados para seleccionar a las cintas de mayor proyección comercial, y para ejercer, de manera encubierta, una censura ideológica. El más destacado de ellos es los premios Oscar, que son una suerte de autoelogio del cine estadounidense que se concibe a sí mismo como superior a la producción internacional.

Los referentes históricos y culturales están ubicados en Europa, donde se concibe que ahí está ubicado el pensamiento y la cultura occidental, con cuna en Grecia, después en Roma y, después en la metrópoli, España. Con esos referente se despliega un pensamiento subalterno, que desconoce la riqueza del pensamiento latinoamericano y el saber y cultura populares. Por mucho tiempo en América Latina se ha ignorado la producción científica y cultural que se produce en la región para adoptar, acríticamente, las formas de pensamiento provenientes del norte, de la metrópoli, del centro del sistema mundial. En las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta, floreció un pensamiento crítico latinoamericano, en las ciencias sociales y la filosofía. De ello dan cuenta las teorías de la dependencia a través de las obras de Dos Santos, Hinkelammert, Dussel y Marini, incluyendo al egipcio Amin; o el estructuralismo enarbolado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) con las obras de Prebisch, y la teología de la liberación. Además de constituir expresiones originales del pensamiento, fueron referentes inigualables para entender nuestras propias realidades, sin pensar con anteojeras o con conceptos importados. Sin embargo, con la imposición del neoliberalismo, desde los años setenta y ochenta, se implanta, a su vez, un pensamiento único, de raigambre neoclásico y neoliberal, que reniega de todo el pensamiento crítico y destierra, prácticamente, de las aulas universitarias a las teorías latinoamericanas y al pensamiento crítico representado, por ejemplo, por el marxismo. En lugar de ello, se trasplantan conceptos y formas de pensamiento diseñados en los *think tanks* del primer mundo y se adoptan expresiones débiles, como el posmodernismo y el posestructuralismo, que descontextualizan y relativizan la realidad. De este modo, por ejemplo, se desconoce la lucha de clase, para hablar ahora de capital social; se deja de hablar de explotación, para hablar de emprendimiento; se descataloga el término de soberanía, para hablar de globalización; se deja de lado la noción de emancipación, para hablar de competitividad; se posterga la idea de desarrollo, para hablar de libre mercado; se conculca el Estado social, para implementar la economía de mercado; se cancela la idea de bienestar, para hablar de ajuste estructural, y así por el estilo. Bajo esa tónica o moda académica y científica, el reconocimiento y el prestigio proviene de repetir esquemas conceptuales y categoriales y recomendar las políticas enmarcadas en las consejas de Washington o que sean amigables con el mercado, que respondan a los intereses de las empresas, no a los intereses sociales.

La calidad educativa se mide según se formen capacidades y habilidades entre los educandos, que se están modelando como un “capital humano” accesible al capital corporativo, se trata de una emergente fuerza de trabajo

habilitada técnicamente, con una mínima o nula formación humanista, sin un sentido de la filosofía, la ética y la historia. Un pueblo así formado es fácilmente gobernado según los dictados del capital. Los programas de educación pública, al igual que los de salud, están ubicados en la primera línea de los programas de “austeridad” dictados por los organismos financieros internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, para implementar programas de rescate a favor de inversionistas especulativos, bancos de inversión, bancos privados internacionales y diversos fondos de inversión. Hacia esos sectores se canalizan ingentes recursos, así como para garantizar infraestructura a las corporaciones multinacionales. Los recortes afectan a campesinos, artesanos, pescadores, microempresarios, desempleados, pensionados y trabajadores desregulados, que no merecen ningún programa de rescate.

La subsunción del trabajo científico-tecnológico es un hecho por demás conspicuo. Las tecnociencias y las ciencias de la comunicación están orientadas, de manera primordial, a expandir los ámbitos de acción y dominio de los conglomerados empresarial, financiero y militar que tejen una red corporativa en el globo. Para ese fin, las ciencias de la comunicación y la información están transgrediendo los límites espacio-temporales a fin de ensanchar los ámbitos de dominio del dinero y el poder. Pero no se trata de un poder de penetración autónomo, sino que la implementación de estas nuevas tecnologías está respaldada políticamente por los gobiernos que desregulan los mercados. Asimismo, el trabajo científico-tecnológico, cuyas agendas de investigación podrían gozar de autonomía, incluso orientarse a resolver los “grandes problemas sociales”, ahora están condicionados por las fuentes de financiamiento, públicas y privadas, que impulsan proyectos específicos vinculados a necesidades concretas del sector empresarial. Los investigadores, científicos y tecnólogos, pero también los intelectuales y artistas, están siendo acotados en su trabajo, de modo que, de manera general, vuelcan sus energías creativas bajo los preceptos del sector corporativo. Las investigaciones con sentido social pierden relevancia, por ejemplo, no se aspira a la cura a epidemias que padecen poblaciones pobres, sino producir medicamentos que garanticen los retornos de inversión, o no se pretende producir alimentos inocuos, sanos y suficientes para saciar el hambre de toda la población, sino producir alimentos que coticen alto en las bolsas de futuros y que sean rentables en las burbujas especulativas. El trabajo de los científicos y tecnólogos más productivos de los países del sur está siendo captado y cooptado por las corporaciones, que financian sus proyectos de investigación e innovación, y los mejores resultados son apropiados y patentados por las corporaciones, que están interesadas en

introducir mejoras en sus productos y ganar la carrera competitiva intracapitalista. Este mecanismo ha generado lo que se conoce como “maquiladoras científicas”, pero también la llamada “fuga de cerebros” en la medida en que personal altamente calificado de los ámbitos de la ciencia, la tecnología, la academia, las artes y la intelectualidad, incluso de otras ramas, como la deportiva, están emigrando hacia los países centrales para encontrar mejores condiciones para el despliegue de sus capacidades conceptuales, no obstante que en muchos casos tienen que incursionar en puestos laborales degradados y mal pagados.

El uso masivo de internet, sobre todo entre las nuevas generaciones, que recurren a las redes digitales, como facebook y twitter, como nuevas formas de comunicación interpersonal, y la telefonía celular, generan la sensación de una súbita incorporación a una nueva oleada de desarrollo tecnológico con carácter democratizante. Los usuarios de estos dispositivos y procedimientos se sienten partícipes de un espacio de comunicación horizontal, sin restricciones ni censuras. Si bien es cierto que en el ciberespacio se ha logrado, hasta cierto punto, romper el cerco informativo de los esquemáticos y rígidos medios de comunicación masivos, y que se han establecido vínculos organizacionales para algunos movimientos sociales alternativos, sobre todo de jóvenes, también es verdad que el uso mayoritario de estos recursos es para el entretenimiento y el ocio, por tal razón circula todo tipo de mensajes e informaciones banales e irrelevantes. Y en muchos sentidos, estos medios también se han convertido en una extensión de las pautas culturales adocenadas de las industrias de la comunicación y el entretenimiento. Además de que los recursos de internet, por ejemplo Wikipedia, han sustituido el esfuerzo estudiantil de investigar en bibliotecas los temas escolares y ha reemplazado los informes escolares en un simple ejercicio de imprimir sin leer, o de copiar y pegar, por lo que el plagio está representando el género escolar más pujante. Más aún, las tecnologías de la comunicación y la información, más allá de su servicio para el entretenimiento, está cumpliendo un papel crucial para soportar la estrategia de expansión en red del conglomerado de capitales industriales, financieros, comerciales y militares. Son un baluarte para la maximización de las ganancias y la minimización de las pérdidas. La propia industria del software y el hardware representa una inapreciable fuente de ganancias, dado que la difusión de los equipos de cómputo, consumibles, paquetes y programas operativos representan uno de los principales capítulos de los presupuestos públicos y privados. Atrás de la marca comercial de los emporios Microsoft y Appel se incuban también redes de producción a nivel mundial, donde se involucran formas de superexplotación.

En el ámbito político, existe un plegamiento hacia el discurso y programas conservadores de derecha. El modelo proviene de las campañas de mercadotecnia política que presentan a los candidatos como una mercancía más y al votante como un cliente o un consumidor que se ve en el dilema de elegir a la mercancía con mejor presentación personal, con una vestimenta de fino corte, un peinado aliñado, una sonrisa espejeante y un discurso efectista, aunque acartonado y repetitivo. En lugar de debate político, donde se develan los grandes problemas sociales y se dirimen políticas públicas, se discuten mediáticamente los resultados prefabricados de encuestas electorales proporcionadas por empresas que ofrecen sus servicios a la clase política con la garantía de arrojar datos favorables a quien los contrate. Los políticos modernos y carismáticos son aliados de las grandes empresas televisoras, respaldan los programas neoliberales y emiten discursos populistas. Existe un corrimiento de los políticos hacia el flanco derecho.

El saqueo no tiene límites. Los bienes comunitarios, los saberes ancestrales, la producción vernácula y la infraestructura natural es apropiada o despojada por los intereses corporativos mediante instrumentos como el sistema de patentes, que privatiza bienes y saberes colectivos que eran de uso gratuito para introducirlos a la órbita del mercado y asignarles un precio comercial.

Una de las pautas que mayor respaldo ha recibido es la de mercantilizar el patrimonio cultural, histórico y artístico. Las grandes cadenas hoteleras, restauranteras, líneas aéreas, agencias de viaje, apuestan por generar espacios de valorización en zonas arqueológicas, arquitectónicas, coloniales y playeras, donde se puedan concentrar vacacionistas.

Persuasión, cooptación y represión

Los mecanismos de persuasión, cooptación y represión del aparato estatal, con el respaldo del poder comunicacional, modelan una masa social conformista, despolitizada e indiferente, que permite, con su desdén sobre la política, el ejercicio despótico de los intereses corporativos del complejo empresarial, político y militar que detenta los hilos conductores de las dinámicas de acumulación y dominación. Diversas estrategias de desinformación, banalización y entretenimiento van configurando al ciudadano como un *idiota social* (Roitman, 2012) que se imbuye en la televisión, el cine, los deportes y el internet, no como medios proveedores de conocimiento y arte sino como fuentes de información chatarra, conocimiento adocenado y entretenimiento fútil; un sujeto que abraza el consumismo como la norma suprema convivencial e identitaria, tal es el caso del prototipo del *joven universal* (Klein, 2002),

el consumista por antonomasia que ha sido prefabricado por mercadólogos, que predispone a las grandes masas consumistas a consecuentar pautas de consumo dictadas por las megaempresas, como Coca-cola, Nike, Wal-Mart, McDonald's, Microsoft y todo un tinglado de marcas que se valen, en el trasfondo, del trabajo esclavo del tercer mundo para comercializar mercaderías en grandes cantidades, con lo cual cierran el círculo perfecto de superexplotación del trabajo-consumismo adocenado-sustracción de ganancias extraordinarias; y el ciudadano mínimo que acude ritualmente a depositar su voto a favor de los personajes reciclados de la clase política que dicen representar los intereses del pueblo mediante estrategias de comunicación que reducen el debate a una especie de sociedad *teledirigida* (Sartori, 2000), pero que en el fondo conforman una coalición de intereses público-privados que armoniza la agenda neoliberal y catapulta los intereses del capitalismo corporativo. La configuración de una sociedad cuyas clases subalternas se van decantando como sujetos desinformados, sobreexplotados, consumistas y teledirigidos permite con suma facilidad consolidar el control político de la población y asentar los valores conservadores y la aceptación tácita de la agenda política neoliberal, que termina por ser inoculada en grandes parcelas del sentido común popular. La derechización, despolitización y desorganización de las sociedades es el mejor escenario para ejercer, desde los altos puestos del poder, el control político y económico de la población.

Empero, los sectores populares que buscan la liberación de estas cadenas de acumulación y dominación que reducen a las personas a insumo productivo y a seres enajenados que, sin mayores aspiraciones, responden a los dictados del mercado, generan sus propias formas de resistencia y rebelión. Una multiplicidad de movimientos sociales han tomado la palabra y diversas formas de lucha para decir "¡Basta!". Su aspiración no es ser trabajadores desregulados y precarizados, y concurrentes compulsivos del mercado, sino sujetos conscientes y emancipados de los dictados del capital corporativo; autónomos de las imposiciones estatales e independientes de los partidos deslegitimados. En América Latina se han registrado importantes movilizaciones que han venido consolidando un poder popular que en algunos casos han logrado ganar elecciones presidenciales, como el Movimiento de los Sin Tierra, en Brasil, que mantuvieron al líder sindical Lula da Silva en dos periodos; el Movimiento al Socialismo, con base en trabajadores indígenas cocaleros en Bolivia, que respaldan a Evo Morales; el Frente Amplio que impulsó a Tabaré Vázquez y José Mujica en Uruguay; las bases sociales y obreras que refrendaron a Hugo Chávez en Venezuela; en Ecuador el movimiento quechua impulsó a Correa; y el respaldo popular que ha recibido Néstor Kirchner y Cristina Fernández

en Argentina. En estos países, con distintos propósitos y alcances, se ha venido impulsando una agenda alternativa al modelo neoliberal rampante que sigue vigente, de manera descarada, en países como México, Colombia, Perú y Chile, amén de países cimbrados por golpes de Estado, como Honduras y Paraguay, donde las grandes corporaciones multinacionales gozan de paraísos laborales y fiscales, de recursos naturales baratos y desregulados, pero donde se incuba una condición social de degradación humana y ambiental que ha derivado en episodios de violencia extrema, como en México y Colombia, países sujetos a estrategias coercitivas y punitivas en contra de la población bajo el pretexto de la “guerra contra el narcotráfico”, lo cual termina por agudizar la inseguridad humana. Otros movimientos no han logrado el asalto al poder, como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), pero han puesto en el centro del debate algunas nociones de la ética política, como el principio del “mandar obedeciendo”.

Más recientemente, en Chile y México, como en España y Estados Unidos, emergen movimientos juveniles que cuestionan la agenda neoliberal que excluye a las juventudes de la educación y el trabajo dignos. El movimiento #YoSoy132 aparece en la escena política para cuestionar la imposición teledirigida de un presidente emanado del otrora partido de Estado, el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Este movimiento tiene la peculiaridad de cuestionar el poder comunicacional del emporio Televisa, con el respaldo de TV Azteca, que controla las mentalidades de la mayoría de la población mexicana mediante estrategias de desinformación y tergiversación de la información y la promoción de los intereses del capitalismo corporativo.

El *pathos* de la indignación tiene como fundamento la estrategia compulsiva de mercantilización de los bienes públicos y comunitarios que sustentan la vida de los pueblos, el despojo de medios de producción y subsistencia, la desregulación y precarización del trabajo, el deterioro de los sistemas de educación y salud pública, la corrupción sistemática de los poderes establecidos, la fractura del Estado de derecho, la crisis de representación del sistema de partidos, la imposición de programas de austeridad, la política de despidos y contención de salarios y prestaciones, la especulación con los alimentos, la imposición de cultivos transgénicos, el extractivismo de recursos naturales, la manipulación informativa, la corrupción de la clase política, la proliferación del desempleo y pobreza, la exacerbación de la discriminación y xenofobia, la conculcación de los derechos humanos, la criminalización de los marginados, la exclusión de los jóvenes, la espiral de la violencia criminal, los feminicidios, la migración forzada...; pero también tiene su detonante en el enriquecimiento ilícito de los gobernantes, la concentración de fortunas

desmesuradas en las élites, los privilegios de los jefes de la clase política, la corrupción de los dirigentes sindicales, la escalada de los capos criminales, la opulencia de los magnates de los medios de comunicación, el acaudalamiento de los beneficiarios de programas de privatización y despojo. En suma, las desigualdades sociales extremas.

Prolegómenos del cambio cultural y la transformación social

Para emprender un cambio cultural canalizado hacia la transformación social no bastan las buenas intenciones, sino que es necesario realizar mucho trabajo previo. En ese camino, es vital realizar una descolonización epistemológica, y por tal se entiende sacudirse de los esquemas de pensamiento, marcos conceptuales y programas políticos impuestos por el aparato ideológico-cultural euroestadounidense, que ha logrado imponer un sistema de pensamiento único (neoclasicismo, neoliberalismo, neoconservadurismo), pautas culturales (individualismo, consumismo, mercantilismo) y prácticas políticas adocenadas (electoralismo, corrupción política, fetichismo del poder).

El pensamiento liberador tiene que ser crítico del pensamiento dominante y de sus prácticas alícuotas, pero también autocrítico de los errores, fallas y debilidades de los movimientos sociales promotores del cambio sociocultural. Crítica y autocrítica están hermanadas. Para ejercer el pensamiento crítico es menester hacerlo desde el lugar donde se construye y enuncia el discurso, desde la propia realidad, plagada de contradicciones, para poder aspirar a otras formas de organización social, como puede ser el poder obediencial en lo político; el bien común en lo social; la economía para la vida y la diversidad en lo cultural. Un discurso teórico y políticamente transformador sólo podrá ser enunciado, con tamañas pretensiones, desde la otredad, desde la configuración social del pueblo, que da sentido y significado a los oprimidos, despojados, explotados, excluidos y pobres. No es un discurso populista, sino un discurso emancipatorio y constructor de nuevas avenidas para el desarrollo humano. Afincar una posición, una postura, a favor del pobre, que es la “fuente creadora de valor desde la nada del capital” (Dussel, 2007: 383), pero que está excluido del disfrute de los productos del esfuerzo social e institucional, es no sólo una postura política radical, frente a la primacía de intereses del gran capital, sino también una apuesta por la vida, por la reproducción de la vida humana en condiciones dignas.

Lo anterior amerita pensar en el problema del poder, cómo cambiar el mundo accediendo al poder, pero no bajo los preceptos de la democracia electoral, que simula la delegación de la soberanía popular en los personeros

de la clase política, sino en una resignificación de la política, de la cultura política como forma de vida, donde la ciudadanía esté bien informada, participe en la toma de decisiones, tenga la facultad de revocar el mandato y de ejercer mandato obediencial. Una renovación de la política necesita, a su vez, de una reconstrucción del Estado, no de un Estado coercitivo y punitivo que responda a intereses oligárquicos, plutocráticos o elitistas, sino de uno con carácter pluricultural y plurinacional, es decir, que no sea monocultural o unicultural, y que no reproduzca los mecanismos del colonialismo y la dependencia, sino que propicie ámbitos democráticos y libertarios.

Una tarea de tal envergadura reclama un diálogo intercultural donde sea posible la interpelación, el diálogo entre iguales, a partir de la dignidad y el reconocimiento del otro. El diálogo transformador lo entablan los sectores que critican a las oligarquías de cada pueblo, es decir, parte de una postura que reivindica a las clases, movimientos, sectores y comunidades oprimidos, a los pobres de la cultura, con el firme propósito de criticar la cultura. El diálogo transformador no prospera desde y a partir de la inteligencia, la intelectualidad, la comunicacionalidad, la academia y el poder de sabios que se empeñan en hacer el elogio y la apología de la cultura dominante, de la cultura de la desigualdad. No obstante, también es necesario el diálogo intercultural entre sectores oprimidos y dominantes, pero a condición de que sea un diálogo entre iguales, sin condiciones que previamente sojuzguen, sometan, acoten a los sectores oprimidos.

Pensar la modernidad que el capitalismo neoliberal nos ha impuesto como el derrotero económico, político y cultural de los pueblos periféricos es necesario para criticar esa ruta fallida de progreso humano que se ha centrado en la maximización de las ganancias y la minimización de los riesgos, donde la superexplotación de los trabajadores y la depredación de la naturaleza no se consideran riesgos (p. ej., la vulneración de las fuentes de la riqueza o la desvalorización del trabajo), sino requisitos para lograr el primer cometido. Desmontar ese modelo depredador y degradador de la condición humana y de la naturaleza es indispensable para formular un proyecto, ya no posmoderno, que también es una proposición euroestadounidense, y por tanto, centralista, sino un proyecto de transmodernidad o transdesarrollo. Un proyecto civilizatorio que vaya más allá del capitalismo, acorde a las necesidades múltiples de los pobres de la tierra, de la inmensa mayoría (valga la expresión) de la humanidad.

También es necesario que las culturas subalternas tomen conciencia de sí mismas. Estas culturas que fueron despreciadas por la modernidad, algunas subsumidas por la lógica del capital y el sistema de poder, y otras de plano

relegadas, negadas y algunas exterminadas, o en vías de serlo. Desde los ámbitos de la subalternidad, desde las esferas de la periferia, el subdesarrollo y la dependencia, conviene entablar un diálogo intercultural, pues es sabido que la subalternidad, amén de la división entre conformismo y crítica, sometimiento y resistencia, no es un universo, sino que es un *pluriverso* (Dussel, 2006). Este diálogo intercultural es indispensable para tomar conciencia, entender los aspectos que fueron negados por la modernidad y aquellos que entran en diálogo con la modernidad para desarrollar, desde la autonomía, la propia cultura.

Un punto importante para cerrar estas reflexiones es que como proyecto cultural, la modernidad es una imposición del capitalismo, que entroniza, por ejemplo, el individualismo y niega la solidaridad. Pero es más todavía, pues deviene en una forma de desarrollo netamente destructiva, que para imponerse, recurre a la persuasión, cooptación, represión y coerción. Vale la pena subrayar que el capitalismo no es sólo un sistema económico, sino que es una cultura dominante. Y como forma de dominación, también es posible pensar y practicar formas alternativas de acumulación y de poder que no sean dominantes, una altermodernidad, otra modernidad. Esta pretensión no se logró, sin embargo, con el posmodernismo, pues como forma de pensamiento, puede considerársele como la última etapa del eurocentrismo. Así, pues, el cambio cultural se nombra, así sea provisionalmente, con vocablos que han sido señalados como malas palabras: posneoliberalismo, anticapitalismo o poscapitalismo.

Fuentes consultadas

- AMIN, Samir (2010), *Global History: a View from the South*, Oxford, Pambazuka Press.
- BELLO, Walden (2006), "The Capitalist Conjuncture: Over-accumulation, Financial Crises, and the Threat from Globalisation", *Third World Quarterly*, vol. 27, núm. 8, pp. 1345-1368.
- CASTLES, Stephen y Raúl Delgado Wise (2008), *Migration and Development: Perspectives from the South*, Geneva, IOM.
- DUSSEL, Enrique (2007), *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, México, Siglo XXI Editores.
- (2011), *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Madrid, Trotta.
- FOSTER, John Bellamy y Fred Magdoff (2009), *The Great Financial Crisis: Causes and Consequences*, Nueva York, Monthly Review Press.

- GRAMSCI, Antonio (2011), *Odio a los indiferentes*, Madrid, Ariel.
- GRIMSON, Alejandro (2011), *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*, México, Siglo XXI Editores.
- HARVEY, David (2004), *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal.
- (2009), “Los siete momentos del cambio social”, *Viento Sur*. Disponible en <http://www.vientosur.info/spip/spip.php?article923>
- HESSEL, Stephane (2011), *iIndignate! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, México, Destino.
- KLEIN, Naomi (2002), *No logo: el poder de las marcas*, Madrid, Paidós.
- (2007), *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Madrid, Paidós.
- MÁRQUEZ, Humberto (2009), “Diez rostros de la crisis civilizatoria del sistema capitalista mundial”, *Problemas del Desarrollo*, vol. 40, núm. 159, pp. 191-210.
- (2010), “La gran crisis del capitalismo neoliberal”, *Andamios*, núm. 13, pp. 57-84.
- y Raúl Delgado Wise (2011a), “Una perspectiva del sur sobre capital global, migración forzada y desarrollo alternativo”, *Migración y Desarrollo*, vol. 9, núm. 16, pp. 3-42.
- y Raúl Delgado Wise (2011b), “Signos vitales del capitalismo neoliberal: imperialismo, crisis y transformación social”, *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 1, núm. 1, pp. 11-50.
- , Raúl Delgado Wise y Rodolfo García Zamora (2012), “Violencia, inseguridad e insustentabilidad social en México: necesidad de un parteaguas civilizatorio”, *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 2, núm. 2, pp. 167-197.
- MORA, Henry (2008), “Una reflexión introductoria sobre la naturaleza de la actual crisis global y los límites del capitalismo”, *Ciencias Económicas*, núm. 2, pp. 45-53.
- ROITMAN, Marcos (2012), *Los indignados. El rescate de la política*, Madrid, Akal.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo (2007), *Ética*, México, Debolsillo.
- SARTORI, Giovanni (2000), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, México, Taurus.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	5
EXPEDIENTES DEL CAPITAL GLOBAL:	
CRISIS CIVILIZATORIA, MIGRACIÓN FORZADA Y CAMBIO CULTURAL	
<i>Humberto Márquez Covarrubias, Raúl Delgado Wise, Rodolfo García Zamora.....</i>	15
Introducción.....	15
Contradicción social: <i>plutonomía</i> y degradación humana.....	17
Ruptura civilizatoria.....	22
Decantación de sobrepoblaciones y mitificación de las migraciones.....	27
Migraciones forzadas en los intersticios de la nueva división internacional del trabajo.....	30
Senderos del desarrollo alternativo.....	32
Fuentes consultadas.....	38
BUSCONES, PROSTÍBULOS Y MERCADOS FRONTERIZOS:	
LUCHA DE LAS MUJERES MIGRANTES HAITIANAS POR LA SEGURIDAD CIUDADANA	
<i>Bridget Wooding.....</i>	41
Introducción.....	41
Contexto.....	45
Metodología del estudio.....	46
Vulnerabilidades y capacidades de las mujeres migrantes haitianas.....	48
La respuesta institucional.....	53
Conclusiones y recomendaciones.....	56
Fuentes consultadas.....	59

USOS IDENTITARIOS Y CULTURALES

EN LA TRANSMIGRACIÓN POR MÉXICO

<i>Rodolfo Casillas</i>	61
Subalternidad y exclusión	70
Fuentes consultadas	71

CULTURA Y MIGRACIÓN.

MÁS ALLÁ DE LA CULTURA COMO PRODUCTO

<i>Peggy Levitt</i>	73
La necesidad de una lente transnacional	74
Más allá de la cultura como producto	75
La cultura como proceso	76
La cultura como régimen	78
La cultura como agencia	78
La cultura como ganancia	79
La cultura en circulación	80
Políticas e instituciones culturales	81
Culturas de producción del conocimiento	83
Conclusión	84
Fuentes consultadas	85

MIGRACIÓN Y LITERATURA CHICANA FEMENINA:

NARRATIVAS Y CIUDADES (ENTRE ORÍGENES Y DESTINOS)

<i>Elsa Leticia García Argüelles</i>	87
Introducción. Rutas de intercambio hacia un nuevo conocimiento	87
Narrativas y comunidades en tránsito	90
El viaje del migrante: entre la ida y el retorno	92
A manera de conclusión, atravesando el Nepantla	98
Fuentes consultadas	100

MIGRACIONES, TRAVESÍAS Y PEREGRINAJES

<i>José Manuel Valenzuela Arce</i>	103
Introducción	103
Identidad, cultura y soportes místicos del proceso migratorio	104
Cierre	111
Fuentes consultadas	112

MALESTAR EN LA CULTURA: HEGEMONÍA NEOLIBERAL,

INDIGNACIÓN Y CAMBIO SOCIAL

<i>Humberto Márquez Covarrubias</i>	113
---	-----

Introducción	113
Configuraciones culturales materiales y espirituales	115
Desmontaje de la cultura contemporánea	116
Rutas subalternas: alienación o crítica	126
Pautas de homogeneización global	131
Persuasión, cooptación y represión	138
Prolegómenos del cambio cultural y la transformación social	141
Fuentes consultadas	143